

SUR

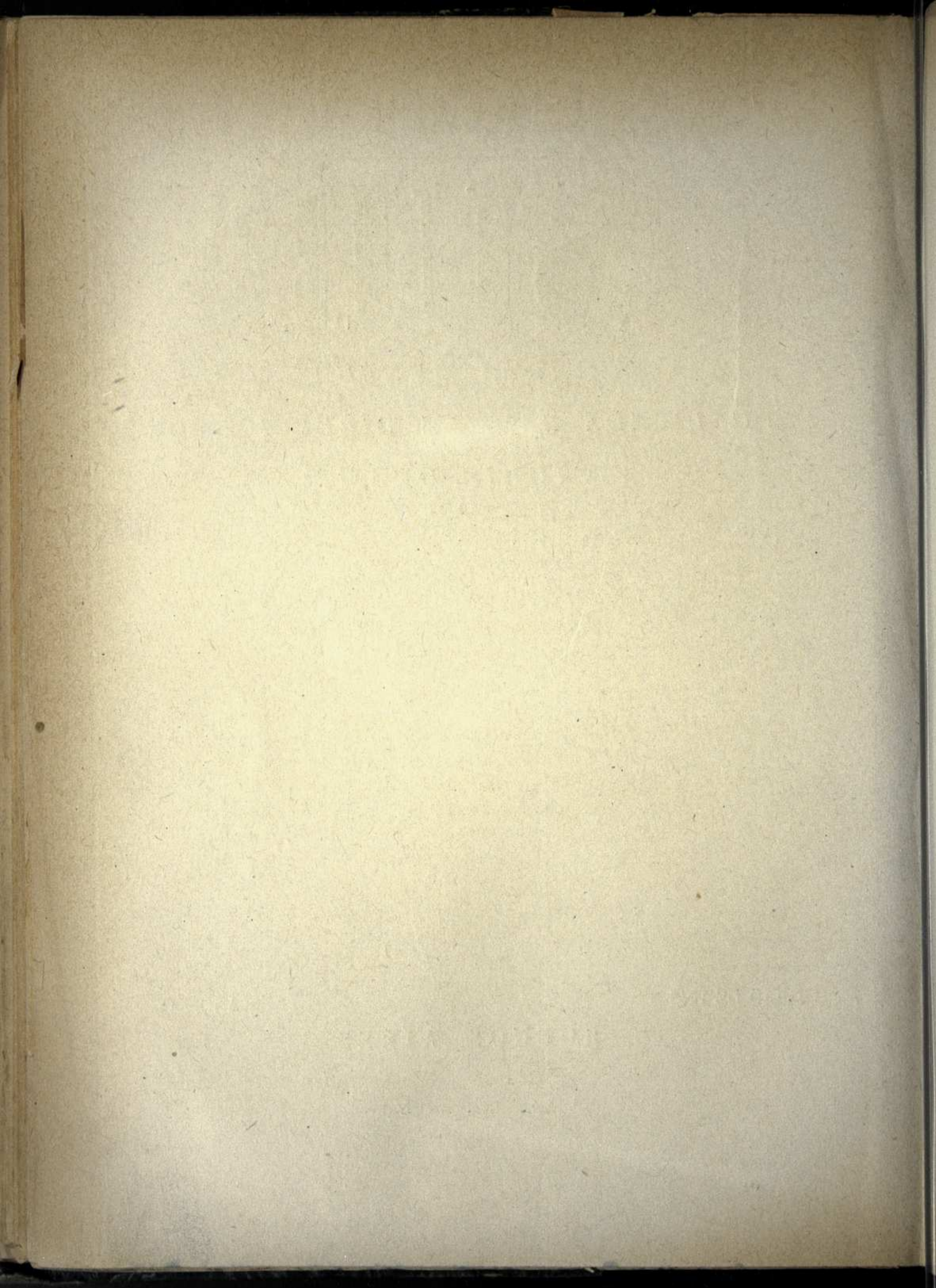
REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE
VICTORIA OCAMPO

JULIO DE 1945

AÑO XIV

BUENOS AIRES



S U M A R I O

DECLARACIONES SOBRE LA PAZ

C O L A B O R A N :

VICTORIA OCAMPO ☆ JORGE LUIS BOR-
GES ☆ RAFAEL ALBERTI ☆ SEBASTIÁN
SOLER ☆ ENRIQUE ANDERSON IMBERT
☆ EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA ☆
ERNESTO SÁBATO ☆ JUAN ADOLFO
VÁZQUEZ ☆ GUILLERMO DE TORRE ☆
BERNARDO CANAL FEIJÓO ☆ ENRIQUE
AMORIM ☆ LUIS EMILIO SOTO.

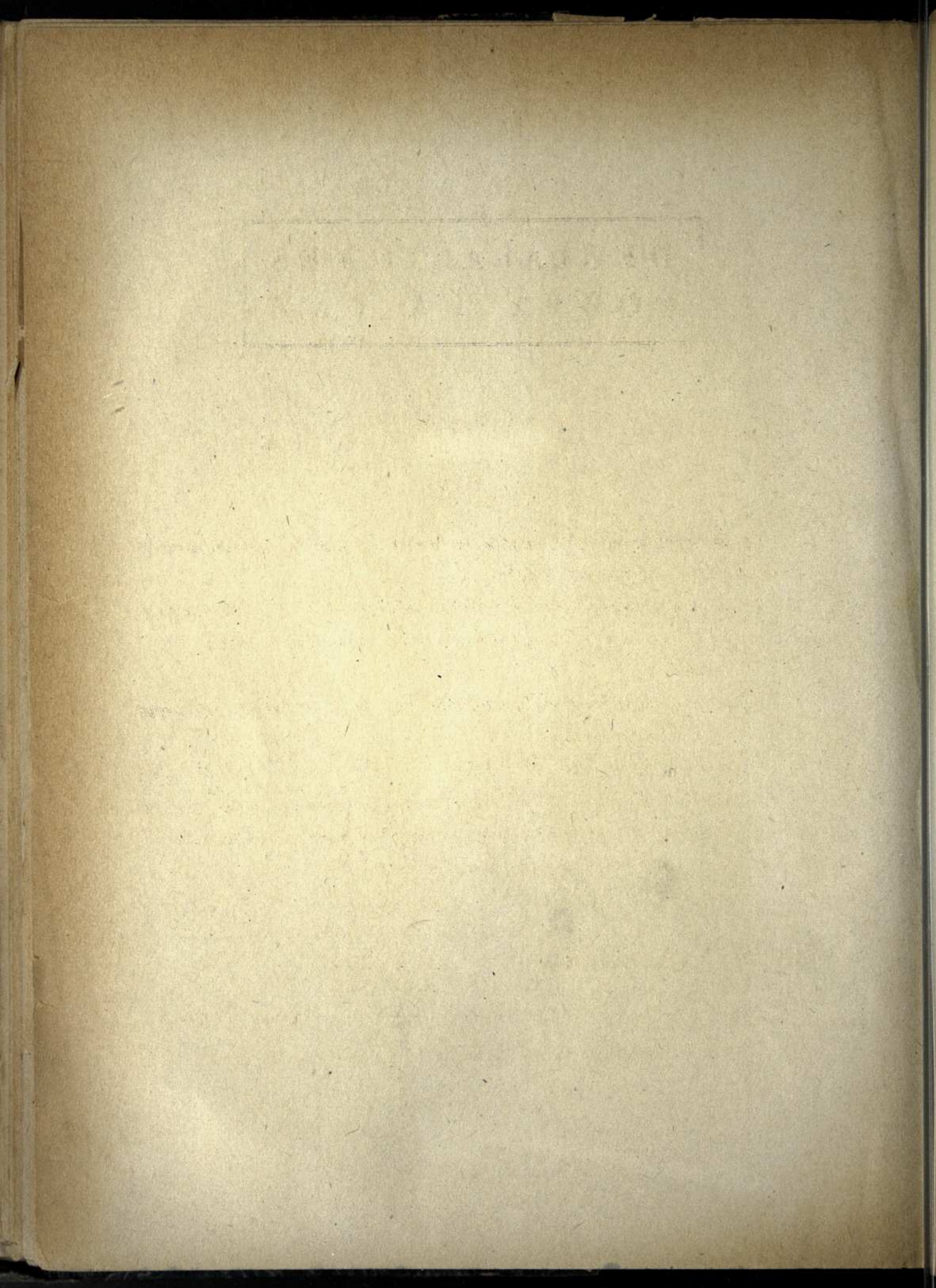


L E Ó N T O L S T O Y
NO PUEDO CALLARME

G R A H A M G R E E N E
FRANÇOIS MAURIAC VISTO POR
UN INGLÉS

N O T A S

Francisco Romero: Ernst Cassirer ☆ LIBROS ☆ FILOSOFÍA ☆
Edmundo Concha: Williams James: *Problemas de la filoso-*
fía; Pragmatismo ☆ NOVELA, BIOGRAFÍAS ☆ *Juan G. Ferreyra*
Basso: Sylvina Bullrich Palenque: *"La tercera versión"*
Alberto M. Browne: Theodor Reik: *"Treinta años*
con Freud" ☆ *E. S.:* Manuel Gálvez: *"Vida de Sar-*
miento"; Renée Pereyra Olazábal: *"Mitre"* ☆ *Vic-*
toria Ocampo: Palabras pronunciadas en la
despedida a Roger Caillois ☆ *Jorge Luis*
Borges: Agradecimiento a la demostración
que le ofreció la Sociedad Argentina de
Escritores ☆ *Victoria Ocampo:* Dis-
curso en la entrega de los premios
del Concurso Imprenta López ☆
MÚSICA ☆ *Alberto E. Ginas-*
tera: Los conciertos de
otoño.



DECLARACIONES SOBRE LA PAZ

En septiembre de 1939, cuando se declaró la guerra, decíamos en la primera página de nuestra revista:

"Hace dos años, en agosto de 1937, publicamos algunas líneas tituladas *Posición de SUR*. Nos parece oportuno volver sobre ellas.

"Decíamos:

"Queremos continuar en la tradición profunda de nuestro país que es una tradición democrática.

"Conocíamos, sí, las deficiencias de los regímenes democráticos — deficiencias inherentes a todo lo humano. Pensábamos que podían corregirse y que eran, de cualquier modo, preferibles al sistema de bárbaros atropellos y al ordenado desorden de los totalitarismos. Lo que ignorábamos era hasta qué punto de farsa, de indignidad, de traición y de vileza organizadas podían llegar las dictaduras de izquierda o de derecha. Ahora lo sabemos.

.....

"Nosotros no somos neutrales. No lo éramos en agosto de 1937.

Defendíamos entonces lo que seguimos defendiendo hoy. Defendíamos lo que ya corría peligro y levantábamos nuestra voz contra una política que paraliza la inteligencia y a la vez destruye los principios de la moral evangélica (esa política, cuando no aniquila la enseñanza de Cristo, traiciona su espíritu reemplazándolo por el de la Inquisición).

"Para nosotros un acto degradante es siempre degradante, aunque favorezca el interés nacional.

"Nosotros necesitamos creer que nuestro país se conduce como una persona decente.

"Otra idea de la patria no nos cabe en el corazón ni en la cabeza".

Hoy, en julio de 1945, no cambiaríamos una coma a lo que decíamos entonces. Exceptuando a España, el nazi-fascismo ha sido barrido de Europa. Quisiéramos poder decir otro tanto de América, del mundo entero. Todavía es demasiado pronto, quizá. La enfermedad se había generalizado a tal punto que los focos de infección todavía permanecen activos, aquí y allá, bajo las formas más imprevistas, más nocivas.

El Diario de Ciano nos prueba que los astutos y bajos maquiavelismos, además de ser innobles, resultan ineficaces a la larga. Si en alguna parte existe un Dios que pudiera librarnos de ellos, le suplicaríamos de rodillas que lo hiciese. Pero ¿cómo imaginar a Dios ocupándose de asuntos tan sórdidos? Esta tarea de higiene moral nos incumbe a nosotros. Ayúdate, y Dios te ayudará.

VICTORIA OCAMPO

N O T A S O B R E L A P A Z

Buen heredero de los nominalistas ingleses, H. G. Wells repite que hablar de los anhelos del Irak o de la perspicacia de Holanda es incurrir en temerarias mitologías. Francia, le agrada recordar, consta de niños, de mujeres y de hombres, no de una sola tempestuosa mujer con un gorro frigio. A esa amonestación cabe responder, con el nominalista Hume, que también cada hombre es plural, pues consta de una serie de percepciones o, con Plutarco, *Nadie es ahora el que antes fué ni será el que ahora es* o, con Heráclito, *Nadie baja dos veces al mismo río*. Hablar es metaforizar, es falsear; hablar es resignarse a ser Góngora. Sabemos (o creemos saber) que la historia es una perpleja red incesante de efectos y de causas; esa red, en su nativa complejidad, es inconcebible; no podemos pensarla sin acudir a nombres de naciones. Además, tales nombres son ideas que operan en la historia, que rigen y transforman la historia.

Elucidado lo anterior, quiero declarar que para mí un solo hecho justifica este momento trágico; ese hecho jubiloso que nadie ignora y que justiprecian muy pocos es la victoria de Inglaterra. Decir que ha vencido Inglaterra es decir que la cultura occidental ha vencido, es decir que Roma ha vencido¹; también es decir que ha vencido la secreta por-

¹ En los *Lays of Ancient Rome* de Macaulay (tan vilipendiados por Arnold), Roma es casi una metáfora de Inglaterra; el sentimiento de la identidad de las dos es el tema fundamental de la serie *Puck of Pook's Hill*, de Kipling. Identificar el Imperio Romano con el Imperio momentáneo y pomposo que Mussolini frangolló a la sombra del Tercer Reich, es casi un juego de palabras.

ción de divinidad que hay en el alma de todo hombre, aun del verdugo destrozado por la victoria. No fabrico una paradoja; la psicología del germanófilo es la del defensor del *gangster*, del Mal; todos sabemos que durante la guerra los legítimos triunfos alemanes le interesaron menos que la noción de un arma secreta o que el satisfactorio incendio de Londres.

El esfuerzo militar de las tres naciones que han desbaratado el *complot* germánico es parejamente admirable, no así las culturas que representan. Los Estados Unidos no han cumplido su alta promesa del siglo XIX; Rusia combina con naturalidad los estigmas de lo rudimentario, de lo escolar, de lo pedantesco y de lo tiránico. De Inglaterra, de la compleja y casi infinita Inglaterra, de esa isla desgarrada y lateral que rige continentes y mares, no arriesgaré una definición; básteme recordar que es quizá el único país que no está embelesado consigo mismo, que no se cree Utopía o el Paraíso. Yo pienso en Inglaterra como se piensa en una persona querida, en algo irremplazable e individual. Es capaz de culpables indecisiones, de atroces lentitudes (tolera a Franco, tolera a las sucursales de Franco), pero es también capaz de rectificaciones y contriciones, de volver a librar, cuando la sombra de una espada cae sobre el mundo, la cíclica batalla de Waterloo.

JORGE LUIS BORGES

L A P A Z

¿La Paz? ¡Ah, sí, la Paz! ¡La Paz dichosa!

Confuso el mar, la mano al gobernalle,
lleno el pulmón... Pero imperfecta Diosa
hasta que en mi país también estalle.

RAFAEL ALBERTI

PAZ POLÍTICA Y POLÍTICA DE PAZ

Una cosa me parece plenamente clara acerca de esta guerra: los pueblos saben, acaso mejor que los gobiernos, que ésta ha sido una guerra política. Se ha luchado muchas veces por mercados, por territorios, por fuentes de producción o de consumo, en una palabra, por dinero. Tal vez algún gobernante haya creído también esta vez que podía plantearse y encararse la lucha por ese ángulo. Sin embargo los mismos procesos de expansión que precedieron al efectivo estallido de la beligerancia armada eran sólo aparentemente territoriales o imperialistas. Su fondo era político. No se trataba ya de recibir amistosamente a los dioses de los pueblos conquistados, sino de derrocarlos y de poner en su lugar los propios ídolos. Los pueblos que han luchado y sus mejores jefes saben hoy, lúcidamente, que había llegado el momento de maduración de un absceso de largo curso, no específicamente alemán —en esto está el engaño—, sino perfectamente humano.

Se trata de una enfermedad histórica cuyos síntomas son el resentimiento y la envidia, la cobardía y la agresividad compensatoria, el orgullo de la estupidez. Nada de eso es privativo de una sola nación, porque así como no hay virtudes, tampoco hay vicios nacionales. Son cosas humanas, y por esta razón dije, precisamente en estas páginas¹, que las líneas defensivas planteadas sobre las fronteras estaban histó-

¹ "Decadencia del nacionalismo", SUR, Nº 79, pág. 96.

ricamente fuera de lugar, porque no dividía a la humanidad ninguna línea geográfica, sino una línea espiritual, más interhumana que internacional.

Pues bien: la paz que corresponde a una guerra política como ésta, debe ser una paz plenamente consciente del problema político por el que se luchó. No se trata de arrojar sobre la mesa, como prenda, a una o dos naciones vencidas. Ha sido poco edificante el espectáculo de los íntimos amigos del lobo abandonándolo presurosos a los vencedores, transformado en *scapegoat*, y disponiéndose a cubrirlo, ellos también, de injurias. El problema de la paz no está en el chivo emisario, sino allí mismo donde estaba el problema de la guerra. La virulencia cobrada históricamente por una concepción política al ponerse en contacto con el pueblo alemán no dependía del todo de la raza germánica, según puede acreditarse con testigos bien latinos, uno muerto y otros vivos. Eso es cuestión de tiempo y de... apaciguamiento nutritivo. El racismo, que sólo fué un pretexto unilateral para la guerra, no puede ser el ingenuo fundamento de la paz.

Si no es ése el problema encarado, guerra a la vista. La paz debe significar, en consecuencia, una unión de la más firme voluntad para extirpar del mundo —donde quiera que se hallan— las raíces de una concepción política cuyos frutos han sido, son y serán sangrientos. No es necesario retroceder a la intervención. Basta con dar la espalda, porque el mundo ha llegado a tal grado de cohesión técnica, que ninguna nación —ni Estados Unidos— puede vivir sola.

El problema de la organización de la paz es teóricamente muy simple. Consiste en transformar los *discursos* internacionales en *derecho* internacional, es decir, en organizar la coacción. Para ello, el mundo no está maduro todavía, y lo único que puede hacerse es dar algunos pasos en esa dirección. No está maduro el mundo, porque no puede consagrarse una norma superestatal coactivamente obligante, sin renunciar, en una gran medida, a la plenitud de la soberanía.

Éste es uno de los problemas que con más claridad se han expuesto desde Kant a Kelsen y a Mortimer Adler. Pero obsérvese de qué lado político sopla el viento de la soberanía y se verá una vez más que el problema de la paz sigue siendo el mismo que el de la guerra.

Frente a la concepción democrática y pacífica de las relaciones humanas se había levantado, esta vez con estridencia histérica, una concepción en cuyo repertorio estaba precisamente la exaltación de la guerra como una dignidad suprema del hombre. No siempre ha ocurrido así. Se ha luchado mucho por fines innobles; pero nunca tal vez como ahora por la innoble libertad de hacer la guerra. Entre el sistema de ideas derrotado está también la idea de la guerra.

Pero la guerra, como teoría social y política, no va sola: forma parte de una constelación, de la cual ella no es ni siquiera el centro. Es sólo una de las consecuencias de la concepción dictatorial, autoritaria y mesiánica, predicada por algunos bajo el nombre monstruoso de caridad violenta.

Tenía que ser vencida, porque el espíritu vence siempre, y de la guerra ha nacido ese fortalecimiento universal de las ideas de democracia y de libertad que en la paz se nutren y en la paz han de dar sus frutos. Ahora ya saben bien de qué es capaz la democracia "decadente".

Pero mientras los valores de la teoría de la fuerza dependían fatalmente de la victoria, los de la democracia eran superiores a la victoria misma. No son valores de oportunismo, sino de muy alta validez y universalidad histórica. Por eso, la difícil tarea de la paz consiste en colocarse a la altura de la fe y de la esperanza en que la victoria ha venido a situarlos en la actualidad. Fidelidad a esa idea es, pues, el primer deber del presente. Y fidelidad quiere decir reconocimiento pleno de que esa idea no es un sistema de lujo para uso de ciertas naciones privilegiadas, sino un sistema dotado de validez tanto en lo nacional como en lo internacional, y reconocimiento de que no hay alianza

firme sino entre Estados que lealmente practiquen esos principios interna y externamente.

Sobre esa base, las pacíficas rutas de la democracia son infinitas y anchas, porque ésta no se halla sustentada por la fe en *un* hombre, sino por la fe en *el* hombre, y la fe en el hombre es muy parecida a la fe en Dios.

SEBASTIÁN SOLER

LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Nunca comprenderé a Europa. Tampoco un europeo comprenderá a América. Renuncio por adelantado, pues, a toda pretensión de parecerle inteligente a un francés, a un inglés, a un alemán, a un italiano. Mis opiniones políticas les resultarían ingenuas, supuesto que condescendieran a enterarse de ellas. Y, sin embargo, los americanos no podemos menos de tener opiniones políticas sobre el porvenir de Europa. Somos sus hijastros. Además, América —por lo menos la América de habla inglesa— intervino tan decisivamente en la guerra que Europa ha quedado configurada desde fuera por Moscú, por Londres y por Washington. No puedo evitar que como americano sienta ahora que el Atlántico es casi tan estrecho como el canal de la Mancha y que mis intereses políticos en Europa son legítimos puesto que Europa depende en parte de América.

Hace algunos años, cuando Hitler deslumbraba con su poder a los militares argentinos y los incitaba a la conspiración —¡qué segura parecía entonces la victoria del Estado guerrero contra la persona libre!—, dije que el pecado tremendo de la Alemania nazi había sido interrumpir el esfuerzo liberal-socialista de Europa y obligar a los jóvenes a replegarse por patriotismo en defensa de formas sociales caducas, de privilegios insoportables, de gobiernos abyectos¹. Todo era aceptable, menos el triunfo de Alemania, porque Alemania estaba peleando en nombre del caos.

¹ "Hitler corre el Amok", SUR, Nº 61, pág. 41.

El nacionalismo, aunque tome las formas aparentes de la disciplina, es siempre, dentro de la civilización, una fuerza caótica. Es grito, no conversación. Pero el nacionalismo nazi fué especialmente anárquico porque suponía que el resto del mundo era un baldío, porque se fundaba en una mítica raza superior y porque confiaba en que la Máquina sería en la Blitzkrieg el verdadero Dios de los Ejércitos. Alemania, pues, peleó en nombre del caos.

No todo lo que defendieron los aliados fué justo. Algunas reivindicaciones del pueblo alemán habían sido legítimas. Sólo que, en las propagandas de unos y otros, hubo lecciones distintas que aprovechar. Mentían los nazis, mentían los aliados. Pero las mentiras nazis eran tan ignominiosas que no podíamos contar con ellas para construir un mundo nuevo. Las mentiras de los aliados, en cambio, servían para crear una conciencia moral y, de paso, al propagarlas, ellos se comprometieron a una acción futura idealista. Proponer la Fuerza, la Raza, el Estado, la Guerra como valores supremos, no educa a nadie; proponer el Derecho, la Democracia, la Libertad, la Paz, es invitarnos por lo menos a ser generosos y a buscar la Utopía. Por eso Alemania, antes de perder la guerra en los campos de batalla, ya la había perdido en el furioso debate de las teorías. A los aliados les cupo el privilegio de ser más civilizados.

Vencida Alemania, sobrevendrá en Europa algo parecido al caos; pero no será el espantoso caos que nos prometía Alemania. Será la revolución, la guerra civil, el ensayo de nuevos tipos de organización económica con toda la secuela de errores y sufrimientos; pero en medio de tanto desorden habrá una aspiración universal a la justicia, es decir, habrá un sentido, mientras que la hegemonía nazi en el mundo no hubiera tenido ninguno.

Como los aliados convirtieron la propaganda democrática en un arma de guerra, esperamos que la Democracia sea consultada para decidir el porvenir político del mundo. Si los tres imperialismos victoriosos —el inglés, el norteamericano y el ruso— no supieran con-

tenerse ahora en sus ímpetus, todos padeceríamos el más sombrío de los desengaños, porque en realidad nunca estuvimos a favor de Churchill, de Roosevelt o de Stalin, sino de los derechos del hombre que Churchill, Roosevelt y Stalin invocaron en sus proclamas. Nosotros quisiéramos que el desorden del capitalismo internacional —cuyos pujos imperiales amenazan con destruir la civilización— sea sometido a una nueva estructura política que tenga como excelso fin asegurar esos derechos del hombre. Cualesquiera que sean sus idiomas o creencias, hombres, mujeres y niños deben tener derecho a disfrutar de los recursos de ciencia, técnica y cultura general que el esfuerzo colectivo acumula. Que se planifique toda la economía del planeta, que se introduzcan todas las reformas políticas que se quiera, pero que se reconozca siempre el derecho del hombre a la salud, a la educación, al trabajo y al ocio, a la vocación, a viajar, a expresarse, a tener hijos o a no tenerlos, a ser considerado, en suma, lo más valioso de la comunidad.

Tenemos esperanzas porque sabemos que estos derechos no son incompatibles con los Superestados que vemos surgir. De ganar Alemania la guerra, una economía mundial totalitaria hubiera sido dirigida desde Berlín, y a todos se nos hubiera estampado en el anca, a hierro candente, la marca de la cruz swástica. En adelante la economía mundial se dirigirá desde Londres, Washington y Moscú, y gozaremos de más libertad de la que los nazis nos consintieran. No es pura presunción: la esclavitud estaba en el programa de Hitler, no está en el programa de los aliados. Los argentinos, por ejemplo, hubiéramos sido pastores y labradores para Hitler. Con el triunfo aliado dependeremos económicamente de Inglaterra o de Estados Unidos (por desgracia, esto lo resolverán ellos, no nosotros), pero podremos consagrarnos a nuestra gran tarea: reclamar los prometidos derechos del hombre y resguardar nuestra libertad y nuestro decoro.

No es fácil porque la Argentina es un país pequeño que forma parte de una América incomprendida, mestiza, atrasada, pobre, incomunicada entre sí y amenazada desde el norte por el imperialismo de nuestros

hermanos de habla inglesa. Ni siquiera tenemos prestigio cultural que nos defienda, puesto que nuestras tradiciones nos han venido de España, que perdió la guerra bajo Felipe II así como la acaba de perder Alemania bajo Hitler, y desde entonces está arrinconada en Europa. ¡Y qué luz nos puede llegar de la civilización latina! Toda la Rumania está ahora como un vastísimo teatro olvidado después de su gran función.

Pero no exageremos la importancia del poder político y de la eficacia técnica. Se puede vivir dignamente en una colonia, siempre que la capital del Imperio respete los derechos del hombre. Por eso estamos contentos de que sean los Estados Unidos de América y no los nazis alemanes los que tengan la iniciativa en la organización de este continente. Por lo menos ahora tenemos esperanzas. Las teorías y las prácticas de los nazis, en cambio, sólo nos prometían vejámenes. Lo acabamos muy bien de ver en la Argentina, donde los imitadores de esas teorías y esas prácticas, con ser sólo imitadores, se pusieron a arrasarse con todas las honras del vivir, nada más que porque creían que Alemania ganaría la guerra. No la ganó, y por eso los argentinos nos hemos salvado. Y ahora tenemos que salvarnos de Rusia, de Inglaterra y de Estados Unidos. Sobre todo de Estados Unidos, cuyos ciudadanos son sinceros, bondadosos, amantes de la libertad y del progreso, pero cuya política económica no puede menos de ser agresiva. Trabajemos, pues, para que la Argentina sea un país democrático, regulado por una Constitución liberal, independiente en sus leyes, progresista en sus esfuerzos, honrado en sus costumbres. Y hagámonos respetar. Un modo de hacernos respetar es enriquecer nuestro valor humano, dar pruebas de que nuestra concepción de la vida es espiritualmente fecunda, insistir en las formas humanísticas de nuestra cultura. Yo no temo el imperialismo económico de los Estados Unidos, sino el soborno de nuestras conciencias. Después de todo, si los Estados Unidos están decididos a respetar los derechos del hombre, según prometieron, su imperialismo será una especie de empresa distribuidora de artefactos de civilización: nos llenarán de inventos y hasta nos curarán las endemias. Ganarán

dinero con nosotros, pero no nos despreciarán si ven que en ese comercio de objetos no comerciamos también nuestras almas. No caigamos, pues, en el descastamiento de las factorías: somos, debemos ser, hombres de habla española, orgullosos de nuestra tradición, buenos obreros dentro de una comunidad latina que ha sabido crear valores espirituales definitivos y los seguirá creando aunque en las nuevas metrópolis ya no se hable en lenguas románicas, sino en lenguas germánica y eslava.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

FRENTE AL FUTURO INMEDIATO

La paz se ha dignado regresar —ojalá que para siempre— a Europa, y es tanto lo que tenemos de europeos, que ya nos parece que ella impera en todo el mundo. La guerra del Pacífico se nos presenta tan lejana como si se realizara en la luna, pese a que hombres de nuestro mismo continente, de nuestra propia tierra siguen muriendo en ella. La prensa ha encanallecido nuestra sensibilidad, la radio ha terminado de pervertirla: sus noticiosos tienen un aire de malos folletines, y nos sentimos incómodos, con deseos de levantarnos e irnos antes de que termine el espectáculo, cuyo final cruento ya no puede modificarse.

La guerra, a cuya sordidez lejana habíamos acabado por acostumbrarnos, nos deparaba un refugio para nuestra cobardía. Era fácil no pensar en el porvenir cuando el flagrante presente podía anularlo. Debemos palparnos minuciosamente como los que acaban de escapar a un accidente para cerciorarnos de hasta qué punto hemos resultado indemnes. Es muy posible que ocultemos en nuestro espíritu lesiones internas de imposible cura, uno de cuyos más graves síntomas consista, precisamente, en no ser advertidas.

La gente simplista se complace en identificar nazismo con germanismo, sin darse cuenta de que aceptan con ello el endoso de la infame teoría racista, que levantan la tea incendiaria ahora felizmente en el suelo por habersele caído de las manos a sus feroces portadores. Identificar al nazismo con Alemania, o identificar a la indecencia con el judaísmo, es la misma torpeza. Debemos tener el coraje de confesar

nuestra culpa, nuestro pecado original: el de ser hombres. Sólo después de un *Yo pecador*, no musitado con aire de ritual, sino con el desvelado rigor de la justicia, puede haber un mínimo de esperanza. No hay inocentes. Buscadlos: no los hay. La culpa de Alemania y Japón es tan inmensa, que no es menester ni señalarla siquiera. La de sus cómplices se agrava con la ruindad y la cobardía. Pero pensemos en quienes nos han salvado, porque nos han salvado con su esfuerzo a todos nosotros, a cada uno de nosotros, sin que hiciéramos nada serio para merecerlo: han salvado a nuestro país, nuestra propia existencia personal, y siento una estremecida gratitud por ello, una gratitud que intento exteriorizar en estas palabras acusadoras: porque usted, Inglaterra, colaboró en el rearme de la Alemania nazi y de la Italia fascista; y usted, Rusia, aún permanecería atada con un pacto criminal a Hitler si él no la hubiera relevado de semejante vergüenza al quebrarlo; y tú, Norteamérica, comerciaste con el Japón y le vendiste elementos bélicos mientras asesinaba al pueblo chino, y fué menester el zarpazo de Pearl Harbor para que despertara tu conciencia. Y éstos son los tres grandes, los auténticos salvadores de la Humanidad, dicho sin el menor asomo de ironía. En los pequeños ¿para qué revisar las rastrerías, o las semicomplacencias, la especulación con el desastre ajeno, la calculada dilatación de regateadas neutralidades? No hay inocentes, no los hay, y cuanto primero reconozcamos todos nuestra culpa, primero podremos dar con el camino de salvación, si es que existe. No se trata de decir: el Vaticano pactó con el fascismo, ¡fuera el Vaticano!, o Rusia se repartió Polonia con Alemania, ¡fuera Rusia! Pero tampoco se puede decir: Alemania fué nazi, ¡fuera Alemania!

Se debe cauterizar la horrible pústula. ¡Bien por la muerte de Mussolini! Cada miembro de la Gestapo responsable de crímenes debe ser eliminado, no por venganza, ni siquiera por justicia; no se hace justicia con el cólera morbo: se desinfecta, nada más. Pero Franco no es una menos repugnante supuración, y si se lo dejara pretendería actuar

en la curación que se proyecta. Ningún pueblo debe ser eliminado, porque todos hemos sido culpables como pueblos.

Pero hay un impedimento fundamental que remover si la especie humana debe sobrevivir como tal, que consiste en el derecho que cada nación se arroga de gobernar sus acciones de acuerdo con principios morales distintos y muchas veces opuestos a los que rigen las conductas de las personas. En nombre de las todopoderosas necesidades políticas, que muchas veces ocultan subalternos intereses, los ciudadanos se han acostumbrado a transigir y aun a elogiar las habilidades de los gobernantes que dejan de lado los inhibidores escrúpulos morales para sacar momentáneo provecho para la "colectividad", con el criterio aldeano de que la "colectividad" de campanario no debe alcanzar más límites que los del propio país, desconociendo que actualmente la colectividad humana es una sola, nos guste o no. Las más grandes naciones deben ir acostumbrándose al papel de simples provincias. El maquiavelismo político, de que ninguna nación del mundo está completamente exenta, es el veneno oculto que nutre las raíces de todas las guerras. Las habilidades políticas de esa clase pueden parecer movidas —y a veces no sólo lo parecen, sino que lo son— por extraordinaria inteligencia, pero no hacen otra cosa que mantener viviente en las relaciones humanas la ley de la selva.

Y la ley de la selva seguirá imperando entre nosotros mientras creamos limpios a los de nuestro clan e impuros a los demás. Porque la ley de la selva tiene un nombre abominable: el nazifascismo.

Hace tiempo que los hombres de las naciones civilizadas hemos prescindido de las armas y de su uso para dirimir nuestras cuestiones de derecho. Y como nada es perfecto, hemos convenido en que algunos especialmente delegados por los demás se ocupen de la policía de nuestras calles y caminos, y lleven armas para impedir la delincuencia, es decir, el retorno a la ley de la selva.

Pero aun las naciones civilizadas no han comprendido las ventajas que para todos los que las integramos se derivan de tan simple y con-

veniente pacto. Aún consideran que entre ellos es lícito que cada cual cuide sus propios intereses con sus propias armas en la mano, reconociendo implícitamente en cada vecino a un posible asaltante y, como el miedo es pésimo consejero, dejándose tentar por los deseos de ganarle de mano, convirtiéndose con ello en asaltantes a su vez.

¿Por qué si el hombre honesto en una sociedad civilizada puede prescindir de portar armas, las naciones que ellos forman y gobiernan, presuntamente al menos, no pueden hacer lo mismo? ¿Por qué el matonismo ha de ser un lenguaje internacionalmente admitido?

Porque la carga de primitivismo, que cada ser humano reprime en sí, encuentra su liberación aplicada al nacionalismo: de ahí que cuando una nación extremadamente culta, como Alemania, da rienda suelta en nuestro tiempo a todos los instintos ancestrales, se hipertrofia el Estado Nacionalista, bestial instrumento de recepción de todas esas fuerzas ciegas. Pero no nos engañemos; lo que en la Alemania nazi aparece con tal cruel evidencia, en mayor o menor grado ocurre en todas las naciones; es necesario que las naciones adquieran el mismo grado de conciencia, acerca de la necesidad de refrenar los impulsos bestiales, de las personas que las integran. Si esto no se exterioriza mediante un desarme general, y simultáneamente por el momento, porque no hay que hacerse demasiadas ilusiones, por la creación de una fuerza militar internacional, dependiendo directa y exclusivamente del organismo que se cree, llámese Sociedad de las Naciones o como sea, y con absoluta prescindencia de las naciones como entidades, en especial de las llamadas grandes, que impida la delincuencia internacional, todo cuanto se haga, por bien intencionado que sea, resultará vano, y tendremos que resignarnos a considerar que nuestra especie jamás llegará a una convivencia digna, que la ley de la selva es la única que merecemos. Y en ese caso debemos lamentar la derrota de Hitler y de sus huestes, porque difícilmente se llegará a tal perfección en el mal, a tan acabada humillación del Espíritu, y se habrá entorpecido inútilmente la fatal realización de nuestro demoníaco destino. Pero no basta el simple desarme. La

reciente experiencia nos ha demostrado que gana la guerra, en definitiva, el último que se arma, porque dispone de los modelos más eficaces. Para que la guerra sea realmente imposible, no sólo no debe existir más fuerza militar organizada que la internacional, sino que toda la industria pesada, minas, fundiciones, yacimientos de combustibles, deben estar bajo el más severo contralor y, a ser posible, bajo la directa y exclusiva propiedad de la misma institución internacional.

Mientras hacer la guerra sea un buen negocio para alguien, subsistirán las posibilidades de guerra.

Ahora estamos oyendo cada día hablar de los tres grandes. Esos tres grandes, hay que insistir en ello, son los que acaban de salvarnos, pero su grandeza puede perderlos a ellos y a nosotros. Por lo pronto, ya vemos cuántos aspiran a compartirla, cuántos se mueren por querer que sean cuatro los grandes, o cinco, o seis. Y mientras subsistan esas enormes diferencias de potencial —cualquier físico lo corrobora—, subsistirán los peligros de descarga. Se propone la desmembración de Alemania, y no creo que la medida estuviera exenta de prudencia, pero a condición de que se extienda el contagio, y las Regiones adquirieran su autonomía dentro de la cual el patriotismo no necesitaría ser enseñado, porque circularía por la sangre. Alemania es peligrosa, pero el Palatinado no tiene por qué serlo. Italia jugó a ser peligrosa, pero el Milanésado no puede soñar con ese juego, ni la Provenza, ni Vasconia, ni Crimea, ni Gales. Ni la más ligera vislumbre nos permite adivinar tal porvenir: Panamérica se obstina en constituirse en unidad; Mr. Churchill declara francamente que no se ha propuesto la disolución sino el robustecimiento del Imperio Británico. Nada parece indicar que Stalin proponga la disolución de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas para que se llegue a formar algún día la Federación Mundial de Regiones. Los grandes se obstinan en ser grandes, y los pequeños aspiran a la grandeza: la fiebre de poderío continúa en aumento.

¿Será, pues, que el hombre es un ser esencialmente guerrero?

Nada más falso. El hombre civilizado, acaso por cobardía, tal vez por temor a lo desconocido, por lo que sea, detesta la aventura bélica. Por eso los gobernantes, que conocen su lado flaco, aun los delirantes exaltadores de la fuerza bruta que en épocas de paz vociferaban que la "guerra es la salud de los pueblos", no enardecieron a su pueblo, llegado el momento de arrastrarlo a un conflicto armado, con las presuntas delicias de la hecatombe, ni lo alucinaron con la felicidad de los posibles enemigos muertos: bien prudentemente trataron de convencerlo de que, pese a sus belicosas teorías, no eran ellos los que habían desencadenado la contienda, y que no hacían otra cosa, en verdad, que defenderse de la "salud" de los pueblos. Pero el pacífico burgués, que odia de corazón la guerra, se estremece de entusiasmo con los soldados de los desfiles, se escalofría con las bandas militares, y admira la tentadora belleza de tanques y aviones. ¿Contradicción? No. Otra vez más hay que repetirlo: son las fuerzas oscuras de lo irracional, que el hombre civilizado ha proscripto de su vida particular, y que la Nación como entidad recoge y exalta porque su moral no es la misma que la de aquellas personas que la integran. La Región está más cerca de la persona que la Nación, es más factible hacerle aceptar puntos de vista morales más coincidentes. Quiero tener fe en que algún día será así. Quiero tenerla porque todo se empeña en hacerme ver lo contrario. En estos momentos que ni siquiera podemos llamar de postguerra, porque aun la sangría está abierta, ya se advierten claros rumores de preguerra, y hasta se comienzan a diseñar, nebulosamente aún, los campos adversarios.

Al finalizar la contienda del 18, la Revolución Rusa pareció una esperanza; en medio de sus sangrientos horrores, palpitaba una posibilidad hoy ya desvanecida. Fracasó como revolución mundial, triunfó plenamente como revolución nacional. Hoy, la gran nación rusa que de ella surgiera ha dado la más copiosa contribución de sangre para salvarnos de la ignominia del hitlerismo, pero la esperanza mística de redención no aletea ya en su seno. En estos momentos no existe en el

mundo una organización mundial de hombres de buena voluntad. Las nacionalidades persisten en su terco regateo. El Espíritu parpadea intermitente como una estrella lejana. A veces parece próximo a extinguirse, a veces su fulgor se acrecienta para amortiguarse de nuevo. ¿No habrá en nuestras almas aceite para sus luces? ¿No será aún mucho más temprano para su advenimiento de lo que nuestra impaciencia había creído adivinar? No tengo muchas esperanzas, pero quiero creer. La esperanza me ha parecido siempre la más floja de las virtudes teologales, y la fe, la más fuerte. Siempre que esté vivificada por la caridad.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

LA ÚNICA PAZ ADMISIBLE

Parece que estamos en condiciones felices para emprender las tareas de la paz, pues ahora todos somos enemigos del fascismo y de la guerra: hasta los jefes alemanes que fueron obligados a ver ciertos cadáveres en los campos de concentración, han salido enérgicamente apesadumbrados; con la modestia que ha sido el inequívoco signo de nuestra participación en esta crisis, en una escala de maquette o de escenario de títeres, también aquí hemos tenido venturosos ejemplos. Como en la novela de Chesterton, todos estamos resultando de la policía.

Los antiguos antifascistas pueden permitirse el lujo aristocrático de una voz no demasiado estentórea, dejando los gritos para los que deben tapar algún pasado sospechoso. Por otra parte, los gritos son apropiados para la emisión de lugares comunes, pero no para un análisis estricto de los hechos.

Admitido, pues, que todos estamos hoy por la Libertad, la Verdad, los Fueros Avasallados, la Nobleza y la Paz; admitido, igualmente, que todos somos enemigos de la Fuerza Bruta, los Campos de Concentración y el Incumplimiento de la Palabra, vamos a bajar de esta platónica estratosfera, propicia a toda clase de confusiones bajo su apariencia de pureza, para internarnos en el mundo impuro pero eficaz de la caverna.

Esta guerra ha sido desencadenada por el fascismo. Pero es lícito preguntar: ¿qué desencadenó el fascismo? La respuesta es de la más

grande importancia, porque si no son extirpadas las raíces que produjeron este bárbaro movimiento, es casi seguro que una nueva guerra, más destructora, seguirá a la que termina. Si se piensa que el fascismo es un producto italiano y alemán; si se cree que tiene que ver con cierta mentalidad que sólo puede encontrarse en esos pueblos, entonces es claro que su capitulación incondicional, el desmantelamiento de su industria pesada, el fusilamiento de sus líderes y la reeducación de sus hombres señalarían el fin de la pesadilla. Peligrosa ingenuidad: las causas del fascismo están latentes en todas partes; y su aparición y esplendor en Italia y Alemania no se debió a fenómenos privativos de esos países, sino a una serie de circunstancias económicas y sociales, que en mayor o menor grado existen en todas partes, pero que cristalizaron en Italia y Alemania por la superposición de algunas características nacionales que pueden mañana o pasado reproducirse en otros países.

La causa general que ha promovido el fascismo es —sin duda— la crisis general del sistema económico y social en que vivimos, la incapacidad de las formas capitalistas para canalizar las fuerzas que han desencadenado. Vivimos en una época de transformación quizá más profunda que la que señaló el fin del Imperio Romano o el fin de la aristocracia feudal en Europa.

Mientras no se entienda y *accepte* este hecho, el mundo saldrá de esta guerra para precipitarse en otra más brutal. Después del 18, todos éramos optimistas y repudiábamos el militarismo, la barbarie y la guerra. Innumerables conferencias, pactos y comités creyeron resolver el problema, reduciéndolo a una cuestión de fronteras, armas y personas. No es difícil que esta abundante actividad haya contribuido al florecimiento de la economía suiza; pero ni uno solo de los factores económicos y sociales que produjeron la guerra fué realmente tocado, con el resultado que todos conocemos. La guerra del 14 tuvo, sin embargo, un resultado de trascendencia; mientras los diplomáticos de los demás países charlaban y elaboraban fomentos y parches —destinados a descomerse muy pronto— en Rusia, estallaba un movimiento que por pri-

mera vez atacaba a fondo el problema de la crisis contemporánea. Gobernantes que decían haber estado luchando por la libertad y por los derechos del hombre, lanzaron entonces sobre Rusia numerosos ejércitos, y durante años no mezquinaron ningún recurso militar, económico y propagandístico para aplastar la revolución naciente. Los líderes bolcheviques eran "bandidos", el pueblo ruso era masacrado, torturado y encadenado por cien o doscientos pistoleros, allí se comía carne humana, se sembraba el terror; ¿cómo no intervenir en favor de la dignidad humana y de la libertad? Todos sabemos ahora que, en medio del hambre, de la guerra civil, de la lucha contra la intervención armada y contra la grosera propaganda, hombres intrépidos luchaban por instaurar una organización social justiciera. Todos sabemos, también, que los estadistas que llamaron bandido a Lenin y sus compañeros, no defendían la libertad o la dignidad humana: simplemente defendían la estructura de un régimen en crisis, un régimen que había traído la desocupación y la guerra a los pueblos.

Puede pensarse, sin embargo, que si bien la primera guerra mundial fué la culminación de una lucha por los mercados, esta segunda guerra es un fenómeno más complejo. Es en parte cierto; dos notables características la distinguen: la existencia de una nación grandemente socializada y la existencia del movimiento fascista. Esta guerra tuvo un carácter *más ideológico* y su causa inmediata ha sido el fascismo. Pero ¿qué desencadenó el fascismo? Este movimiento ha asumido formas tan complejas que nos hacen olvidar, a menudo, su carácter esencial. Contribuyen a ocultarlo hechos aparatosos pero secundarios: la jerga de propaganda, el racismo, el antisemitismo, el resentimiento nacional, la mística exaltación y hasta, probablemente, la creencia de muchos líderes de que estaban realizando una tarea anticapitalista. Estas creencias no tienen importancia: objetivamente esa gente formaba parte de un movimiento destinado a detener las fuerzas revolucionarias.

Podemos pensar lo que queramos del señor Thyssen, o de Krupp, o de Henry Ford. Pero hay que admitir que estas personas no son retar-

dados mentales hasta el punto de no saber defender sus negocios; ignoramos sus condiciones para la música o para la natación, pero nadie puede razonablemente poner en duda su habilidad para los negocios. Y bien; todas estas personas apoyaron enérgicamente al fascismo y hasta lo financiaron, porque vieron en él una barrera contra la revolución, una amenaza contra la Unión Soviética, una nueva y más sutil forma de aprovechar el descontento de las masas en favor de sus propios usufructuarios.

La memoria individual puede ser buena o mala; pero es un hecho que la memoria colectiva es mala. Recordemos, pues, que muchos estadistas ingleses elogiaron públicamente a Mussolini —así como el señor Emil Ludwig, dicho sea de paso—; el rearme alemán fué facilitado por financistas ingleses, franceses y norteamericanos; hasta Pearl Harbour, los hombres de empresa de los Estados Unidos estuvieron vendiendo fabulosas cantidades de petróleo y acero al imperio japonés; *durante la misma guerra*, la Standard Oil, de Nueva Jersey, vendió al monopolio químico alemán la fórmula que reducía a la mitad el costo del caucho sintético, mientras la negaba a su propio gobierno; estadistas de Inglaterra, Francia y Estados Unidos dejaron que los fascistas italianos y los nazis alemanes hicieran y deshicieran en España; la agresión japonesa contra Manchuria fué cometida con el beneplácito de esos mismos estadistas, porque veían una amenaza potencial contra Rusia; esas mismas personas, en fin, facilitaron el destrozo de Checoeslovaquia y se apresuraron a entregar a los alemanes el oro que esa nación guardaba en el banco internacional.

Todos estos hechos revelan que mientras el nazismo no fué una amenaza contra algunos imperios, contó con el entusiasta apoyo de muchos banqueros y estadistas no alemanes. No veo, pues, cómo ha de poder sostenerse que el fascismo constituye un movimiento anticapitalista. Por el contrario, *esos hechos revelan que ese régimen se inició como la forma política más brutal y cínica del régimen en bancarrota.*

Pero ¿cómo explicar, entonces, que un régimen político destinado a esclavizar a la enorme mayoría y a salvar el privilegio de unos pocos, haya podido contar con la opinión y hasta con el fanatismo de las grandes masas? Este hecho paradójal sólo puede explicarse por la superposición de una serie de factores psicológicos, políticos y nacionales del pueblo alemán: había un resentimiento latente contra los países aliados, había miedo por el futuro, había desconfianza en los partidos obreros —que estaban en violenta lucha entre sí y no se manifestaban capaces de resolver los problemas—. El partido nacionalsocialista aprovechó toda esta materia prima, desató odios unificadores y erigió, mediante la propaganda, el sofisma como sistema. A tal punto resultó el proceso mezclado y confundido, que la mayoría llegó a pensar que el fascismo era algo así como una forma del socialismo y una revolución contra la plutocracia.

El fascismo empleó un *lenguaje* anticapitalista y vociferó que luchaba contra los países “plutócratas”, como si no hubiera plutócratas en todas partes o como si el señor Thyssen, pongamos por caso, fuese un profesor de esgrima o un ensayista. Desvió la atención de la esencia del problema, haciendo creer al pueblo que capitalismo y judaísmo eran la misma cosa y que por lo tanto matar y torturar judíos era una operación equivalente a suprimir la banca privada, dejando de citar el curioso hecho de que Thyssen era ario cien por cien y que en los ghettos de Rumania, Polonia y Hungría se hacinaban millones de judíos miserables. Aprovechó la confusión vulgar de revolución con violencia, la reforzó e hizo olvidar que las más nítidas contrarrevoluciones han sido bárbaras y violentas (la represión de la Comuna, la represión del movimiento chino, la represión de Franco).

Pero hubo muchos otros elementos confusionistas: el hecho de usar la palabra “revolución”; el hecho de ser los nazis vulgares y malhablados —favoreciendo así un lugar común, cuando la historia ha demostrado que, por el contrario, los auténticos movimientos revolu-

cionarios han sido siempre dignificadores—, el hecho de organizar una nueva burocracia con *déclassés*, con gente resentida y fracasada, con basura humana, como si pueblo fuera lo mismo que basura; el hecho de terminar con el paro, olvidando que este fenómeno estaba vinculado a la formación de una poderosa industria de guerra, de un gran ejército y, en definitiva, al desencadenamiento de una guerra mundial.

Finalmente, el sofisma de la estatización: el socialismo es estatal, luego todo lo estatal es socialista. Olvidándose que se puede estatizar para el bien como para el mal, en favor del pueblo como en su contra, para la paz y el bienestar común como para la guerra y el privilegio de una casta.

La necesidad de apartar la atención de los hechos esenciales, la tarea histórica del nazismo de dar gato por liebre, exigía la aplicación de una doctrina sistemática. Se puede pensar que una banda de forajidos que se propone someter al mundo no necesita de teorías filosóficas sino de garrotes, explosivos y campos de concentración; es de esperar que el movimiento nazi constituya una enseñanza para los que así piensan. Harold Laski nos dice que el nazismo no tiene un sistema teórico; si por sistema teórico se entiende un edificio conceptual coherente y que aspira a la verdad, quizá tenga razón; pero no veo por qué ha de restringirse la definición de este modo: una doctrina teórica puede ser contradictoria, pues ser falsa, puede ser sofística y puede ser criminal: no por eso deja de ser una doctrina. Hay que recordar que los nazis llegaron al poder *por convicción* y que, a pesar de sus luchas callejeras con los socialistas y comunistas, obtuvieron la enorme mayoría del electorado a base de propaganda, es decir, a base de ideología. Se ha dicho que sin una teoría revolucionaria no puede haber una acción revolucionaria. Parece inútil agregar que tampoco es posible instaurar el reinado de la barbarie sin una doctrina de la barbarie.

No sabemos si esto lo sabían los capitanes del capital financiero

que fomentaron el nazismo, con la creencia de que así resolverían sus problemas. Pero lo sabían, con seguridad, varios de los sujetos freudianos y adlerianos que se reunían en la cervecería de Munich —se puede quemar a Freud y Adler y sin embargo constituir sus ejemplos—. Rosenberg y Goebbels y algún otro miembro de esa banda de psicópatas y de tarados que formaron la guardia vieja del nazismo sabían que el pueblo debe ser conquistado ideológicamente, es decir teóricamente; y que antes que los palos están los sistemas de filosofía, sobre todo si se trata de alemanes contemporáneos. El garrote es una excelente cosa; pero si se lo puede enarbolar y descargar según los postulados de un sistema filosófico, mejor.

No debe de haber necesitado mucho el doctor Rosenberg para lucubrar la *Weltanschauung* del movimiento: ahí estaban las doctrinas racistas del conde de Gobineau, los restos sueltos o falsificados de Nietzsche, las teorías que repudiaban el apotegma cartesiano y el imperio de la inteligencia, los sistemas que proclamaban la vuelta a la oscuridad, al irracionalismo y al instinto. Escorias sacadas —justa o injustamente— de *la República* de Platón, de Nietzsche y de Heidegger; viejos cuentos raciales, políticos y económicos, todos destinados a rebajar la dignidad del hombre, a convertirlo en una bestia obediente e irracional, apta para servir los designios del fascismo; y todo mezclado, a alta temperatura, con tratado de Versalles, odio contra los judíos, resentimientos y bajas pasiones.

Así fué elaborada la ideología de la barbarie, eso que el doctor Ernst Krieck, profesor de filosofía y pedagogía de la Universidad de Heidelberg, denominó *concepción obligatoria del mundo*. La libertad de pensamiento y de crítica, la ciencia y la filosofía en libre expansión son revolucionarias por esencia, porque para ellas no hay una concepción del mundo sagrada e inalterable, y menos una concepción basada en la mentira y el sofisma. ¿Cómo ha de extrañar que el nazismo impusiera a sangre y fuego un sistema sagrado e indiscutible? ¿Y cómo ha de extrañar que el diálogo socrático, esencia misma del pensamiento

occidental, fuera suplantado por el *Ausrichtung* del profesor Krieck, por el *adiestramiento* que lleva a la filosofía los métodos del cuartel?

El mariscal Goering dijo alguna vez esta frase que pasará a la historia:

“Cuando oigo la palabra *cultura*, saco el revólver.” Se podrá decir lo que se quiera contra este aforismo, pero no se le puede negar una concisión clásica y una notable consecuencia. Cuánto más repugnantes nos resultan aquellos profesores y filósofos que justificaron esa abominación de la cultura mediante productos culturales. Será bueno recordar los nombres de los que cometieron esta especie de parricidio: Ernst Krieck, profesor de filosofía y pedagogía de la Universidad de Heidelberg; Carl Schmidt, profesor de filosofía del derecho en la Universidad de Berlín; Karl Larenz, profesor de derecho; el doctor y profesor Möller von der Bruck, el hombre que en *El Tercer Reich* acusó a Descartes de haber desencadenado la desdicha universal con su filosofía racionalista. Y, en fin, el increíble, el insuperable profesor de filosofía de la cultura en la Universidad de Marburgo, el doctor E. R. Jaensch, que exclamó en uno de sus trabajos: “Es lamentable que nosotros, los profesores, no hayamos podido tomar parte en las refriegas en que antes de la toma del poder, los muchachos pardos abrían con sus vasos de cerveza las cabezas de los socialistas, demócratas y judíos.” Este teórico del cachiporrazo perpetró un monumental estudio tipológico: *El antitipo*. El antitipo es el hombre de la clase S, el hombre débil, desorientado, corrompido y disolvente; es el execrable producto de la mezcla de razas, de la masonería, del judaísmo y del asfalto. Este producto debe ser aniquilado sin piedad por el tipo J, el superhombre nazi, aurora y ejecución de una Nueva Humanidad cuyas notables virtudes no deben extrañar, pues resultan de la suma de los subtipos J₂ y J₃. La lucha debe ser particularmente implacable contra el S₂, el subtipo más pernicioso y degenerado, pues suma a las calamidades del S el entendimiento y la razón: Bertrand Russell es una buena muestra, supongo yo.

Quizá el profesor Jaensch no esté totalmente equivocado y hasta es

posible que sea útil su imponente nomenclatura; quizá uno sea un S217ax sin saberlo. En lo único en que el profesor de filosofía de la cultura se equivoca es en un pequeño detalle: ha *invertido* los caracteres del tipo con los del antitipo. Porque ¿cómo dudar que sólo hombres del tipo S, bárbaros y degenerados, pueden haber cometido los horrores de los campos de concentración?

El mundo sobrepasará esta crisis y entrará en un nuevo y grande período si sabe aprovechar la lección de estas dos últimas guerras y del fascismo. Como muchos, creo que esa lección puede ser resumida en los siguientes puntos fundamentales:

1. *El peligro de una nueva guerra mundial subsistirá si las naciones más importantes no se deciden a realizar profundas transformaciones económicas y sociales.* En *El imperialismo, última etapa del capitalismo*, Lenin examinó el proceso económico que partiendo de la libre concurrencia del capitalismo liberal, conduce a la concentración del capital, a los grandes monopolios y a la lucha internacional por el mercado. La experiencia ha revelado que, en líneas generales, este análisis es correcto y que la causa esencial de las guerras contemporáneas es económica. La conclusión es que una paz duradera, un nuevo período de desarrollo del mundo, sólo será posible por medio de la socialización de los medios de producción y de consumo. Pero la palabra socialización suena mal a muchos oídos y entonces algunos teóricos declaran haber encontrado soluciones menos vulgares.

Como los grandes monopolios condujeron a la guerra, ciertos teóricos propician su prohibición y, soñando con una época en que la humanidad se arreglaba con pequeños negocios, recomiendan la vuelta a una economía atomizada. ¿Por qué no recomendar, también, y con la misma lógica, la vuelta a la Edad de Piedra y a la Caverna? Otros nos obsequian con largas y profundas reflexiones sobre la Máquina y sus males, como si un conjunto de engranajes, por complicado que sea, pueda

tener concomitancias con la Ética; y como si una máquina que en este régimen sólo sirve para producir desocupados y tuberculosos no pudiese servir —en otro régimen más inteligente— para producir pintores, físicos o músicos. Estas divagaciones contra la Máquina y la Civilización son hechas casi siempre —fenómeno curioso— por individuos incapaces de vivir sin “frigidaire”.

Felizmente, todas estas tentativas quedan siempre en el terreno de la literatura: pueden servir a lo más para hacer una novela discutible, pero no se ha comprobado ningún ejemplo de detención de la industria de las “frigidaire” —pongo por caso— a causa del éxito de una novela de D. H. Lawrence. Menos mal; no me preocupa el porvenir de esta clase de aparatos; pero me parece bastante feliz que, a pesar de todos estos esfuerzos literarios, la humanidad no crea mejor volver a las pestes de la Edad Media, al cólera, la fiebre amarilla, las hogueras de la Inquisición, la brujería, la suciedad, la ausencia de cuartos de baño y otros beneficios de esas edades románticas.

Todas estas pseudo soluciones del problema contemporáneo son superficiales y reaccionarias. Es una negativa tan enérgica como tonta a reconocer que los moldes que caracterizan nuestra sociedad son ya inaptos para la convivencia humana. Mientras la máquina y el monopolio estén al servicio de una ínfima minoría no hay solución posible: sólo engendrarán la desocupación, por lo tanto la miseria, por lo tanto el subconsumo (aparente superproducción), la lucha por la colocación de los excedentes, la guerra.

Muchas personas de excelente fondo temen las revoluciones sociales porque han visto algunas películas de Cecil B. de Mille. Es necesario explicarles que aquéllas no implican necesariamente un levantamiento armado, destrucción de propiedades por el incendio, saqueo de mansiones y museos, caballos en las salas de recibimiento; estas manifestaciones espectaculares pueden haber ocurrido en alguna ocasión y hasta pueden ocurrir alguna otra vez; pero no hay que confundir una transformación social con una película de Cecil B. de Mille. Las gentes que están

atemorizadas por estas perturbaciones de la etiqueta, pueden tranquilizarse; hasta no es difícil que Inglaterra establezca el comunismo con el rey, fiestas de coronación y ese duque (no recuerdo cuál) que puede y debe permanecer con el sombrero puesto delante de la reina.

Los laboristas han preparado un plan pacífico de transición que las clases privilegiadas de Inglaterra harán muy bien en facilitar, si es que no son rematadamente tontas; de otra manera, hasta puede haber irrupción de caballos en las salas de recibimiento. El plan laborista comprende los siguientes puntos: control de la oferta de capital y crédito, nacionalización de la tierra, control estatal de la importación y exportación, nacionalización del transporte, nacionalización de la energía.

Es de esperar, sin embargo, que un pequeño número de magnates se oponga enérgicamente al plan laborista. También habrá que esperar toda clase de sofismas para justificar la oposición, muchos de los cuales tienen bastante difusión. Hay la creencia, por ejemplo, de que la intervención creciente del Estado trae aparejada una correlativa disminución de la libertad individual. Aquí se mezclan —en algunos casos conscientemente, en otros inconscientemente— una cantidad de razonamientos equivocados. Es cierto que si se nacionalizan los ferrocarriles y se termina con la iniciativa privada, algunas personas perderán la libertad de establecer un ferrocarril para su beneficio personal; esta pérdida de libertad no afecta a un linotipista, por ejemplo, que en ninguna circunstancia está en condiciones de establecerse con una línea ferroviaria; para hablar con más precisión, no afectaría a noventa y nueve millones de cada cien millones de personas. ¿Y qué tiene de trágico que el millón restante no pueda hacerlo? Podrán vivir dignamente, como todos. No veo qué otras libertades podrán ser afectadas con la nacionalización de los ferrocarriles; el que crea que de algún modo esta intervención del Estado puede provocar a la larga la prohibición de leer novelas tiene una idea demasiado llamativa de lo que es socialismo. Yo no creo, verdaderamente, que la socialización de las industrias básicas y ciertos controles por el Estado puedan traer una

disminución de la libertad en países que —como Inglaterra, Checoslovaquia y muchos otros— tienen a la vez tradición liberal y disciplina civil. Pero aun admitiendo que por algún tiempo fuera necesario reforzar la responsabilidad del hombre frente a su semejante, con el fin de establecer una sociedad más justiciera, también sería justificable. Al fin de cuentas, los que sienten tanto celo por sus fueros parecen olvidar que en el mundo de hoy la inmensa mayoría de la gente tiene una libertad que no pasa de la apariencia; la libertad que tiene un minero de Gales para pasar sus vacaciones en Montecarlo.

La libre iniciativa económica ya desempeñó su papel y nadie niega el mérito que tuvo en toda la época que nos ha precedido; pero a la larga ha engendrado el monopolio, que es su negación, el paro, la miseria y finalmente la esclavitud fascista y la guerra. ¿Para qué empeñarse en empezar de nuevo, aunque fuese posible?

2. *El fascismo no es privativo de los alemanes.* Hay quienes creen que siendo el fascismo un fenómeno alemán, no hay más de qué preocuparse una vez que Alemania esté aniquilada militarmente. De todas las formas de hacer el juego al fascismo, creo que ésta es una de las más sutiles, porque facilita su resurgimiento en cualquier otro país del mundo (Estados Unidos, por ejemplo).

Esta concepción está vinculada a la creencia de que en los alemanes hay *algo* misterioso y oculto que los distingue de los demás. En esto, por lo visto, esta clase de antinazis están de acuerdo con los nazis. ¡Extraña y retorcida forma de apoyar las doctrinas racistas!

Los partidarios de esta doctrina consideran que en el fondo de todo alemán hay un “invariante” que desafía las transformaciones seculares de la economía, de la política, de los regímenes sociales, de las costumbres. Ese invariante sería un germen misterioso de militarismo, disciplina ciega y aptitud para la barbarie.

En fácil comprobar que esta doctrina pseudo científica no revela nada necesario ni suficiente del hombre germano. Que para ser ger-

mano no es necesario ser bárbaro lo revela una simple enumeración: Leibniz, Kant, Nietzsche, Bach, Beethoven, Mozart, Gauss, Riemann, Weierstrass, Bolzano, Hilbert, Planck, Ostwald, Goethe, Schiller, Lessing, Novalis, Hölderlin, Jean-Paul, Haendel, Schubert, Schumann; sería inútil hacerla completa u ordenada: todos sabemos que no hay rama de la ciencia, de la filosofía o de las artes más delicadas que no haya sido enriquecida por alemanes. Que para ser germánico no es suficiente ser bárbaro lo revela otra enumeración: Atila, Franco, Juan Vicente Gómez, los miembros del Ku-Klux-Klan, la Inquisición, la policía social de cualquiera de nuestros países; tampoco es necesario completar u ordenar esta lista: la historia nos revela que cada vez que las condiciones, la época, las costumbres, las luchas lo han permitido o facilitado, el hombre ha descendido a las más abominables profundidades de crueldad y refinamiento en el sadismo.

Nunca he podido comprender el entusiasmo con que muchos se aferran a una teoría tan manifiestamente falsa; la historia muestra hasta el cansancio que no hay caracteres nacionales invariables y que a medida que las condiciones económicas, sociales o religiosas cambian, también cambian las costumbres, las modalidades, los gustos, el humor. Oblomov es un arquetipo de la Rusia prerrevolucionaria; ¿qué queda de este señor en los rusos de la actualidad? Hay gente que sólo se siente tranquila cuando esquematiza: el *esprit de mesure* de los franceses, el *sense of humor* de los ingleses, el mercantilismo de los judíos, etc. La realidad, en cambio, no tiene la misma debilidad por los esquemas y casi nunca condesciende a darles la razón a esta clase de personas. ¿Dónde está, por ejemplo, el espíritu de medida de Rabelais, Molière, Robespierre, Balzac, el proceso Dreyfus, Monsieur Chauvin, Barba Azul, el Marqués de Sade, el conde de Lautréamont, los jansenistas, Victor Hugo, los chalcos de Gautier, Léon Bloy, L. F. Céline, Napoleón y Paul Claudel? ¿Qué hay de común entre el humorismo de Rabelais y el de Giraudoux? Parece también una empresa preferentemente destinada al fracaso buscar un denominador común entre la procacidad y violencia temperamen-

tal de la época isabelina (donde por cualquier cosa le cortaban a uno la cabeza) y la flema que nos pretenden hacer pasar como un rasgo distintivo de la raza inglesa; ese sentido flemático y hogareño que se nota en ciertos ingleses victorianos y en ciertos altos empleados ferroviarios de nuestro país sólo se explica cuando se ha redondeado un buen imperio.

Este punto de vista sobre la relatividad de los caracteres nacionales no significa negar que el alemán actual no tenga deplorables condiciones, producto de una serie de circunstancias históricas y sociales; significa, sencillamente, que el alemán es susceptible de ser reeducado y de convertirse en algo útil para la sociedad. Ignoro cuáles pueden ser las causas generatrices, pero sin duda alguna el alemán contemporáneo se muere por formar parte de organizaciones que lo priven de libertad — cualesquiera que sean—, es gregario, tiene un fondo místico y romántico favorable a toda clase de excesos, es incapaz de vivir sin reglamentos, en cuanto puede construye un sistema filosófico, es obediente, ve en el Estado un dios todopoderoso y venerable. Claro está que un hombre con semejantes características es materia propicia para que surjan individuos como Hitler.

Es explicable, pues, que bajo su forma más brutal el fascismo haya estallado en Alemania: había —repito— condiciones sociales y económicas que en todo el mundo señaló la culminación de la crisis; había, además, condiciones nacionales propicias: resentimiento, nacionalismo, miedo del futuro, división y debilidad de los partidos obreros; había un hombre medio bien preparado para el facismo por sus características de obediencia, militarismo y misticismo; había, en fin, un núcleo de bandoleros bien decididos y con un programa claro de combate.

Es desde luego difícil que todas estas circunstancias se reúnan nuevamente en algún otro país; pero esa improbable reunión sería necesaria para reproducir el *mismo tipo del nazismo alemán*. El peligro no está en esa utópica reencarnación: está en una reencarnación del nazismo en condiciones diferentes, lo que sí cuenta con gérmenes y probabilidades

en muchos países del mundo. En tanto que bárbaro y demagógico movimiento destinado a detener el derrumbe de un sistema en quiebra, puede darse en muchas partes fuera de Alemania. Eso es lo verdaderamente importante y ésa es la razón por la cual la identificación del fascismo con los alemanes es una de las formas más peligrosas de hacer el juego a ese movimiento.

Mientras los grandes países industriales no tomen medidas internas del género de las propiciadas por los laboristas ingleses no hay duda de que un movimiento semejante al fascismo italiano o al nazismo alemán puede resurgir en cualquiera de ellos. No veo sobre qué base puede suponerse que Henry Ford haya dejado de ser antisemita y antisocialista. Y en tanto pesen en los Estados Unidos hombres como Ford, subsistirán los peores peligros para el pueblo norteamericano, para el mundo entero y en particular para nuestros países —simples apéndices económicos de la metrópoli—. No veo, tampoco, de qué manera individuos como Ford han de favorecer una real democracia política y social en nuestros países, régimen que sólo puede traer malas consecuencias para los hombres como él.

Los muchachos que fueron mutilados, las madres cuyos hijos han muerto horrorosamente en tierras lejanas, tienen el derecho de saber si han luchado en vano, si los pocos centenares de hombres que manejan la economía del mundo están dispuestos a dejar de pensar en dividendos y mercados. Frente al fascismo no había otra alternativa honrada que luchar para liquidarlo físicamente, aunque en la retaguardia estuviera Ford o la Standard Oil: era el enemigo número uno y la primera tarea era su destrucción. Pero ahora es lícito preguntar si Ford, la Standard Oil o quien sea va a querer reiniciar el juego, y si millones de hombres han de morir nuevamente para defender los intereses de algunos sindicatos internacionales.

Ya han comenzado algunos de estos señores a sembrar la discordia. El noventa y nueve por ciento del pueblo norteamericano no puede tener ningún interés encontrado con el pueblo ruso o el pueblo inglés;

y, sin embargo, la radio, el cine y la prensa ya se están encargando de hacerles creer que *algo* los separa o pronto los separará.

3. *La lucha contra el resurgimiento del fascismo debe contemplar, finalmente, no sólo los problemas económicos y sociales sino también los espirituales.* No se puede luchar durante años con un enemigo poderoso sin terminar por parecerse en algo a él. Este hecho psicológico explica los extraños fenómenos a que estamos asistiendo: a ciertos antinazis no les basta con que los jefes alemanes sean fusilados o ahorcados; añoran formas más crueles y muertes más lentas; no propician la seguridad sino la venganza y el odio; animados de un fervoroso sadismo dan rienda suelta a las pasiones que justamente detestamos en el fascismo. El espíritu fascista renace así, sutilmente, en el alma de sus propios victimarios.

El movimiento que ha degradado a Italia y particularmente a Alemania no ha de pasar sin dejar graves rastros en todos los pueblos. Hay ciertos sentimientos y prejuicios que es muy difícil recoger una vez vertidos; el nazismo ha hecho recrudecer el antisemitismo en los países donde era activo y lo ha hecho surgir en otros donde era casi inexistente; ha divulgado sofismas sobre la inferioridad de ciertas razas; ha provocado una nueva ola de nacionalismo agresivo en todo el mundo; ha destruído la fe en el respeto mutuo, en la dignidad humana, en las virtudes de la tolerancia, de la razón y de la discusión. La humanidad necesitará mucho tiempo para restaurar estos sentimientos y no sé si podrá hacerlo en tanto las naciones que pueden abrir nuevas y grandes rutas para la historia persistan en el insensato mantenimiento de formas caducas.

ERNESTO SÁBATO

SI VIS PACEM PARA PACEM

Supongo que "la paz que acaba de celebrarse" a que alude la invitación a estas líneas no se refiere sólo a la rendición incondicional del ejército alemán. Finjamos que se ha acabado con la resistencia armada del último francotirador europeo o asiático. ¿El día de la victoria será el día de la paz? Si no es el día de la paz no será el día de la victoria: ganar la guerra significa ganar la paz.

Ganar la paz puede significar varias cosas, que implican o no la aplicación de planes sociales tipo Beveridge o el logro de un autogiro particular para cada habitante, como sugieren los avisadores del *Saturday Evening Post*. De todos modos me parece que ganar la paz significa acabar con la guerra, dejar de matar, dejar de odiar, volver al hogar y vivir sin temor de la policía secreta, de la orden de movilización y de la superbomba silenciosa. Si las naciones unidas no consiguen ganar esta paz no habrán ganado la guerra.

¿Qué espero y qué deseo que la paz signifique realmente para el mundo entero y para nuestro país? Evitemos la imputación de *wishful thinking*. Hay varias cosas que espero si bien no deseo, como la tormenta que veo venir en el día de la excursión. Hay cosas que deseo y que no espero, como la sensatez en un discurso político de barricada. Mi esperanza se basa en la probabilidad de que ello ocurra, y esta probabilidad se basa a su vez en la proporción de experiencias pasadas de hechos similares. Aquí sólo puede haber mayor o menor probabilidad. Por otra parte está la esperanza teñida de deseo. No ya lo que espero como mera-

mente probable sino mi anhelo. En las consideraciones que siguen quisiera separar bien estos dos planos.

Ante todo un hecho fundamental. El ejército de todo estado llamado liberal era desde luego una organización regida por el *Führerprinzip*. Mussolini, Hitler e Hiroito no inventaron este sistema. Sólo lo llevaron a toda la nación, es decir, crearon el estado totalitario. Para oponerse a los estados totalitarios los países llamados democráticos tuvieron que adoptar en gran escala el régimen del *Führerprinzip* y ponerse en un plano de totalitarismo parecido al de sus contrincantes. Se dirá que un soldado democrático sabe (se lo han dicho) que el totalitarismo de su ejército tiene un sentido muy diferente del totalitarismo del Eje; que el totalitarismo de las democracias va a acabar con el totalitarismo del enemigo; que se ha enajenado la libertad presente en nombre de la libertad futura; que la fuerza está al servicio del derecho. Quizá se olvide que el soldado totalitario sabe exactamente lo mismo, pues también a él se lo habían dicho, y mucho antes. El hecho es que el *Führerprinzip*, como mal necesario o como se quiera, se ha difundido por todo el mundo. La cuestión es saber si su presencia es transitoria y si será fácil volver al espíritu liberal, es decir, a la paz. ¿Qué espero?— en el primer sentido aclarado. ¿Qué creo que probablemente ha de ocurrir? Creo que será difícil volver a la paz. ¿Qué hechos me hacen pensar que será difícil abolir o reducir a un mínimo inocuo el *Führerprinzip* y restaurar la libertad pretérita enajenada en nombre de la libertad futura? Los siguientes.

1. *Se quiere organizar la paz con espíritu y métodos de guerra.* Las naciones unidas estaban desunidas antes de la guerra; se unieron por la guerra. Ahora parece que la paz las desunirá, probablemente para unirse en guerra. Esto no es trabalenguas. Creo no revelar ningún secreto ni esbozar pesimismo gratuito. Sólo un enorme deseo de que ocurra lo favorable y no lo que la probabilidad histórica señala puede inducirnos a creer firmemente otra cosa. Huelgan detalles. Se hallan en los periódicos de hoy y días anteriores. Deseo que no se hallen ya en la época que aparezcan estas declaraciones, pero no lo espero. El espí-

ritu de la reunión de San Francisco, con dos bloques bien definidos y antagónicos, no es el de la paz. Además hay intereses de neutrales, de beligerantes y de pseudo pacifistas que desean agrandar las divergencias —sin contar a todos los nazis que todavía andan sueltos por el mundo. Además, el *Führerprinzip* establecido en las naciones unidas para alcanzar la libertad parece provocar el olvido del fin con que se había creado. En una palabra, la gente se habitúa al totalitarismo. Si no se lo destierra en su primer intento, luego no se echa de menos la libertad. Personalmente no sé qué clase de libertad tienen o desean los rusos después de muchos años de *Führerprinzip*. Acaso si los demás países se ven obligados a mantenerse en pie de guerra por algún tiempo, se acostumbren también. Por otra parte, las naciones unidas han usado el *Führerprinzip* para aplastar la autodeterminación de los pueblos en dos casos bien concretos. Uno es el de Trieste, todavía no aclarado cuando escribo estas líneas. (La noticia de hoy es que la censura periodística es tan severa que no se permite comunicar absolutamente nada, aunque no tenga que ver con el entredicho.) El otro caso es el de Grecia. Sobre éste sólo citaré unas líneas de una carta escrita por un oficial británico y publicada por *The New Statesman and Nation* del 23 de diciembre último. “*A certain R.A.F. Squadron held a solem ceremony yesterday at which they interred the remains of the Atlantic Charter with full Military Honours*”. (No olvidar que la publicación de esta carta es una significativa afirmación de libertad —un relámpago de esperanza en este cuadro sombrío.) Por último, los “grandes” que se reúnen para planear la paz son hombres cuyo mayor talento se revela en la preparación de sus países para la guerra. ¿Por qué no creo que esos talentos puedan aplicarse para la paz? Porque el método de la guerra no es el de la paz. En la política y en la guerra se debe considerar al hombre como un número en la estadística, individuo indiferenciado que integra masas, unidad que forma cantidades. La paz requiere que se vea en cada hombre más que un par de brazos o un estómago. Pero el método del político, útil para la guerra, no ve más. El político no se dirige a hombres concretos, a almas, sino a abstraccio-

nes. Aunque quisiera, el político no podría tener en cuenta los millones de hombres concretos de su país o del mundo. Quien se interesa por el prójimo como ser concreto se dirige obligadamente a unos pocos. Sólo así el espíritu alcanza al espíritu. Y la paz es, precisamente, de competencia del espíritu. Lo demás es tregua, treta, trapisonda.

2. *Los problemas de postguerra invitan a aplicar métodos de guerra.* Hay dos clases de problemas de postguerra: los que ya eran de postguerra antes de esta guerra, es decir, problemas postergados, camuflados por el combate, que ahora vuelven a presentarse, y los problemas que nacen más directamente de estos últimos años. Consideremos primero los más recientes. Uno muy importante es que haya ahora en el mundo varios cientos de millones de personas con los nervios afectados por la experiencia colectiva más tremenda que se haya conocido en número de combatientes, de zonas devastadas y magnitud de destrucción. No sólo cuento aquí a los soldados sino también a los millones de prisioneros que vuelven de los campos de concentración con imágenes que no podrán desprender jamás de su alma, con el germen activo de una permanente pesadilla. Más cuento a los civiles de todas las ciudades bombardeadas, que han pasado varios años viviendo como bestias en refugios subterráneos, apagando incendios, sacando cadáveres de entre las ruinas. Más aún tengo presentes a los niños, que han sido alcanzados por esta guerra como en ninguna otra, que han sufrido más que nadie por la necesidad de sueño, de alimentos, de juegos, del cariño del padre en el frente y de la madre en la fábrica. Puede que muchos combatientes, prisioneros, y civiles enloquecidos o semienloquecidos, mueran a corto plazo o queden internados para siempre. Pero estos niños que son Europa de 1960 llevarán en su alma un recuerdo de odio, brutalidad, ensañamiento y del espíritu de venganza que aspiraron en los años decisivos de una infancia sin amor ni ternura hogareña. Me parece que no se concede toda la importancia que se merece al hecho de que el interior del hogar haya visto la entera crudeza de la guerra.

Otro importante hecho y problema de postguerra es que muchos sol-

dados y prisioneros del Eje han sido vencidos pero no convencidos. Se cuenta con reeducarlos. ¿Hay muchas probabilidades de éxito? No creo. Si se los trajera del limbo acaso podría dárseles alguna paideia; pero la reeducación, como cualquier experiencia humana, no puede borrar el tiempo pasado por completo. Esta nueva educación no reemplazará a la vieja, meramente correrá por los firmes cauces de una hermética concepción del mundo totalitario. Doce años de permanencia en el poder absoluto permitieron a Hitler hacer muchas cosas difíciles de aniquilar. Una de ellas, el fanatismo. Ahora bien, Alemania y Japón podrán ser ocupados, pero a menos que se descubran métodos pedagógicos para civilizar fanáticos —especialmente los jóvenes— y se enseñe a varios millones de soldados incultos a manejar eficazmente estos métodos, habrá que mantener ejércitos de ocupación o un régimen policial que no condice con el anhelado espíritu de libertad.

Mencionaré ahora sólo dos de los problemas postergados. Uno, el de las minorías. Otro, el del trabajo. Ambos parecen requerir algo más que la buena voluntad individual para resolverse. Hay que ponerse de acuerdo sobre muchos puntos de organización política, cultural, industrial, comercial y financiera, incompatible con el espíritu de *laissez-faire*. Acaso sólo una organización autoritaria pueda aquietar a los irredentistas, dar empleo a los desocupados y alimentos a todos. Pero tal organización no sería persuasiva sino coactiva. Sus métodos serían indiscutibles, aunque fueran los de la violencia.

He mencionado los hechos que alcanzo a discernir y que me hacen pensar en la improbabilidad de un retorno fácil y rápido del espíritu liberal. Improbabilidad, no imposibilidad. No conozco a quien posea el secreto de la historia futura, aunque sé que hay metafísicos trasnochados, pesimistas del caos u optimistas de la teodicea, que hablan y actúan como si lo poseyeran. Insisto en que todo lo que puedo declarar es meramente probable pues en torno a esta cuestión de la probabilidad,

posibilidad y absoluta necesidad de los hechos gira un torbellino de sofismas que ha ahogado la acción de algunos espíritus liberales.

¿Qué espero? —ahora en el segundo sentido. ¿Qué anhelo para el mundo de los próximos años? Mi deseo tiene dos dimensiones. Una es utópica y ucrónica; me la reservo para una novela. La otra está condicionada por el aquí y el ahora; debe tener en cuenta los hechos del cuadro pintado como probable. ¿Cuál es mi actitud ante estas probabilidades? Primero veamos un par de actitudes que no son la mía. Si yo fuera un ser enteramente imparcial, sin deseos ni preferencias de ninguna índole, sin gustos ni propósitos ni acciones comprometidas desde luego en este mundo, mi inteligencia se inclinaría sobre el planeta como el ojo del naturalista sobre un vaso de infusorios. Me limitaría a señalar las probabilidades sin tomar partido. Dejaría constancia de la realidad percibida como si no estuviera comprometido en ella; si condescendiera a esbozar un gesto humano, acaso sonriese ante la tontería de los hombres, pigmeos pretenciosos que se llaman a sí mismos *homines sapientes*, reyes de la creación, y no acaban de aprender nada ni por la lógica ni por la historia. Por otra parte, si fuese un metafísico que salta de lo probable a lo que debe ser necesariamente para bien o para mal, diría: la ontología prescribe a la deontología que la ética apruebe como válida y verdadera a aquella moral que exija al individuo la sumisión de su voluntad al movimiento universal que se manifiesta como la eliminación de los estados entre sí por medios violentos. Como me siento un infusorio entre infusorios y, para colmo, con conciencia historiográfica, no puedo quedarme con la impasibilidad de la inteligencia cósmica ni caer en las falacias de las filosofías de la historia. Confieso, pues, mi parcialidad por la libertad, reconozco los hechos que la amenazan, declaro que no por tremendos y probables son absolutamente inevitables, y expongo mi posición.

Como deseo la libertad, no supondré la realización de la hipótesis más inconveniente. Supondré que las naciones, aunque sólo sea por mero cansancio o imposibilidad material, no van a otra guerra por mucho

tiempo. Supondré que, como en toxicología, muchos venenos juntos pueden anularse entre sí y producir una combinación inoperante. Supondré que una insólita ola de piedad anima a deponer los odios. No se diga que nuevamente me he bandeado. Todo esto es también probable, aunque menos. Supondré, en fin, la probabilidad menos probable pero más favorable a mis deseos. No supondré nada enteramente improbable.

La probabilidad más favorable entraña sin embargo la presencia de un estado fuerte. Voy a suponer, sin embargo, que este poderío está en manos de personas que querrán usar de la violencia lo menos posible. En esta probabilidad el poder estatal trataría de organizar sobre todo la vida civil y civilizada, la vida de la paz. No me parece prácticamente incompatible un cierto espíritu de organización y, si quiere decirse, de totalitarismo, con la paz y la cultura del futuro. Una buena corporación no tiene que ser necesariamente un cuartel; puede ser una ciudad universitaria. Acaso la condición de esa misma paz sea cierta medida de socialización: la socialización de las energías naturales, de los alimentos, de las manufacturas, de los transportes. Pero hay aún aquí un gran peligro. La inercia del sistema generalmente trata de abarcar todos los redanos del organismo histórico. ¿Cómo evitar que la tendencia a la planificación, aun apetecida para la naturaleza, no llegue más allá de la materia? ¿Cómo detenerla en la administración y en la industria, e impedir que alcance el hogar, la escuela, la cátedra, la iglesia de cualquier credo, el arte, la prensa? Pues, afirmando desde ahora la libertad, mientras el sistema nos deja hueco, precisamente para que ese hueco sea cada vez mayor y su contenido espiritual oriente la totalidad de la organización. El plan podrá admitir entonces la importancia rectora del espíritu, y la libertad, la conveniencia del plan. En el mejor de los casos será un equilibrio inestable, peligroso. Pero la vida siempre lo es.

La probabilidad escogida y mi comprometido anhelo proponen una tarea inmediata: usar de la libertad por lo que vale por sí y para cada uno, y también para prestigiarla y con su prestigio fortalecerla contra

la planificación ilimitada. Se aprovecha y se prestigia la libertad de pensamiento pensando bien, se exalta la libertad de expresión expresándonos bien, se gana la libertad de reunión reuniéndonos a conversar y debatir como seres inteligentes y tolerantes. Quizá si nuestro pensamiento, expresión y conversación son ejemplos de actos libres, se difunda el espíritu por simple presencia de autenticidad. Acaso así la libertad se salve socialmente. Esta hipótesis probable e insegura autoriza a comenzar ahora el salvataje sin acción espectacular —no sin esfuerzo.

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ

INTRODUCCIÓN AL MUNDO DE LA PAZ

“¡Cuando estalle la paz...!” —venían exclamando con una mezcla de sorna y pavor, de júbilo y oblicua agorería quienes presagiaban el final de la guerra no como un epílogo definitivo, sino como una etapa en el proceso de violentas transformaciones que sufrimos desde hace varios lustros. Pues bien, ya está ahí la paz. ¿De veras? La pesadilla intimidante como ninguna otra se ha desvanecido. Culmina una victoria, la más ardua y deseada. Pero la guerra no terminó completamente. Ni siquiera en Europa. Derrotada la fiera nazi en su cubil nativo, la guerra sigue, debe seguir inexorablemente. Y no sólo contra el nazifascismo amarillo, no sólo contra el totalitarismo solapado o vergonzante de ciertos países que nos son tan próximos, sino también contra todas las larvas y supervivencias de ese régimen escondidas en otras naciones. Inclusive en las victoriosas... Ya sabemos donde se embosca aún de modo más insidioso el enemigo. Ante todo en la Península Ibérica. Y señalo así porque el bulto mayúsculo y siniestro de Franco en España no debe tapar la sombra de Oliveira Salazar, de la dictadura portuguesa, tan olvidada, tan minúscula y pobrecita en apariencia, tan bienquista de Inglaterra, pero que en punto a perfidia y crueldad no se priva de nada, ni siquiera de los campos de concentración... Mas insisto en que una vez eliminado el enemigo ibérico y destruídos sus reflejos y mimesis americanas, aun quedarán focos por arrasar o purificar. En primer término los que cada país victorioso o liberado guarece en sus propios límites geográficos. Y luego aque-

llos otros, más escondidos, en las naciones que se mantuvieron de hecho aparte de la batalla, pero que en rigor y con precisión de términos no pueden llamarse neutrales. ¿Neutrales? No los hubo en esta guerra, no podía haberlos, y menos aun lo son aquéllos que se cubrieron con la máscara de "no beligerantes". Todos tomaron partido y ayudaron a sus afines, más o menos encubiertamente y con la complicidad de sus vecinos o protectores.

Porque esta guerra ha sido diferente de las demás. Guerras imperialistas hubo muchas. Pero la guerra antinazifascista es esencialmente una guerra ideológica, una moderna guerra de religiones. Se equivocaron los comunistas al tratar de negar ese carácter, cuando Rusia aun no había sido agredida, a raíz de su pacto con Alemania, en 1939. Erraba parejamente Churchill cuando pretendió restringir el significado de guerra ideológica a los primeros tiempos. No. Esta guerra fué ideológica en sus prolegómenos y en su estallido, siguió siéndolo en su decurso íntegro al remover a los seres humanos de todo el planeta y no perderá tal significado en sus consecuencias. Guerra internacional, pero guerra civil simultáneamente —guerra civil internacional, digamos de una vez—, guerra de conciencias y no sólo de armas, guerra de pueblos y no de reyes o gobiernos. Guerra de espíritus y métodos, de adversos conceptos de la vida y del mundo, tanto como de tanques, ametralladoras y superfortalezas aéreas. En esta pluralidad de dimensiones finca su verdadero carácter, su singularidad, su aire de cruzada, su grandeza sobre el horror. Fueron estas características las que valieron tantas cooperaciones y adhesiones a las naciones unidas. Y este rasgo superior de guerra ideológica hará que la paz no surja plenamente hasta que el último enemigo haya sido abatido o privado de toda capacidad de dañar. Y no sólo en los campos de batalla, no sólo en el interior de las ciudades, sino en las últimas madrigueras, en el reducto de las conciencias hostiles.

Están marcados los criminales de guerra. Se les persigue, se les acosa, se les da caza. Ignoramos aún la amplitud de esas listas de delincuentes preparadas por los aliados con exceso de reserva frente al general clamor de expiación. Mas por nutridas que sean siempre nos parecerán incompletas si no incluyen también en su debido sitio a los delincuentes de preguerra. Es decir, a los que prepararon la catástrofe e hicieron fatal —en el sentido de necesaria— la guerra mediante sus complicidades, tolerancias, capitulaciones e inhibiciones. Aludimos, en una palabra, al brillante elenco de los apaciguadores, los quintacolumnistas, los “muniqueses”, a todos los que ejercieron su nefasta influencia y pactaron de un modo u otro con el totalitarismo mucho antes de 1939. Pues ya hasta los más reacios en aceptar la realidad están acordes en que la guerra no empezó con el ataque a Polonia, ni con el despedazamiento de Checoeslovaquia, ni siquiera con la anexión de Austria o la reocupación de Renania. La guerra mundial que preludió en China, qué amagó en Abisinia, estalló realmente en España, en 1936. Ciertamente es que de modo potencial ya existía desde el día fatídico del 30 de enero de 1933, desde la misma fecha en que Hitler asaltó el poder.

No es impropio remontarse tan lejos ni señalar con un compás tan abierto la órbita de los culpables. Al contrario, demarcar netamente, sin sombras, tal extensión delictuosa es el único medio para que las sanciones sean ejemplares, para que todos laven sus culpas. Todos, hasta los antifascistas más ineludibles, pues a todos logró contagiarnos de un modo o de otro ese virus tremendo. “La furia, el odio y la crueldad —ha escrito muy certeramente José Venegas— que se levantan en nosotros, como réplica a la crueldad inconcebible, al sadismo, a la perversión mental con que han procedido los nazis, también es corrupción; seríamos mejores personas si el hálito pardofascista no nos hubiera manchado.” Ello se demuestra en las reacciones del público al comentar los noticiarios cinematográficos con vistas de los campos de concentración de Buchenwald, Dachau, etc., que confirman de modo

irrefutable la sevicia, la monstruosidad infamante de los “métodos nazis”. En los espectadores más sensibles la indignación es tanto sonrojo como ira. “Pero es indispensable decir —agrega el citado articulista— para cegar las posibilidades de que esos hechos viles se repitan, que no habrían existido los crímenes del pardofascismo sin la colaboración de innumerables personas, muy influyentes, muchísimas de las cuales figuran ahora entre los denunciantes o entre los que reclaman venganza. No habrían existido sin una complicidad activa o pasiva de gran parte de las clases dirigentes del mundo.” Y también de las dirigidas —agreguemos para completar el cuadro. Pues de tal responsabilidad no se eximen las masas obreras. ¿Acaso fueron capaces de declarar una huelga general a modo de advertencia, un mero paro de veinticuatro horas a lo largo de los tres años de la guerra española, como protesta contra la farsa de la “no intervención”? Varias veces fué cuestión de ello, en París y en Londres, durante los últimos meses de 1936, cuando ya la intervención ítalogermana en España era más que evidente; pero ni la C. G. T. de París, entonces poderosísima, ni las Trade-Unions en Londres, se resolvieron a esa medida elemental, toque de atención que hubiera influído para cambiar la política de Francia e Inglaterra.

¿Algo debe cambiar? Mucho, y en primer término quizá el concepto de blandura o lenidad que por desgaste histórico parece ir asociado al espíritu democrático, y que en el trance actual podría influir calamitosamente para que la expiación de los culpables en todos sus grados no fuera cabal. Con esto queda implícitamente refutada cierta alegación de tipo más “colaboracionista” que humanitario. Consiste en decir que persiguiendo con rigor implacable —justiciero— a los culpables directos e indirectos, las democracias victoriosas adoptan los métodos del enemigo, se inficcionan de la implacabilidad nazi. El desarrollo de la réplica a esta objeción exigirá esclarecimientos minuciosos que ahora, en este repaso de urgencia, no podemos abordar. Sin embargo, anotaremos sencillamente que no hay tal asimilación de los procedimientos enemigos en el empleo obligatorio de la cirugía asép-

tica para extirpar la gangrena nazi. Por otra parte, entender como sinónimos los términos de democracia y debilidad es incurrir en uno de los errores en que precisamente se apoyó el hitlerismo para su política de amenazas primero, de agresiones después. Refutando esta confusión —por la que tan caro se ha pagado— Julien Benda, con su peculiar lucidez, escribe en *La grande épreuve des démocraties*: “El empleo de la fuerza no es en modo alguno contrario a la democracia si se hace en servicio de la justicia; no por ello se asimila de ninguna manera la democracia a los sistemas adversos, quienes sólo emplean la fuerza con fines de expansión.” En consecuencia, insistimos, la expiación del nazismo debe ser completa, sin salvedades ni atenuantes.

¿Finis Germania? —cabe preguntar desde el momento en que a la hora actual parece imposible discernir inocentes, trazar una delimitación entre Alemania y el nazismo. Reacción de energúmeno sería pedir su aniquilamiento, pero no es nada insensato reclamar su transformación radical, el descuaje y trasplante de la mayoría de sus pobladores, como base de su rehabilitación moral. Porque la culpabilidad no se limita únicamente al partido, a la secta, a la cuadrilla de bandoleros que gobernaban inverosímilmente Alemania y la han llevado a su disolución. (Las únicas excepciones, las más dignas, yacen todas probablemente bajo tierra, entre esos diez millones de víctimas de los campos de concentración, o viven expatriados.) La culpabilidad, en principio, se extiende mucho más allá, y no sólo en lo político, sino en todos los demás modos de vida, sin excluir lo cultural. Parece suficientemente demostrado que el nazismo —en sus últimas raíces y consecuencias— es un producto genuinamente alemán, que únicamente allí pudo prosperar y tornarse tan agresivo, que únicamente en sus límites el hombre llegaría a dimitir su condición de tal, identificándose zoológicamente con la “bestia rubia” (Nietzsche), con el “animal de rapiña” (Spengler). El nazismo existía potencialmente en la raíz psicológica

del pueblo alemán desde hace siglo y medio. El principio racista, la concepción del *Herrenvolk*, los sueños de dominación mundial empapan la historia y el espíritu germánicos —con muy pocas disidencias—. *Las raíces ideológicas del nacionalismo* han sido desentrañadas varias veces; con particular objetividad en un libro de ese título, por Rohan D' O. Butler. Sus rigurosas páginas muestran, a base de transcripciones, que tales raíces se hallan no sólo en los notorios apologistas del pangermanismo y del racismo —Herder, Görres, Gobineau, etc.—, no sólo en los teóricos de la guerra —Claussewitz, Treitscke, Bernhardi—, sino hasta en los pensadores —desde Hegel y Fichte a Spengler y Van der Bruck—, y aún en los líricos —Hölderlin, Novalis, Arnin, Kleist, George...—; aunque algunos posterior o parcialmente como Hölderlin, Nietzsche, Heine y Thomas Mann llegaran a reaccionar, desde sus entrañas, contra el germanismo. En todos ellos hay gérmenes del mismo espíritu corrosivo¹. Por lo tanto, en la política preventiva de la paz futura ¿será improcedente —los hechos políticos brotan de las doctrinas, de los libros, y no al revés— acordonar, aislar en un lazareto, sometiéndolo a cuarentena, cualquier producto intelectual germánico que se nos quiera ofrecer, sin dejarnos embaucar llanamente ante sus supuestas profundidades que en la mayor parte de los casos sólo son logomaquias o espejismos de su jerigonza abstrusa?

Puesto que esta guerra ha sido diferente a otras, la paz también habrá de ser distinta. No se logrará únicamente con tratados o pactos —siempre de un valor relativo—. Porque lo importante no es *salvar* la paz en el último momento; lo importante es *establecer* la paz desde

¹ Resumiendo sus pruebas Rohan D'O. Butler escribe: "El pensamiento alemán y la política alemana han socavado, durante los últimos ciento cincuenta años, la civilización del Occidente; se han mostrado hostiles hacia esta civilización y ansiosos de causar su ruina; la han deseado porque la civilización occidental está edificada sobre el arbitrio de la razón, la ética cristiana, el espíritu científico y el valor humano: todos principios ajenos a la mentalidad alemana, recaída en la barbarie". (*Las raíces ideológicas del nacionalsocialismo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1943.)

el primer instante, según la distinción hecha por Julien Benda, armonizando sus dos concepciones, la jurídica y la sentimental. Correlativamente deberá hacerse de la paz un sentimiento no humilde y pasivo, sino vivo y dinámico. Paz en acecho, paz vigilante. ¿Que ésta no será la paz en el sentido tradicional de abandono, confianza, holgura? Desde luego, ni debe serlo, a fin de que nadie se deje adormecer nuevamente con las canturrias ginebrinas de la "seguridad colectiva" y el desarme... teórico. Cualquier paz estable habrá de suponer — con paradoja o sin ella— la presencia del riesgo. Cosa conveniente, no temible, porque así como el peligro une, la seguridad desune. Por ello deberá mantenerse todo el tiempo que sea necesario esa previsor y saludable sensación de peligro. El ejemplo de la postguerra del 18 deberá tenerse presente; mas para no imitarlo. La nueva Sociedad de Naciones que se constituya sólo podrá ser, en el mejor de los casos, un refuerzo, pero no una base. Las bases de la próxima seguridad internacional deberán estar ante todo en ese sentimiento de riesgo al que antes me refería, en la actitud alerta de cada individuo y cada conciencia ante cualquier amago de guerra o de amenaza dictatorial que se reproduzca. Después, en la política sensata de todos los días, en la anulación de diferencias nacionales, en el taponamiento enérgico de disensiones, desde el mismo instante en que amanezcan. Extirpar esos gérmenes de guerra, cuando todavía se hallan en la placenta, será la más constante garantía de paz.

De ellos existe ya uno a la vista, apenas terminada la guerra en Europa, insinuando su turbia faz. Me refiero al equívoco sentimiento antisoviético que parece cundir en ciertos medios. Imposible aceptar que se reedite la obsesión "roja" del gran capitalismo internacional. Los gobiernos europeos y americanos que se constituyan definitivamente —si son auténticas expresiones democráticas, si no son hechura de una sola clase, mas representación de todas— deberán apresurarse a eliminar esas prevenciones de la infausta rusofobia. Otra cosa equivaldría a recomenzar la cadena de absurdos, la serie de movimientos

defensivos tornados rápidamente en ofensivos (el fascismo erigido como *conservador* frente al comunismo *destructor* y demás embelecos), que originaron la guerra. Recapaciten un poco cuantos de buena fe —descartamos a los reaccionarios insalvables— apoyaron tal política o no se opusieron enérgicamente a ella. Reeditar la fobia soviética significaría en plazo no muy largo el triunfo de Hitler *post mortem*. No se olvide que hasta el último instante ese dechado de cínicos especuló con el espectro de la bolchevización del mundo y con la esperanza de que los anglonorteamericanos se volvieran contra Rusia para aprovecharse inmediatamente de esta división, ganando así la guerra, al menos por tablas. Desdichadamente la más grave secuela nazifascista, su engendro de vida más dura, el “coco del comunismo”, sigue y seguirá incrustado por mucho tiempo en las cabezas de muchos miles de personas.

No por ello, en un plano equidistante como estamos, libres de las anteojeras del sectarismo, hemos de cargarles únicamente las obligaciones de rectificación. A la Unión Soviética corresponde en buena parte la tarea de contribuir a disipar ese estado de espíritu adverso, iniciando en la paz una política de vistas tan largas, de andadura tan recta, como clara y firme ha sido su conducta en la guerra. Léon Blum acaba de escribir que Rusia, inteligentemente, no dejará de modificar en lo que sea necesario —aquí, apostillamos, del realismo soviético, de la flexible dialéctica marxista, pero entendida rectamente, no como oportunismo o cinismo— su política externa, y sobre todo hará que cambie la de los comunistas extranjeros, a veces más “papistas que el papa”. Por lo demás, el ideal de la “revolución permanente” parece que desapareció con Trotsky, el Comintern fué disuelto en 1943, y una vez rehechas o ampliadas sus fronteras de seguridad, la Unión Soviética podrá aplicar su gigantesco poderío a la reconstrucción interna y adelantar un paso más hacia la democracia socialista, hacia la sociedad sin clases, eliminando gradualmente la dictadura de una de ellas, del proletariado, ya que —si nos atenemos a los textos mar-

xistas— ésta no es meta definitiva, sino fase de transición... (¿Que no sucede así? ¿Que estos ideales no se cumplen ni Rusia emproa hacia tal rumbo, sino que contrariamente —por hacer todos los supuestos, hasta los más desagradables— dicho país se convierte en efectiva amenaza europea, invadiendo territorios fuera de su zona de seguridad, pretendiendo violentamente imponer sus normas en países de voluntad mayoritaria adversa? En tal caso, si el mundo libre, si los países libres que desean verdaderamente seguir siéndolo a cualquier precio, se unieron un día contra la dictadura mundial nazi, ¿por qué no podrían volver a unirse para aplastar la dictadura mundial soviética?).

Y a este tenor, a esta cruda luz, los demás problemas de la nueva postguerra deberán ir encarándose y resolviéndose. Materia de especialistas es precisar las transformaciones que cada país habrá de sufrir para establecer no solamente la paz con los demás, sino también su paz interna. Ahora bien, situados como estamos en un plano rigurosamente libre, con la conciencia exenta de ataduras o compromisos que puedan hacernos preferir un plan u otro de los muchos que por doquier asoman, si se nos preguntara cuál es el método más seguro y expeditivo para enderezar el mundo, para reeducar a todos los países —y no solamente a Alemania, pues ya dijimos que el mal nazi se extendió a casi todas las comunidades—, responderíamos: volver íntegramente del revés todos los principios, mitos, consignas, tópicos, lugares comunes, con que las dictaduras entontecieron las cabezas de millones de ciudadanos durante los años últimos. Promulgar una especie de cartilla del anticesarismo, mostrando la falsedad, la inanidad, la bellaquería de los *slogans* totalitarios.

Así, por ejemplo, convendría tomar el supuesto racista y mostrar crudamente su fementido envés, el fondo de insania y resentimiento que había ya en Gobineau, en el renegado inglés Houston Stewart Chamberlain, por no hablar de la rapacidad escondida en las vulgares rapsodias de un Alfred Rosenberg y un Günther. Evidenciar que el racismo

pertenece a la serie de los mitos monstruosos, que no hay razas puras, que contrariamente sólo la mezcla puede preservarlas de la decadencia, que, en suma, se trata de una concepción zoológica, no humana. Claro es que a tal rango infrahumano corresponden perfectamente ciertos conceptos degradantes de la humanidad, clamados por un Spengler (“El hombre es una fiera...”; “la paz es la continuación de la guerra con otros medios”), o por un Freyer (“Durante la tregua que llamamos paz el Estado debe tender hacia el regreso de la situación normal: guerra”). Frente a esas exaltaciones patológicas de la guerra como sistema, arreciar en la campaña de su descrédito, poniendo de relieve su barbarie, su esterilidad.

De modo parejo, o más bien previamente, habría que llevar una campaña contra el caudillismo, el mesianismo, el providencialismo. Las sociedades no necesitan líderes que en realidad sólo tienden a esclavizarlas, ni salvadores caídos del cielo, que luego acaban por presidir sus ruinas. La paz presupone antes que nada la eliminación absoluta de las dictaduras; más aun, la posibilidad de que surjan. Está evidenciado hasta el hartazgo que las dictaduras sólo existen para la guerra, que su fin es la agresión, que únicamente en un clima belicoso encuentran apoyo aparente u ocasional. Asimismo, deberá hacerse experimentar un cambio a las ideas tradicionales —sacadas de sus límites lógicos por el abuso— de patria, de soberanía, de Estado inmanente y por lo tanto arrollador. El Superestado, el Estado federal o Unión Federal— de que tanto se viene hablando desde hace algunos años— serviría para recortar las alas soberbias de los países díscolos. ¿Autodeterminación de los pueblos? Sin duda, pero entiéndase bien, de los pueblos, no de los gobiernos que se enseñorean de ellos mediante el dolo o la violencia. Consiguientemente, frente al nefasto concepto de autarquía, solidaridad, penas al aislamiento. Que cada individuo se considere ciudadano del mundo —al menos de los países unidos por los mismos ideales—, abandonando de una vez todo nacionalismo de vía estrecha. Y en este punto nada sería quizá más eficaz que comen-

zar por una profunda reforma en la enseñanza de las historias nacionales, postulada hace años por Wells. Contra el *slogan* mussoliniano: “todo dentro del Estado”, sea el nuevo grito: “lo más posible fuera del Estado” —¡salve, Spencer!—, hasta llegar a hacer de éste lo que nunca debiera haber pasado de ser: una sombra, algo invisible cuanto más perfecto. Que el individuo recobre sus fueros naturales, que la persona humana sea trocada en eje y no en satélite. Basta de apelar a las masas, bajo cualquier bandera, es decir, a lo más bajo, a lo más mostrenco de cada ser, que nada tiene que ver con el individuo “in genere”, con el hombre esencial, según precisaba Antonio Machado. Que el hombre valga por sí mismo y no por su aglutinación de rebaño. No hombres de partidos, que son hombres partidos, sino seres enterizos es lo que se necesita —diríamos parafraseando a Unamuno. “La vida como milicia” —vociferan con alarde de falsa elevación los secuaces falangistas—; no, civilismo es lo que conviene propagar. Igualmente oponerse a cualquier intento de sociedad planificada, aunque se proyecte desde el miradero liberal, cual hace Mannheim. En lo religioso, contra el paganismo sofisticado —la gran bufonada del nazismo—, cristianismo primitivo, sin adulteración clerical. Y en el terreno estricto y cotidiano de la política: identificar este término con su correlativo lógico, con aquél de que nunca deberá disociarse, con la moral, equivalente de justicia. Acábase, pues, con la inmoralidad del realismo, de la “realpolitik”, cuya verdadera traducción es cinismo, befa, escarnio. Finalmente, como obligación suprema que condensa todos estos cambios: contra la fanatización obtusa de los espíritus, desfanatización lúcida.

Al mismo tiempo, no para desecharlos sino para darles fuerza y realidad, habría que revisar los programas del pacifismo habitual, hermosos, pero algo cándidos e inoperantes, revelando así su oriundez inglesa, ya que a escritores de esa nacionalidad (H. G. Wells, Norman Angell, Aldous Huxley, Bertrand Russell, Middleton Murry, C. E. M. Joad) co-

rresponde casi exclusivamente en Europa, durante los últimos años, el aireamiento de dichos ideales. Porque el pacifismo a secas, entendido como “no resistencia al mal” (Tolstoy), como pasividad o no colaboración (Gandhi), es un arma de doble filo que puede producir consecuencias diametralmente opuestas a las buscadas. El horror de la guerra, su abominación, mostrar su esterilidad, es actitud nobilísima. Pero ¿quién duda hoy de que ese simple concepto y su traducción práctica —esto es, retroceder, capitular ante las exigencias y ataques del belicismo— vino a redundar en provecho de las dictaduras, ya que el pacifismo “a toda costa” minó la voluntad de resistencia de los países demócratas frente a los agresores? El nuevo pacifismo, por consiguiente, deberá ser no sólo constructivo —como pretendía Huxley, atribuyéndole meras funciones de persuasión y captación colectivas— sino activo, intrépido, operante. De donde se sigue que la nueva Sociedad de Naciones, o mejor, la Unión Federal, o mejor aun, el Superestado —fórmula en que deseamos cuaje definitivamente— debe ser tan fuerte, tan poderoso como el más fuerte de los Estados que lo compongan, si verdaderamente se quiere establecer la libertad del mundo. Adquirirá así realidad aquel maravilloso voto de Bolívar: “Crear una Santa Alianza de la libertad contra la Santa Alianza de los déspotas”.

Hasta aquí hemos encarado estas cuestiones —cuyo simple planteamiento constituye una suerte de introducción al mundo futuro, al mundo en paz— en términos generales, pensando en términos de colectividad. Ahora bien, quizá no haya dejado de advertirse cómo, de modo soterrano, late siempre una referencia implícita a lo particular; esto es, no dejamos de pensar tácitamente en términos de individualidad. Abreviando, quisiéramos depositar mayor fe en la reforma de los seres que en la mudanza de los pueblos. Pues entendemos que previa a toda muda exterior colectiva es la muda íntima de los individuos. Del mismo modo quizá se haya advertido cómo a pesar de propugnar mutaciones radicales hemos omitido escrupulosamente toda referencia al arma de la revolución. ¿Por qué? Porque este instrumento ha pasado

ya o pasará muy pronto, probablemente, a adornar las panoplias de los museos históricos. No es que se trate solamente de un “concepto superado” —como con frase expeditiva pudiéramos simular deshacernos de él. Es, dicho más rigurosamente, que la idea y aun el hecho de la revolución se han vaciado de sentido. En primer término, por el desprestigio, el profundo descrédito adscrito ya de por siempre a la idea revolucionaria. Recuérdesse no más que el nazismo era la “revolución nacionalsocialista”, que el fascismo se disfrazó con parejo epíteto, que irrisoriamente la reacción de Pétain se titulaba “revolución nacional”, que bufonescamente el falangismo franquista se nombra también “revolucionario”, que a todos los golpes de Estado reaccionarios en América no se les cae de la boca la palabra “revolución”... En segundo y definitivo lugar, porque dada la poderosa armazón policiaca de todos los gobiernos actuales, el noventa y nueve y medio por ciento de las revoluciones llevan probabilidades de fracasar. Y es un hecho irrefutable que cualquier revolución abortada engendra una reacción terrorífica. Pero este escepticismo en la revolución como medio no significa ningún descreimiento en sus fines, en la necesidad de cambios profundos. Significa que estos últimos cuando son auténticos, cuando responden a necesidades vitales, tal vez puedan lograrse mejor utilizando otras armas. ¿Habrá llegado, pues, el momento sensato de vindicar la denostada idea de evolución, cuyo equivalente pragmático está en la insensible revolución cotidiana, más fructuosa que los choques violentos con su saldo de azar y retroceso?

“Cambiar el mundo” —tronaba Marx. “Cambiar la vida” —decía un poeta de subversiones, Rimbaud. Cambiar el hombre —quizá sea ésta la fórmula de apariencia más ingenua, pero de alcance más vasto. Sin embargo, ninguna utopía en tal desiderata. (La utopía yace en la fórmula de Romain Rolland: “Por la revolución, la paz”). Al contrario, como paso inicial en tal cambio, el primer punto consistiría

en domeñar y reducir a la nada la ola de irracionalismo que levantó sus crestas más rugientes en los últimos años. Aludo así a la serie de fuerzas oscuras —que por ejemplo, en política, se llaman “la tierra y la sangre”; en el pensamiento, existencialismo; en lo colectivo, “realismo”, máscara de amoralidad—, fuerzas “antinoéticas” que Huizinga denunciaba en las vísperas de esta guerra. Contra ellas fuera preciso restaurar la razón, reivindicar la inteligencia, acorralar al instinto, canalizando el destino, sin abandonarse ciegamente a sus manotazos destructores. ¿Será capaz el hombre de mirar de frente, de hacerse lúcido, de no considerar la guerra como una pandemia inevitable? ¿O tendría razón Paul Valéry cuando se imaginaba a la humanidad como “incapaz de sacrificar sus impulsos al conocimiento y sus rencores a sus dolores, comportándose como un enjambre de absurdos y miserables insectos, invenciblemente atraídos por las llamas”?

GUILLERMO DE TORRE

P A X N O B I S

Quizás el hecho de que las guerras no hayan sido evitadas hasta hoy, baste para demostrar que son inevitables. Yo creo que, en efecto, por ahora lo son. Creo que la sociedad humana es por sí misma un hecho agresivo, dentro de la Naturaleza, a diferencia de la sociedad animal, que es generalmente nada más que un hecho defensivo. Los instintos predatorios del animal pasan a la manada en la justa medida de las necesidades del instinto de conservación. Los instintos predatorios del hombre pasan a la colectividad para servir no sólo a las necesidades del instinto de conservación individual, sino también a las necesidades de la conservación social, y además a alguna trascendente voluntad de poder. La domesticación de los instintos destructores de los animales nunca es un verdadero problema, porque corre a cargo de otra especie, superior, puesto que es capaz de realizarla. Pero el hombre no tiene a quién encomendarse; está obligado a ser su propio domesticador. Y aun cuando gracias a ello tiene derecho a proclamarse frente a las bestias como el ser moral por excelencia, lo cierto es que así y todo no puede prescindir de los tribunales de justicia, y ni aun de la policía.

Sí: el hombre es bueno, al menos en la medida de sus impotencias. Los hombres no, al menos en la medida de sus potencias. El hombre puede ser un santo, pero un conjunto de aspirantes a santos lo más que pueden hacer es una iglesia, es decir, crear "un" instrumento impositivo y objetivo para algo que sólo puede lograrse en estado de plenitud de libertad subjetiva. Dentro de toda iglesia (en la pluralidad

inevitable está la prueba del principio de insuficiencia) la santidad no ha podido dejar de ser un suceso individual bravía o sutilmente apostático.

No es que yo crea que la sociedad haga fatalmente malo al hombre, como se pensaba hace dos siglos. Creo que el hombre es bueno aun dentro de la sociedad más mala. Pero creo que la sociedad nunca puede dejar de ser mala para las virtudes personales del hombre (no conozco otras), y peor a medida que crece en densidad demográfica y en consiguientes formas de pura urbanidad. Porque el principio de la sociedad no es el hombre sino el número, y el fin de la sociedad no es el individuo sino la forma. El número —la sociedad es el número institucionalizado— deshumaniza al hombre. El número humano no es una suma sino una síntesis. Nada puede entrar al número sin perderse. Y del número humano puede salir un hombre, sí, pero saliéndose. Dentro de la sociedad, lo único que conserva de humano el hombre es siempre algo divino, una condición diferencial casi aflictiva. Los santos y los sabios han remitido prudentemente el voto de comunión humana no al alma de la comunidad, sino a Dios, al punto más distante y abstracto. Es que, entre los hombres, no hay comunión “de”, sino “en”.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad; pero desde cierta escala para arriba la sociedad no vive ya para el hombre, sino para las formas, para las instituciones. Creo que la historia puede explicarse como una lucha por las formas que siempre comienza en una lucha contra las formas. Me atrevería a definir la historia humana como un proceso de ingencia vegetativa constante de la humanidad bajo el marco de formas fijas que se va agenciando y substituyendo sucesivamente. Y concibo las guerras, ante todo, como guerras del hombre con la sociedad en que vive y que tiende fortuitamente a convertirse en una simple armazón de formas para la forma y no para el hombre. La proyección internacional de las guerras es siempre una superfetación forzosa de ese carácter doméstico.

Puedo concebir, utópicamente, un estado social en que ya no existan las formas que hasta hoy han conducido a las guerras: una sociedad sin clases y sin confesiones oficializadas, sin legitimismos ni tradicionalismos de ninguna especie; una sociedad en que no hubiera miseria ni enfermedades sociales y a cada uno le estuviera otorgado poseer no según la capacidad (oh, la espantosa capacidad de poseer del avaro y del ambicioso), sino la buena equidad; una sociedad tan bien localizada, estabilizada y satisfecha, que ni tema a la vecina ni se sienta tentada a atacarla; en que ya no sea molesto para uno ser negro, o judío, o ruso, o hispanoamericano, y en que el desarrollo industrial de cada país no sea tan grande que necesite aniquilar el de los otros para mantenerse; tan bien organizada que no necesite estar armada; una sociedad, en fin, en la cual se hubiese resuelto el problema de asegurar la paz de algún otro modo que preparándose de antemano para la guerra. En esa sociedad habrían desaparecido no sólo las formas que han conducido hasta hoy a la guerra, sino también el modo actual de hacerla. Y aun cuando todo eso significaría que las tales formas "belígeras" han sido substituídas por algunas otras formas o alguna otra Gran Forma, tan elástica, tan complaciente, que el hombre la sienta ingenuamente no como exclusiva —que es lo característico de las formas sociales hasta hoy— sino como integradora, me pregunto todavía si bastaría tanta bella cosa junta para que no hubiera ya guerras. Naturalmente, yo no sabría contestarme. Creo, como he dicho, que las guerras han sido hasta hoy un resultado de la relación del hombre con las formas históricas, pero no sé si será suficiente que no existan esas formas para que la pasión humana se apacigüe a tal punto que no sienta la necesidad de persuadir por la destrucción. El hombre es socialmente un *zoón* histórico; pero también es un *zoón* metafísico capaz de renunciar a la tierra por la esperanza de ganarse el cielo. No hay lógica bastante para asegurar ningún conformismo humano verdadero. La saciedad del poderoso y la impotencia del desposeído, lo descartan. Y el término medio vivirá siempre balanceándose entre el miedo de perder lo justo

y la ambición del plus. Cuando no haya poderosos ni desposeídos terrenales —cuando haya sido ahogado en el hombre el *zoón* histórico— siempre habrá el peligro de las disputas por las partes celestes.

Para traer el asunto a un plano más inmediato, diré que creo ver un gran peligro constante en la nueva ecuación moral que plantea al espíritu el inmenso desarrollo de la técnica en los tiempos presentes. Dejo de lado el aspecto económico del asunto. Una máquina desocupa a muchos individuos, pero bien administrada podría alimentar en el ocio a muchos más aún. (Ya se sabe que uno de los ideales modernos es la redención social del hombre mediante el relevo manual. No me opongo. Lo que el hombre necesita es ser redimido; y mejor si es por alguien que no le pida nada en cambio.) Creo que la técnica es la forma esencial —si hay formas tan paradójales— de la Civilización moderna. La forma que corresponde a la “vocación” democrática de la humanidad, y al tránsito a un nuevo mundo de formas apropiadas al estado de hecho a que ha llegado la sociedad humana, 1) por el aumento de la población mundial, 2) por la formación de la gran urbe, 3) por la nueva relación del hombre urgido y la tierra imperturbable que de ahí resulta. Es el único instrumento posible de servicio de la masa en una humanidad masificada por razón de crecimiento y de concentración urbana. Pero es ahí donde creo que comienza a plantearse aquella ecuación moral que he dicho, bajo la forma de una antinomia potencial entre ese sentido esencial de la técnica y el genio del hombre. Hay una razón de la técnica que escapa a la razón del hombre. Lo saben perfectamente el chauffeur y el peatón, el maquinista y el viandante que va a cruzar el paso a nivel, aunque cada uno con muy distinta concepción. La técnica es universalista y abstractiva; el genio humano es personal y concreto. El hombre no ha sido hecho para la máquina, pero la máquina es un instrumento sobrehumano aun en manos del hombre. Con la técnica abstractiva y universalista el hombre *puede* más pero *es* menos. La escala en que se mide el poder y el valor de la técnica no es sólo geométricamente superior a la escala del

poder humano, sino que encierra el principio de negación intrínseca del hombre. Lo niega tanto que puede convertirlo en un dios. Y ese es el peligro: el de acabar con la humanidad del hombre por haberle entregado una potencia divina (es decir, física, abstractiva y universalista).

Veo ahí el peligro, porque creo que el centro moral del genio humano —en nuestro mundo occidental— no es una virtud contemplativa y gregaria como la que asiste al genio humano de raíz asiática, por ejemplo, sino una virtud eminentemente activa, dinámica, aventurera y temeraria: la voluntad de poder. De la voluntad de poder ante un mundo de nuevas exigencias ha nacido la técnica; pero no parece que la técnica pueda hacer otra cosa que convertir esa voluntad de poder en cerrada voluntad de dominio. Si sólo fuese una voluntad de dominio de las cosas y otros mundos... Si pudiera tenerse la seguridad de que sólo el hombre moral que hay en todo hombre —el sabio, el bueno, el humilde— tuviera el manejo de la voluntad de dominio social... Si bastara alguna vez el castigo de los usurpadores inmorales...

BERNARDO CANAL FEIJÓO

S O B R E L A P A Z

Al cumplirse casi seis años de la lucha contra el nazismo, ha estallado la paz. Una paz a la que ya no le sienta la paloma bíblica y el gajo de olivo. Es mejor que así sea. La paz, festejada bajo almendros floridos, nunca fué perdurable. Ambicionamos una paz con surcos y chimeneas, una paz con muchas palomas y millares de olivos clavados en la tierra.

Los dirigentes que han vencido en 1945 —esperemos que sea un aturdimiento de última hora— distraen la opinión pública con los horrores de los campos de concentración. Es una puerilidad. No se desencadenó la guerra para limpiar esos cubiles de la fiera nazi. El descubrimiento sólo puede sorprender a los propios nazis. Los antifascistas no tenemos por qué quedarnos en la sala del cine donde se proyectan las escenas más macabras que han podido ver ojos humanos. No se ha perforado la muralla nazi para contar cadáveres. Las personas de paladar refinado son las que deben presenciar, forzadas por las autoridades, esos testimonios insuficientes para nosotros.

Nuestro horror va más allá de esos cuadros. Sobrevivientes de ese mundo imaginario que nos ofreció Adolfo Hitler, reclamamos sanciones, penalidades y una estructura nueva del mundo.

Hitler ha entrado en la leyenda por culpa de un plan de rendición incondicional completamente equivocado. Si el Señor de la Guerra no aparece vivo, ya es inmortal. Cualquier difunto carnicero baleado, con los bigotes de Chaplin, puede pasar por Hitler. He ahí la culminación

de un error de las Naciones Unidas. Y ese error ha colocado, en las puertas de todos los países, una bomba de tiempo: Hitler puede llegar de un momento a otro. Pero ¿se ha agotado la posibilidad de ver resurgir al nazismo? Creemos que no. Los campos de concentración son un mero hito en las sórdidas etapas del salvajismo nazi. Sin campos, sin alambradas, la ideología reverdece por las tierras feraces. Como necesitamos esa tierra para los olivares y las fábricas, no admitimos la graciosa paloma sobre los techos de nuestras casas. La guerra terminó en su faz bárbara, militar. Se inicia ahora la lucha entre los civiles, la verdadera lucha del pueblo sin armas, con hambre y algunos ideales que no matarán los obuses. Las filas se estrecharán, formadas por hombres, mujeres y niños. Hombres, mujeres y niños de todas las razas.

Estallada la paz, no podrán ser duraderas las soluciones para la reconstrucción social y política durante los dos primeros años. Será el fracaso de los hombres que conducían a las masas sin saber explicarles por qué guerreaban. Los verdaderos luchadores no aparecerán en escena sino después de la apresurada intervención de los impacientes de la victoria.

Los pueblos ya están por entenderse, por encima de los escudos y de los emblemas, confundidos en el color de las banderas. Ya los soldados de Tito, en la penumbra del cine Venecia, en Trieste, cuchichearon con las tropas angloamericanas. Esa conversación se debe haber proyectado en la pantalla del mañana. En el fárrago de las noticias, entre telegramas que nos cuentan los menús de Hess y las digestiones de Goering, suele tomar categoría la noticia imprevista. Desde la fecha de la rendición incondicional ningún telegrama vale tanto como aquél que trata del entendimiento de los pueblos por encima de las bayonetas.

ENRIQUE AMORIM

P A Z M I L I T A N T E

Se ha repetido hasta la saciedad que acabamos de ser testigos de una guerra fundamentalmente ideológica: "nuevo orden" versus liberalismo. Los teóricos totalitarios tuvieron buen cuidado en enturbiar las aguas del debate mediante una dialéctica a base de cortinas de humo. Involucraron en sus ataques a la libertad que era su primordial objeto, dentro de la ofensiva contra el liberalismo económico cuya revisión crítica, por otra parte, ya había sido hecha en las mismas filas de la democracia, —y deberá proseguirse—, pero con argumentos leales y propósitos constructivos. Tampoco los propagandistas del "nuevo orden" explicaron nunca en qué consistía esta panacea universal. El "nuevo orden" prácticamente no fué otra cosa que un avatar europeo del viejo despotismo, bajo el cual los pueblos orientales viven aletargados desde hace siglos; no preconizaba nuevos fines de bienestar y de justicia sociales, excepto los que dispensa discrecionalmente un Estado omnímodo, patrimonio de una minoría de predestinados, para los cuales ni la persona ni la ley existen. La arcaica originalidad del sistema totalitario ofreció sólo nuevos y taimados medios de opresión; nuevos y feroces métodos para imponer la servidumbre en el mundo a corto plazo.

La afición nazifascista al empleo de la "bliz" trascendió a la publicidad, imprimiéndole una desconcertante variedad de formas y un peligroso dinamismo, gracias al concurso de algunos intelectuales plegadizos, ávidos de poder a cualquier precio. Sería ceguera, y hasta un error táctico, no reconocer que un puñado de ellos, aunque más no sea en una

ínfima proporción, fueron arrastrados por una mezcla de ignorancia impresionable, de desesperada precipitación y de desprevenida credulidad. ¿Qué oscuro complejo ofuscó a esos escritores y artistas? ¿Cuántos de ellos son rescatables sin que, tras de desintoxicarse, vuelvan a los cuadros de la acción común menoscabados por un sentimiento de inferioridad? Por lo pronto, debería ser para ellos ejemplarizador comprobar que siguen viviendo sin molestias en la democracia. A pesar de haber fracasado en su delirio de excluyente dominación, disfrutaban de un mundo al que la prensa —de la que eran colaboradores— dirigía a diario diatribas virulentas e intimidatorias, sin excluir la generosa promesa de algún fusilamiento en el caso de haber triunfado el nazismo. Sea como fuere, la paz reciente lleva en su seno no pocos caballos de Troya —que fueron también de Atila—. Conviene, pues, no perderles pisada ni olvidar sus mañas transformistas.

De todas maneras, queda en pie un problema que deberá ser esclarecido. Los factores reales que movieron a la inteligencia a repeler la sociedad capitalista de cuyas contradicciones internas surgió a la postre el fascismo, no como una verdadera revolución, sino como una contrarrevolución. El mundo, abandonado por las energías espirituales, quedó desprovisto de base de sustentación, librado a una alianza entre las fuerzas mecánicas y los instintos destructores.

Williams James ha sabido extraer una enseñanza de la guerra, ya que ésta no ha de ser examinada superficialmente, nada más que como un calamitoso error que interrumpe el proceso histórico. Para el insigne psicólogo norteamericano la sociedad contemporánea debiera mantener en tiempos de paz la conciencia unificadora y de fuerte cohesión social que se consolida durante la guerra. Sólo que la voluntad de responder a las apremiantes exigencias colectivas, la capacidad de riesgo y la predisposición para el sacrificio que suscita el peligro común, tendrían un signo positivo, sirviendo a los ideales civilizadores. Esa fecunda hipótesis

adquiere actualidad en esta época de reconstrucción que demandará el esfuerzo convergente de todos. A los pensadores y artistas les corresponde una parte decisiva en esa tarea. Su dominio de expresión, su aptitud de esclarecimiento, de investigación y de crítica, su poder para hacer sensibles las orientaciones del nuevo espíritu público, tal suma de dotes será de una eficacia insustituible. El aporte del intelectual, colaborador en la obra de restaurar el fértil optimismo del mundo, redimirá la deserción del "colaboracionista".

Una de las sugerencias de la guerra es la de la planificación que fué indispensable para hacer frente tanto a las necesidades bélicas como a las que imponía la subsistencia y la seguridad de la retaguardia. Los sociólogos están hoy empeñados en la futura reconstrucción económica y política y adoptan programas de planificación no al servicio de ideologías regresivas, sino de la libertad creadora de valores morales e intelectuales. Hablan asimismo de técnicas sociales destinadas a modelar en el pueblo una nueva conciencia. El escritor, dueño de un privilegiado instrumento expresivo, puede y debe participar en esa noble y edificante empresa que requiere conocer a fondo los resortes de la psicología social. Su palabra no puede permanecer ausente en un magisterio que dispone del libro, de la prensa, de la radio y aun del cine, medios aptos para influir en la conducta humana. El proceso de socialización de la riqueza que ya nadie discute, debe cumplir una función emancipadora del hombre, liberarlo de miserias y temores y, sobre todo, permitir el desarrollo de los fines superiores de la personalidad. Para eso será imprescindible la competencia de los que están en el secreto de las técnicas del espíritu. Ellos, y no los ingenieros encargados de la ciencia del gobierno, pueden dar fe, mediante obras de ingenio y de belleza, de la genuina totalidad del hombre, tan prometida y tan falseada. Su caricatura fué el totalitarismo y la estatolatría, bajo los cuales el hombre paradójicamente descendió como nunca al nivel gregario de partícula, sumida en la termitera. Incumbe entonces a los que manejan las técnicas del espíritu, evidenciar que la individua-

lidad, en lo que tiene de creadora, no da sus mejores frutos en el aislamiento, sino en la libre convivencia de seres, de pueblos y de razas.

Igualmente hay numerosos equívocos que despejar. El escritor contribuirá a convencer a los más recalcitrantes que no es posible ni tampoco deseable volver a la situación de preguerra. El retorno a la normalidad es una frase hecha, válida sólo en la medida que postula una vuelta al imperio de la ley, puesto que es ése el requisito previo para el desarrollo de la vida social. Mal se puede llamar normalidad a las condiciones políticas y económicas cuyas sucesivas crisis de violencia engendraron la superproducción, la desocupación, el fascismo y finalmente el desastre de 1939. Una vez terminada la guerra —la guerra visible— hace falta investigar, hasta su más oculta raigambre, las causas materiales y morales que la hicieron posible. Algunas piezas de ese proceso se encuentran en la literatura contemporánea, y una de sus trayectorias va desde el *Viaje al Congo* de Gide hasta *Viñas de ira* de Steinbeck.

Muchos sedicentes demócratas son fascistas sin saberlo y su inconciencia puede preparar el clima para otro resurgimiento totalitario, cualquiera que sea la etiqueta o máscara que lo encubra. Pensamos en el hombre orgánicamente aferrado a las prerrogativas, el rentista voraz, el terrateniente insaciable, el caballero de industria o el accionista devorados por la fiebre de los turbios negocios, todos presas del egoísmo social y suicida. Pensamos en los que festejaron ruidosamente la Victoria creyendo que da derechos de usura y reparte dividendos. Sería estéril el triunfo de la democracia si ellos han de ser los usufructuarios, y subleva admitir que la defensa de sus sórdidos intereses ha costado a la humanidad treinta millones de muertos.

La paz, fundada con vistas al porvenir, arranca del pasado algunas de sus conexiones, que asumen repentino interés a la luz de un nuevo enfoque. El historiador coopera con el sociólogo y ambos pueden documentar que la burguesía era fascista *avant la lettre*. Ahí está el Segundo

Imperio con su escuela de inescrupulosidad, de peculados, de burocracia corrompida, de gobierno de mano fuerte, de violencia, con el socorrido recurso del estado de sitio, y de cruentas represiones.

—¿Cómo quieren ustedes que vayan bien las cosas? —decía con regio descaro Napoleón III—. La emperatriz es legitimista, yo soy republicano. ¡El único bonapartista es Parsigny...!

Es un ejemplo de la jactanciosa desaprensión que caracteriza el lenguaje de los dictadores y define la idiosincrasia del gobernante que burló al pueblo el 2 de diciembre de 1851. Ese alzamiento, como se sabe, sirvió de modelo para los que después imitaron el cómodo golpe de estado desde arriba. Más tarde, la burguesía coqueteó con el "nuevo orden" y le prestó ayuda en la esperanza de apuntalarse ella misma. No advertía que estaba alimentando a una fuerza ciega e inconsecuente, dispuesta a engullírsela en sus convulsiones de nihilismo.

Lo cierto es que el fenómeno totalitario no surgió por generación espontánea y conviene insistir en esto para no reedificar sobre terreno anegadizo. Que el fascismo fué engendrado por la civilización capitalista —minada en sus bases—, lo demuestra a las claras su materialismo y su apego al éxito. De igual modo denuncia ese origen el empleo de la máquina y de las masas contra la dignificación del hombre, la libertad y la cultura.

La paz que acaba de celebrarse será durable sólo en la medida que la democracia sea digna de tal nombre, es decir, que sea capaz de un inexorable examen de conciencia. Dará una prueba de fortaleza, depurándose con energía y a tiempo. Eliminando los gérmenes de disolución que lleva como un lastre, descartará el advenimiento de otro fascismo. La reconstrucción efectiva empieza por ahí. Después de la guerra habrá que remover muchos escombros ideológicos, muchas convicciones en ruinas. Con esa tarea previa comenzará la nueva estructuración económica, política y cultural cuya unidad supone un conocimiento más íntimo del

hombre. En ese sentido, la guerra y hasta el propio nazismo constituyen experiencias reveladoras y utilizables. La exasperación totalitaria permitió ver al desnudo manifestaciones de lo infrahumano que hasta entonces estaban reprimidas y cuyo repliegue astuto ni el psicólogo ni el sociólogo perderán de vista en adelante. Con ellas si se dejan reabsorber y contra ellas si conspiran, habrá que echar los cimientos de la nueva civilización.

A los escritores y artistas les tocará expresar la conciencia que reintegrará el individuo al sentimiento colectivo. Le llamaríamos la mística de libertad del mundo futuro, si no nos inspirara reservas el fracaso de los impulsos irracionales. De cualquier modo, será un problema de la técnica del espíritu dar a la moral de la democracia el dinamismo que hasta ahora no tuvo. Sólo así dejarán de ser palabras vacías la paz, la justicia, la solidaridad y los valores de la civilización en cuyo nombre fueron llevadas al sacrificio dos generaciones. El hombre anhela una paz viva que no conduzca de nuevo a la del soldado que duerme bajo el Arco de Triunfo.

LUIS EMILIO SOTO

N O P U E D O C A L L A R M E *

“Siete sentencias de muerte: dos en Petersburgo, una en Moscú, dos en Penza, dos en Riga. Cuatro ejecuciones: dos en Kherson, una en Vilna, una en Odessa.”

Esto, repetido cotidianamente en todos los periódicos, y no durante varias semanas, ni meses, ni un año, sino durante años. Y esto en Rusia, esta Rusia donde el pueblo considera a cada criminal como un hombre digno de compasión, y donde hasta hace muy poco la pena capital no estaba reconocida por las leyes. Recuerdo lo orgulloso que me sentía de ello cada vez que hablaba de la cuestión con otros euro-

* En 1908, al borde de los ochenta años, Tolstoy publicó este artículo. La revolución de 1905-6, aplastada brutalmente por el gobierno zarista, había hecho arreciar la persecución a tal extremo que Tolstoy, conciencia viva de Rusia, y en verdad el alma más activa a la sazón en el mundo, hacia la cual se volvían ansiosamente millones de hombres dentro y fuera de Rusia, consideró que no podía permanecer en silencio. Sabía sobradamente lo que arriesgaba; hacía años que su obra de propaganda social y religiosa venía siendo igualmente objeto de una persecución encarnizada. El Santo Sínodo le había excomulgado, algunos popes impetraban públicamente del Cielo en las iglesias la fulminación del herético y las autoridades gubernamentales confiscaban sus escritos y multaban, detenían y mandaban a presidio a quienes de una manera u otra contribuían a su difusión.

La resonancia del *No puedo callarme* fué inmensa en todo el mundo. Pero hasta las tiranías son a veces prudentes, y Tolstoy no fué encarcelado ni enviado a Siberia.

De este tiempo, más o menos, data la carta que contestó a una mujer, miembro de la secta de los Viejos Creyentes, que le escribiera con la más virulenta hostilidad, rematando su brulote con estas palabras: “Sí, León Nikolaievitch, si de mí dependiera no vacilaría en mandarle fusilar por sus escritos blasfematorios, y con usted a todos sus secuaces”. La carta de Tolstoy es tan hermosa, y tan cabalmente representativa de su actitud espiritual, que no debe desperdiciarse la ocasión de traerla a cuento:

“Querida hermana: recibí su carta, que le agradezco, pues me causó una viva complacencia. Me alegra ver en usted a una mujer realmente religiosa, que desea vivir con arreglo

peos. ¡Ahora, en cambio, desde hace casi tres años, no tenemos otra cosa que ejecuciones, ejecuciones, ejecuciones, un día tras otro, sin cesar!

Tomo, por ejemplo, entre manos el periódico de hoy, 9 de mayo, y leo la noticia siguiente: "Hoy han sido ahorcados en Kherson, en el campo de Strelbitsky, veinte campesinos, acusados de asalto con intento de robo a la hacienda de un rico propietario del distrito de Elisabetgrado."¹

Doce hombres pertenecientes a esa masa cuyo trabajo nos hace vivir, esa masa que hemos depravado y continuamos todavía depravando por todos los medios a nuestro alcance —desde el veneno del vodka a la terrible falsedad de un credo que les imponemos con toda nuestra fuerza, sin creer en él nosotros mismos—, doce hombres, estrangulados con

¹ Los periódicos han desmentido luego esta noticia de los veinte campesinos ahorcados. Según parece, no fueron más que doce. Como es natural, celebro la rebaja, pero también no puedo menos de celebrar que la noticia me moviera a expresar en estas páginas un sentimiento que desde hacía tiempo venía atormentándome. Dejé, por consiguiente, intacto el resto, limitándome a sustituir la cifra de veinte por la de doce, puesto que lo que digo no se refiere tan sólo a aquellos doce infelices que fueron ahorcados, sino igualmente a los miles que han sido y están siendo implacablemente asesinados. (Nota de L. Tolstoy).

a la ley de Dios. Sobre la necesidad de vivir así estoy absolutamente de acuerdo con usted, y ello hace posible nuestra comunión espiritual, puesto que coincidimos en lo principal. Pero, en lo demás, ya no estamos tan de acuerdo. A mi entender, el hombre sólo puede cumplir la ley de Dios dando ejemplo de una vida honrada, purificándose a sí mismo del mal y acrecentando el bien. Cuanto haga fuera de esto para ser grato a Dios es un engaño, un error que le desvía de la verdadera finalidad de la vida. Para avanzar, aunque sea a pasos cortos, se precisa un esfuerzo constante y una atención obstinada. Por consiguiente, el hombre tiene que aplicar todas sus fuerzas a este propósito de mejora, sin malgastarlas en ninguna otra cosa. Dios ha dado al hombre todo lo que necesita para su progreso moral. Le ha dado la conciencia, para impedirle cometer el mal, y la razón, para ayudarle a distinguir el bien del mal.

"El Reino de Dios no se gana sin trabajo, ha dicho Cristo; y ese reino no está fuera, sino dentro de nosotros.

"Me ha gustado otra cosa de su carta, y es la humildad con que habla usted de sí misma. Pero, cuando habla de su religión, esa humildad desaparece. Probablemente piensa que usted y los que piensan como usted son los únicos que conocen la verdad y que todos los demás están en el error. Ahora bien, yo no creo ser el único que conoce la verdad y que todos los demás estén en el error. Tengo ochenta años y todavía sigo buscando la verdad. Sus maestros la han llevado a usted al pecado de soberbia y de condenación. Todos los

una cuerda por los mismos a quienes mantienen con su trabajo y que les vienen depravando de un modo sistemático. Doce maridos, padres e hijos, pertenecientes a esa masa sobre cuya bondad, trabajo y simplicidad descansa la vida de Rusia entera, son detenidos, encarcelados y aherrojados. Más tarde, les atan las manos a la espalda, no sea que vayan a agarrarse a las cuerdas con que les van a ahorcar, y son conducidos al cadalso. Unos cuantos campesinos, idénticos a los que van a ser ahorcados, pero armados, vestidos con el uniforme limpio del soldado, con buenas botas en los pies y un fusil en la mano, acompañan a los condenados. Junto a ellos marcha un hombre de cabellos largos, revestido con una estola y una capa de tisú de oro y plata, llevando una cruz en la mano. El cortejo se detiene. El hombre que capitanea el

hombres llevan en lo hondo del alma algo que sólo ellos mismos comprenden, a saber: su actitud con respecto a Dios. Y esa esfera es sagrada. No debemos pretender invadirla, ni imaginarnos que conocemos cuanto yace oculto en sus profundidades.

"Todo lo que me dice usted de su vida me ha interesado mucho. ¡Que Dios la ayude a cumplir tan sólo Su voluntad! Él, entonces, estará con usted; y cuando Dios está con nosotros todo está bien.

"Dice usted que siente no conocer mejor mis escritos. Si realmente le interesan, tendré mucho gusto en enviárselos. Adiós, y perdóneme. Y escíbame de nuevo. Sus cartas, además de interesarme, harán seguramente mucho bien a mi alma. La saluda afectuosamente, etcétera."

No estará de más añadir, en honor a la naturaleza humana, que la destinataria acabó renunciando a su sectarismo y compartiendo las ideas de Tolstoy.

Releyendo el otro día (en la traducción inglesa de Aylmer Maude) estas páginas del *No puedo callarme*, no pude menos de pensar que convendría su lectura en estos momentos maravillosos y terribles que está atravesando el mundo: maravillosos, porque se ha vencido una de las más monstruosas y mejor organizadas tentativas del mal que ha conocido la tierra, y porque se está fraguando un mundo nuevo que puede ser mejor que el pasado; terribles, no ya por el horror y el sufrimiento padecidos, sino porque la violencia, el resentimiento y el espíritu de venganza siguen sacudiendo implacablemente a la humanidad, quién sabe por cuánto tiempo aún, y porque las fuerzas de abajo que se oponen a ese mundo nuevo son todavía tan poderosas que acaso demoren su advenimiento y lo hagan más doloroso y difícil de lo que realmente podría ser.

Las cuestiones que implica el alegato de Tolstoy y los problemas que plantea son tan esenciales y de tal gravedad y trascendencia que la razón humana vacila y se siente más limitada y en tinieblas que nunca. ¿Hasta qué punto es contraria la piedad a la justicia? ¿Es la piedad una virtud de posible ejercicio colectivo? ¿Qué es antes, socialmente: la piedad o la justicia? ¿Hasta qué punto es lícito compadecer y perdonar a los malos? ¿Hasta qué punto lo es no oponer la violencia a la violencia? Sí, es mejor, moralmente, morir que matar, y perdonar que vengar; pero ¿no entrará en ello también la cobardía y

cortejo dice algo, el secretario lee un papel; y, una vez leído el papel, el hombre de cabellos largos, dirigiéndose a los que van a ser ejecutados, les habla en nombre de Dios y de Cristo. Inmediatamente, los verdugos (son varios, pues un solo hombre no podría llevar a cabo operación tan complicada) disuelven un poco de jabón y, habiendo enjabonado bien los nudos corredizos, a fin de que corran mejor, agarran a los hombres aherrojados, los envuelven en una especie de mortaja, los hacen subir al patíbulo, y les colocan alrededor del cuello los nudos corredizos bien enjabonados.

Y, entonces, uno tras otro, unos hombres vivos son empujados del banquillo sobre el que estaban en pie y con su propio peso aprietan bruscamente en torno de sus cuellos los nudos corredizos y son dolorosamente estrangulados. Unos hombres, vivos un momento antes, se

el egoísmo? ¿Y si el no matar y castigar no entraña sólo nuestro mal sino el ajeno? ¿La santidad misma, no podría resultar una iniquidad con respecto a otros hombres en ciertas circunstancias? Y, en otro orden de ideas, ¿es seguro que el tender la otra mejilla y el devolver bien por mal sea siempre un bien para el malo? ¿No lo coerá a veces más secreta y mortalmente que la represalia misma? ¿No tendría quizás razón el que dijo: "es más humano vengarse un poco que no vengarse en absoluto; pero, si te empeñas en devolver bien por mal, demuéstrole entonces que te hizo el bien"?

Siempre es cosa ardua el juzgar; tan pobre cosa es el juicio humano. Mejor, desde luego, "ser justos que ser jueces". Pero, además, ¿Cómo podría juzgar el justo: qué sabe él del infierno de la injusticia? Sin embargo, ¿cómo no enjuiciar y sentenciar en un mundo de injusticia y de crimen? ¿Cómo no resguardar al inocente y al desamparado?

Pero, sean cuales fueren las respuestas a estas tremendas preguntas —y los años tremendos de frenesí y de caos que hemos vivido hacen la respuesta más difícil—, hay algo en estas páginas de Tolstoy que siempre será oportuno y ejemplar mientras el hombre no deje de vivir en lucha con el hombre. En primer lugar, el propósito —un propósito que no puede cejar un instante, si es que quiere tener alguna eficacia— de humanizar al hombre, de hacerle salir de su yo egoísta, ciego y limitado, de hacerle sentir la responsabilidad que le incumbe en la maldad colectiva, el deber categórico de protestar contra la injusticia de las leyes y de la acción común, de comprender que la única alternativa a esa rebeldía es la complicidad tácita, peor aún, por más cobarde, que la activa. En segundo lugar, el beneficio inestimable que es la contemplación de un gran entendimiento y de un alma grande, encendida, que, queramos o no, y aprovechemos o no su luz, siempre nos ilumina, y en ocasiones hasta deja en nosotros un rastro de su fulgor. Por todas estas razones, y por ser relativamente poco conocidas —la verdad es que no recuerdo ninguna versión castellana, aunque probablemente la haya—, se me ha ocurrido que no sería intempestivo exhumar estas páginas en las circunstancias actuales.

R. B.

convierten en unos cadáveres colgando al extremo de una cuerda, que al principio oscilan lentamente y acaban, al fin, por quedar inmóviles.

Todo esto ha sido cuidadosamente dispuesto y planeado por unos hombres cultos e inteligentes, pertenecientes a las clases superiores. Se las arreglan para ejecutar estas cosas discretamente, al amanecer, de manera que casi nadie los vea, y se las componen de suerte que la responsabilidad de estas iniquidades se reparta de tal modo entre quienes las cometieron, que cada uno de ellos pueda pensar y decir que no es responsable de ellas. Se las arreglan para encontrar a los hombres más depravados y desdichados y, al mismo tiempo que les obligan a realizar la obra por ellos planeada, todavía logran aparentar que desprecian y sienten horror por ellos. Hasta se les ocurren sutilezas como la siguiente: las sentencias son pronunciadas por un tribunal militar, pero no son militares, sino civiles los que tienen que presidir las ejecuciones. Y la ignominia es llevada a cabo por hombres desventurados, corrompidos, engañados y despreciados, a los que no queda otra finalidad en la vida que el enjabonar las cuerdas a fin de que aprieten bien los cuellos, y el irse luego a emborrachar con el veneno que les venden aquellas gentes de las clases superiores, cultas y refinadas, para que puedan olvidarse de su alma y de su condición de hombres lo más de prisa posible. Un doctor inspecciona los cuerpos, dando una vuelta a su alrededor, los palpa, y declara a quien corresponde que la faena ha sido llevada a cabo como es debido, ya que no cabe duda alguna de que los doce están bien muertos. Y todos se dirigen a sus ocupaciones cotidianas, con la conciencia de haber participado en un trabajo desagradable, pero necesario. Y los cuerpos, ya rígidos y fríos, son descolgados y enterrados.

¡Monstruoso! No hay otra palabra.

Y esto se hace una y otra vez, y las víctimas no son solamente estos doce míseros campesinos, desventurados y descarriados, pertenecientes

a la clase mejor del pueblo ruso. Esto se viene haciendo incesantemente, desde hace años, a cientos y a miles de hombres semejantes, igualmente desventurados y descarriados por aquellos mismos que les infligen tales iniquidades.

Y no es solamente esta iniquidad la llevada a cabo. Toda suerte de torturas y violencias son a diario perpetradas en prisiones, fortalezas y colonias penitenciarias, con el mismo pretexto y con idéntica crueldad, a sangre fría.

Esto es monstruoso: no hay otra palabra; pero lo más monstruoso de todo es que no se hace impulsivamente, bajo el influjo de sentimientos que se imponen a la razón, como ocurre en las peleas, en la guerra, incluso en los asaltos a mano armada, sino que, por el contrario, se hace en nombre de la razón y con arreglo a cálculos que se imponen a los sentimientos. Esto es lo que hace estos hechos tan particularmente pavorosos. Pavorosos, porque estos actos —cometidos por hombres que, desde el juez hasta el verdugo, no los desean— prueban más vívidamente que nada hasta qué punto es pernicioso al alma el despotismo, el dominio del hombre sobre el hombre.

Es malo que un hombre pueda arrebatarse a otro su trabajo, su dinero, su vaca, su caballo, hasta su hijo o su hija, en ocasiones; pero, ¡cuánto peor el que un hombre pueda arrebatarse a otro su alma, obligándole a hacer lo que destruye su ser espiritual y privándole así de su bienestar espiritual! Y eso es justamente lo que hacen esos hombres que disponen las ejecuciones, y que, mediante sobornos, amenazas y engaños, obligan tranquilamente a otros hombres —desde el juez hasta el verdugo— a cometer actos que no cabe duda les privan de su verdadero bienestar, por mucho que los cometan en nombre del bienestar de la humanidad.

Y mientras esto acontece en toda Rusia, año tras año, los principales culpables —aquellos por cuya orden se cometen estos actos, aque-

llos en cuya mano está el ponerles término—, plenamente convencidos de que tales actos son útiles y hasta indispensables, o componen discursos y discurren medios para impedir a los finlandeses que vivan como ellos entienden que deben vivir, y para obligarles a que vivan como ciertos personajes rusos se empeñan en que vivan, o se pasan el tiempo dictando órdenes a fin de que “en los regimientos de húsares los puños y los cuellos de las guerreras de los soldados sean del mismo color que éstas, pero cuidando los que tengan derecho a usar pelliza de que no se ponga trencilla alguna sobre la piel de las bocamangas”.

Lo más tremendo del caso es que toda esa violencia inhumana y todas esas matanzas, además del daño que infieren directamente a las víctimas y a sus familias, infligen un daño todavía mucho mayor al pueblo entero, haciendo cundir la depravación —como cunde la llama en la paja seca— entre todas las clases de la sociedad rusa. Esta depravación cunde con especial rapidez entre la humilde clase trabajadora, pues todas estas iniquidades —cien veces mayores que cuanto hayan podido hacer ladrones, bandidos y revolucionarios juntos— son perpetradas como si fuesen necesarias, justas e inevitables; y no solamente son excusadas, sino hasta aprobadas y enaltecidas por diversas instituciones inseparablemente relacionadas en el espíritu de la masa con la justicia, y hasta con la santidad, a saber: el Senado, el Sínodo, la Duma, la Iglesia y el Zar.

Y esta depravación se propaga con extraordinaria rapidez.

Hasta hace poco tiempo, apenas si habrían podido encontrarse dos verdugos en toda Rusia. Allá por 1880, llegó a haber tan sólo uno. Recuerdo con qué satisfacción me decía Vladimir Soloviev que no podía encontrarse un segundo verdugo en toda Rusia, por lo cual tenían que llevar al único que había de una ciudad a otra. Desgraciadamente, no es así ahora.

El propietario de una tiendecita de Moscú cuyos asuntos iban de mal en peor, ofreció un día sus servicios para llevar a cabo los asesinatos dispuestos por el Gobierno; y, como le daban cien rublos por cada ahorcado, pronto pudo enderezar su negocio de tal modo que acabó por no necesitar aquellas entradas suplementarias y volvió a entregarse de lleno y exclusivamente a su profesión primera.

En Orel, el mes pasado, como en tantas otras partes, hubo de necesitarse un verdugo, e inmediatamente se encontró a un hombre que convino con los organizadores de los asesinatos oficiales el llevarlos a cabo a razón de cincuenta rublos por cabeza. Ahora bien, este verdugo espontáneo se enteró, después de hacer el convenio, de que en otras ciudades se pagaba más, y en el momento de llevar a cabo la ejecución, amortajada ya la víctima, en vez de hacerla subir al cadalso, se detuvo y, acercándose al superintendente, le dijo: "Mire, Excelencia, o me dan otros veinticinco rublos o no lo hago." Huelga decir que obtuvo los veinticinco rublos.

Poco más adelante, hubo que ahorcar a cinco condenados, y ya se había fijado la fecha de la ejecución, cuando el día antes vino un forastero a ver al organizador de los asesinatos oficiales, aduciendo un asunto de índole personal. El organizador le hizo pasar, y he aquí lo que el forastero le dijo:

"El otro día, Fulano os cobró setenta y cinco rublos por un hombre. Me he enterado de que mañana van a ahorcar a cinco. Pues bien, encomendadme el trabajo, y lo haré a quince rublos por cabeza; ¡y tened la seguridad de que lo haré como es debido!"

Ignoro si el ofrecimiento fué aceptado; pero sí sé que fué hecho. Así es como los crímenes cometidos por el Gobierno actúan sobre los peores y menos morales de los miembros de la comunidad, y no cabe duda que estos hechos tremendos tienen también que haber influído en la mayoría de los hombres de moral media. Oyendo y leyendo de con-

tinuo las más terribles e inhumanas brutalidades cometidas por las autoridades —esto es, por personas que el pueblo acostumbra a honrar como sus representantes mejores—, la mayoría del público de nivel medio, especialmente la juventud, preocupados con sus propios asuntos, en vez de comprender que quienes son capaces de cometer tales horrores son indignos de toda consideración, inconscientemente caen en la conclusión opuesta y piensan que si aquellos a quienes acostumbramos a honrar y respetar cometen semejantes actos, será porque estos actos no son, en realidad, tan tremendos como podría suponerse.

Y así la gente ha llegado a hablar, hoy día, de ejecuciones, asesinatos, bombas y matanzas, con la misma naturalidad que se hablaba del tiempo. Los niños juegan a la horca. Los muchachos de las escuelas superiores, casi unos niños todavía, salen en expediciones de expropiación, dispuestos a matar, lo mismo que salían antes en excursiones de caza. El matar a los grandes terratenientes, a fin de apoderarse de sus tierras, parece hoy a mucha gente la mejor manera de resolver el problema agrario.

En general, gracias a la actividad del Gobierno, que ha permitido el asesinato como un medio de llegar a sus fines, todos los crímenes, el robo, el asalto a mano armada, la mentira, el tormento y el asesinato, son actualmente considerados por aquellos desventurados, a quienes no ha podido menos de pervertir el ejemplo, como los actos más naturales y corrientes, inherentes por así decirlo a la condición humana.

Sí; terribles como son los hechos en sí mismos, aún es incomparablemente más terrible el daño moral, espiritual, invisible, que producen.

Decís que cometéis todos esos horrores a fin de restablecer el orden y la paz.

¡Restablecer vosotros el orden y la paz! Pero, ¿por qué medios pretendéis restablecerlos? Destruyendo el último vestigio de fe y de

moralidad en los hombres, vosotros, representantes de una autoridad cristiana, maestros y caudillos reconocidos y sostenidos por los servidores de la Iglesia. Cometiendo los crímenes más monstruosos: la mentira, la perfidia, el tormento en todas sus formas, y el supremo y más terrible de los crímenes, el más odioso a todo corazón humano que no esté irremediablemente corrompido: no ya un asesinato aislado, sino el asesinato en masa, innumerable, que pretendéis justificar con estúpidas referencias a tales o cuales estatutos por vosotros mismos escritos en esos estúpidos y mendaces libros vuestros que os atrevéis a llamar blasfematoriamente “las leyes”.

Decís que ése es el único medio de pacificar al pueblo y de extinguir la revolución; pero nada más evidentemente falso. Es indudable que no podréis pacificar al pueblo mientras no concedáis la demanda de la más elemental justicia que os viene haciendo la población rural entera de Rusia (esto es, la abolición de la propiedad privada sobre la tierra) y evitéis el confirmarla de las distintas maneras que venís haciéndolo, irritando a los campesinos, lo mismo que a aquellos espíritus desequilibrados y exaltados que han emprendido contra vosotros una lucha sin cuartel. No podréis pacificar al pueblo atormentándolo y persiguiéndolo, desterrándolo, encarcelándolo, ahorcándolo, a los hombres lo mismo que a las mujeres y los niños. Por mucho que os empeñéis en ahogar en vosotros la razón y el amor comunes a todos los seres humanos, no por eso dejaréis de llevarlos en vosotros; y os bastará recapacitar y meditar para ver que, obrando como lo hacéis —esto es, tomando parte en crímenes tan terribles—, no sólo no conseguiréis curar la enfermedad, sino que, haciéndola más interna y escondida, la haréis todavía peor.

La cosa es tan evidente, que no es posible que todo el mundo no la advierta.

La causa de lo que está aconteciendo no es de orden físico, ni es-

triba en acontecimientos exteriores, sino que depende exclusivamente del estado de ánimo del pueblo, que ha cambiado y al que esfuerzo alguno podría ya volver a su anterior condición, del mismo modo que ningún esfuerzo humano podría hacer que el hombre ya formado volviera a ser un niño. Ni la irritación social, ni la tranquilidad, pueden depender de que se ahorque a Pedro, ni de que Juan viva en Tambov o vegete en Nerchinsk, en una colonia peñal. La irritación social o la tranquilidad tienen, forzosamente, que depender, no de Juan o de Pedro solos, sino de cómo la gran mayoría de la nación considere su situación, y de la actitud de esta mayoría con respecto al Gobierno, a la propiedad agrícola, a la religión que les fuera enseñada, y a lo que esta mayoría considere bueno o malo. La fuerza de los acontecimientos no estriba para nada en las condiciones materiales de la vida, sino en el estado espiritual del pueblo. Y aunque mataseis y torturaseis a la décima parte de Rusia, no por eso el estado espiritual del pueblo iba a ser el que vosotros quisierais.

Así, todo lo que estáis haciendo ahora, con todos esos registros, espionajes, destierros, encarcelamientos, colonias penitenciarias y ejecuciones, no lleva al pueblo al estado de ánimo que deseáis, sino que, por el contrario, aumenta la irritación y destruye toda posibilidad de paz y de orden.

“Pero ¿qué es lo que se debe hacer? —diréis—, ¿qué es lo que se debe hacer? ¿Cómo poner término a las iniquidades que están ahora ocurriendo?”

La respuesta es muy sencilla: “Dejad de hacer lo que estáis haciendo.”

Aun cuando nadie supiera lo que habría que hacer para pacificar “al pueblo” —al pueblo entero (son muchos los que saben perfectamente que lo más urgente para pacificar al pueblo ruso es libertar al país de la propiedad privada, exactamente como hace cincuenta años lo más

urgente era el manumitir a los siervos)—, aun cuando nadie lo supiera, no por eso sería menos evidente que para pacificar al pueblo habría que empezar por dejar de hacer lo que no hace sino fomentar y acrecentar su ira. Sin embargo, lo que se hace es exactamente lo contrario.

Lo que hacéis, por otra parte, no lo hacéis pensando en el pueblo, sino en vosotros mismos para conservar la posición que ocupáis, una posición que consideráis ventajosa, pero que es, en realidad, tan lastimosa como abominable. No digáis, pues, que lo hacéis por el pueblo. ¡De sobra sabéis que es mentira! Todas las abominaciones que hacéis las hacéis por vosotros mismos, por vuestros propios fines personales, mezquinos, sórdidos, vengativos, ambiciosos, a fin de continuar un poco más de tiempo en la depravación en que vivís y que se os antoja tan deseable.

Mas por mucho que repitáis incansablemente que cuanto hacéis lo hacéis en bien del pueblo, la gente está empezando a comprenderos, y a despreciaros, cada día más abiertamente, considerando vuestras medidas de coerción y de supresión no como vosotros quisierais —esto es: como el resultado de la actuación de una especie de Ser superior colectivo: el Gobierno—, sino como lo que realmente son, como los actos perversos y personalistas de unos cuantos individuos personalistas y perversos.

Decís también: “Los revolucionarios fueron los que empezaron, no nosotros, y sus crímenes horrendos requieren las más enérgicas medidas (así llamáis a los crímenes vuestros) por parte del Gobierno.”

Decís que las atrocidades cometidas por los revolucionarios son horrendas.

Y no seré yo quien lo niegue. Hasta añadiré que, sobre ser horrendas, son estúpidas, y que —lo mismo que las atrocidades vuestras— dan muy lejos del blanco. Pero, por horrendos y estúpidos que sean

sus actos —todas esas bombas y minas subterráneas, todos esos asesinatos absurdos y esas depredaciones criminales—, todavía no les llegan a la suela del zapato a la monstruosidad y la estupidez de los actos cometidos por vosotros.

Los revolucionarios están haciendo exactamente lo mismo que vosotros y por los mismos motivos. Padecen la misma ilusión (que diría cómica, si sus consecuencias no fuesen tan terribles): se imaginan que por el hecho de haberse fraguado un esquema ideal de lo que, a su entender, conviene a la colectividad humana, tienen el derecho y la posibilidad de disponer de las vidas ajenas con arreglo a ese esquema. La quimera es la misma. Idénticos los métodos: la violencia en todas sus formas, incluso el quitar la vida al prójimo. Y la excusa: que un acto en sí reprobable, cometido en beneficio de la comunidad cesa de ser inmoral; de manera que es posible, sin ofender ni conculcar la ley moral, robar y hasta matar, siempre que ello contribuya a la realización de ese pretenso bien de la comunidad, que creemos conocer y poder prever, y que deseamos instaurar sobre la tierra.

Vosotros, gentes del Gobierno, no vaciláis en calificar los hechos de los revolucionarios de “atrocidades” y de “crímenes horrendos”; pero, al fin y al cabo, los revolucionarios no han hecho ni están haciendo nada que vosotros no hayáis hecho, y hecho en una escala incomparablemente mayor. Los revolucionarios no hacen sino lo que vosotros hacéis. ¿No practicáis vosotros la mentira, el espionaje, el engaño, la propaganda más mendaz y descarada? Pues lo mismo hacen ellos. Vosotros arrebatáis a la gente su propiedad por toda clase de medios violentos, empleándola como se os antoja; y así hacen ellos también. ¿Y por qué, realmente, no iban a hacerlo?

No reprochéis, pues, a los revolucionarios que utilicen los mismos medios inmorales, mientras los utilicéis vosotros como lo hacéis para la consecución de vuestros fines. Cuanto podáis aducir vosotros en

vuestra propia justificación, también pueden aducirlo ellos. Esto, sin contar que vosotros cometéis males y perjuicios de los que ellos están exentos; tales como el despilfarro del erario nacional, la preparación de la guerra, el allanamiento y opresión de pueblos extranjeros, etcétera, etcétera.

Decís que tenéis que preservar las tradiciones del pasado, y las acciones de los grandes hombres del pasado a guisa de ejemplos. Pero también ellos tienen sus tradiciones, que brotan igualmente del pasado —anteriores incluso a la Revolución Francesa—. Y en lo que se refiere a grandes hombres, modelos que imitar, mártires que perecieron en aras de la verdad y la libertad, seguramente que no tienen ellos menos que vosotros.

Así, si alguna diferencia hay entre vosotros es, simplemente, que vosotros deseáis que todo continúe siendo lo que era y es, en tanto que ellos desean un cambio. Y, al pensar que no es posible que todo permanezca indefinidamente lo mismo, sin duda tienen más razón que vosotros; o la tendrían, si no hubieran tomado de vosotros ese singular y destructivo embauco, según el cual le es posible a un grupo de hombres saber la forma de vida que le conviene en el futuro a la humanidad entera, y lícito al par que hacedero al establecerla por la fuerza. En cuanto al resto, no hacen sino lo que hacéis también vosotros, y empleando los mismos medios. Son vuestros discípulos. Y no solamente vuestros discípulos: son vuestros hijos, vuestra consecuencia. Si vosotros no existieseis, tampoco existirían ellos; de suerte que, cuando tratáis de suprimirlos por la violencia, os conducís como un hombre que, queriendo abrir una puerta, empuja con todo el peso de su cuerpo en dirección contraria a aquella en que se abre.

Si alguna diferencia hay entre vosotros y ellos, no es ciertamente en vuestro favor, podéis estar seguros. Las circunstancias atenuantes de su caso son: primero, que sus crímenes son cometidos en condiciones

de riesgo personal mucho mayor que aquel a que os exponéis vosotros, y el peligro excusa muchas cosas a los ojos de la juventud impresionable. Segundo, la inmensa mayoría de ellos son gente joven, más susceptible de extravío, como es natural, en tanto que vosotros, por regla general, sois hombres maduros, incluso ancianos, en los cuales parecería natural encontrar una razonable ecuanimidad y un sentimiento de piedad hacia los descarriados. Una tercera circunstancia atenuante en su favor es que, por odiosos que sean sus asesinatos, no son, ni de con mucho, tan fría, tan sistemáticamente crueles como vuestras cárceles, deportaciones, horcas y fusilamientos. Y una cuarta circunstancia atenuante en pro de los revolucionarios es que todos ellos repudian categóricamente toda enseñanza religiosa y consideran que el fin justifica los medios. Por consiguiente, cuando matan a uno o más hombres en aras de ese problemático bienestar de la mayoría, obran con absoluta congruencia; mientras que vuestros hombres de Gobierno —desde el más ínfimo verdugo al más alto funcionario— profesan el cristianismo y se declaran religiosos, lo que es absolutamente incompatible con los actos que cometen.

Y sois vosotros, hombres en la madurez de la vida, jefes de otros hombres, y profesando el cristianismo, sois vosotros los que decís, como niños que acaban de pelearse: “¡No fuimos nosotros los que empezamos; fueron ellos!” Esto es cuanto se os ocurre decir, a vosotros que echasteis sobre vuestros hombros la misión de dirigir otras conciencias. Pero, ¿qué clase de hombres sois vosotros? ¿Cómo es posible que reconozcáis como Dios a quien prohibió, en términos concluyentes, no sólo la condenación y el castigo, sino incluso el juzgar a los demás; quien, con palabras inequívocas, repudió todo castigo y afirmó la necesidad del perdón incesante, por a menudo que fuese cometido el pecado; que ordenó volviéramos la otra mejilla al que nos abofetease, devolviendo en toda ocasión bien por mal; que, en el caso de la mujer condenada a la lapidación, mostró de manera tan sencilla y clara la imposibilidad

del juicio y del castigo entre hombre y hombre? ¿Cómo es posible que vosotros, que reconocéis a ese Dios, no podáis encontrar nada mejor que decir en vuestra defensa que: “¡Ellos empezaron! ¡Y, como matan a la gente, no tenemos más remedio que matarlos a ellos!”?

Un artista conocido mío pensó en pintar un cuadro tomando como tema una ejecución, y se puso a buscar un modelo para el verdugo. Habiendo oído que el oficio de verdugo en Moscú era desempeñado a la sazón por un vigilante, se dirigió a casa de éste. Era por aquel entonces la Pascua de Resurrección. La familia estaba sentada, con su ropa de los días de fiesta, en torno de la mesa, donde aparecía servido el té, pero el padre no estaba allí. Más tarde se enteró mi amigo de que, al ver a un extraño, hubo de esconderse en seguida. Su mujer, que también parecía avergonzada, explicó que su marido no estaba en casa, pero una niñita de pocos años lo hubo de delatar, declarando: “Papá está en el desván.” Esta desgraciada criaturita no sabía aún que su padre tenía conciencia de que lo que hacía no estaba bien y que, por tanto, no podía menos de sentir miedo de todo el mundo. El artista explicó a la mujer que deseaba que su marido le sirviera de modelo, por convenir su cara al cuadro que había planeado (y cuyo asunto no dijo, como es lógico). Habiendo entrado en conversación con la mujer, el artista, a fin de atraérsela, le ofreció tomar a un hijo suyo como discípulo, ofrecimiento que no cabe duda hubo de tentarla. Salió, pues, y al cabo de un rato entró el marido, malhumorado, inquieto, receloso y mirando de soslayo. Durante largo tiempo trató de que el artista le dijera la razón de haberle buscado precisamente a él. Cuando el pintor le hubo dicho que lo había visto en la calle, pareciéndole su rostro adecuado al cuadro que tenía en proyecto, el vigilante le preguntó dónde había sido ese encuentro, a qué hora, llevando qué vestido. Y no quiso aceptar el trato, evidentemente temiendo y sospechando algo malo.

Sí, este verdugo sabe de primera intención que es un verdugo, sabe que hace mal y es, por consiguiente, odiado, y teme a los hombres; y se me ocurre que esta convicción y este temor ante los hombres expía en parte su culpa. Pero ninguno de vosotros —desde el Secretario del Tribunal al Primer Ministro y al Zar—, que sois participantes indirectos en las iniquidades cada día cometidas, parece sentir su culpa, ni la vergüenza que vuestra participación en semejantes horrores debería suscitar. Es cierto que, lo mismo que el verdugo mencionado, teméis a los hombres, y cuanto mayor vuestra responsabilidad en los crímenes, mayor también vuestro temor: así, el Acusador Público teme más que el Secretario; el Presidente del Tribunal más que el Acusador Público; el Gobernador General más que el Presidente; el Presidente del Consejo de Ministros más todavía, y el Zar más que nadie. Todos tenéis miedo, pero, a diferencia del verdugo, lo tenéis, no porque creáis que estáis haciendo daño, sino porque creéis que los demás están haciendo daño. Así, se me ocurre que, por bajo que haya caído aquel desdichado vigilante, aún se halla, desde el punto de vista moral, inconmensurablemente más alto que vosotros, copartícipes y cómplices de estos crímenes monstruosos: vosotros, que condenáis a los demás, en vez de condenaros a vosotros mismos y que lleváis vuestras cabezas tan altas.

Yo sé que los hombres son, al fin y al cabo, humanos, que todos somos débiles, que todos erramos, y que nadie puede juzgar a nadie. He luchado largo tiempo contra el sentimiento que provocaran y provocan en mí aquellos que se me antojan responsables de dichos crímenes, sentimiento tanto más virulento cuanto más arriba están en la escala social. Pero no puedo, ni quiero, luchar más contra ese sentimiento.

No puedo, y no quiero. En primer lugar, porque es necesario poner en la picota a quienes no alcanzan a ver la pavorosa criminalidad de sus actos, tanto por ellos mismos como por la muchedumbre, que, bajo

la influencia de los honores y elogios exteriores concedidos a aquella gente, aprueba sus terribles acciones y hasta trata de emularlas. Y, en segundo lugar, porque (lo confieso francamente) espero que el poner en la picota a aquellos hombres tendrá por resultado la tan ansiada expulsión de este medio en el que vengo viviendo, y en el que no puedo menos de sentirme un copartícipe de todos los crímenes cometidos a mi alrededor.

Todo lo que se está haciendo actualmente en Rusia, se hace en nombre del bien general, en nombre de la protección y la tranquilidad del pueblo ruso. Y, si esto es así, no cabe duda que entonces también lo hacen por mí, que vivo en Rusia. Por mí, pues, existe esta profunda miseria del pueblo, privado del primero y más elemental derecho del hombre: el derecho a trabajar la tierra en que ha nacido; por mí, este medio millón de hombres arrancados de la sana vida rural y vestidos de uniformes y enseñados a matar; por mí, ese mal llamado sacerdocio, cuyo principal deber es pervertir y ocultar el verdadero cristianismo; por mí todas estas deportaciones de hombres, de uno en otro lugar; por mí estos cientos de miles de trabajadores emigrantes y hambrientos; por mí estos cientos de miles de infelices muriendo de tifus y escorbuto en las fortalezas y prisiones, insuficientes para contener tan inmenso gentío; por mí sufren las madres, esposas y padres de los desterrados, los cautivos y los ahorcados; por mí estos espías y este soborno ignominioso; por mí el enterramiento vergonzante de estos centenares de hombres fusilados; por mí se prosigue la faena horrenda de estos verdugos, alistados a duras penas en un principio, pero que no parecen ya repugnar a su trabajo; por mí existen estas horcas, de sogas bien enjabonadas, en las cuales se cuelgan a hombres, mujeres y niños; y por mí esta terrible acritud del hombre contra sus semejantes.

Por extraño que pueda parecer el decir que todo esto se hace por mi causa, y que soy un cómplice de estos actos tremendos, lo cierto es

que no puedo menos de sentir que existe una interdependencia indudable entre mi casa confortable, mi comida, mis ropas, mis ocios, y los crímenes terribles cometidos para librar a la sociedad de aquellos hombres que querrían despojarme de lo que tengo. Y aunque sé que estas pobres gentes menesterosas, amargadas, pervertidas —que, si no fuera por las amenazas del Gobierno, me privarían de todo lo que es mío—, son simplemente el resultado de la acción gubernamental, no puedo sin embargo menos de sentir que, por el momento, mi tranquilidad depende realmente de todos los horrores actualmente perpetrados por el Gobierno.

Y, teniendo la conciencia de ello, no me es posible continuar soportándolo; necesito, a toda costa, librarme de esta opresión intolerable.

¡No es posible continuar viviendo así! ¡A mí, cuando menos, no me es posible vivir así!

Por esto es por lo que escribo estas páginas, que me propongo hacer circular tanto por Rusia como el extranjero, por todos los medios a mi alcance, a fin de que ocurra una de estas dos cosas: o bien que se ponga término a tales actos de barbarie, o bien que mi conexión con ellos acabe de una vez, sea que me envíen a la cárcel, donde podré vivir con la conciencia clara de que dichos horrores no se cometen ya por mi causa; sea, y ello sería aún mejor (tan hermoso que no me atrevo siquiera a soñar en tal felicidad), que poniendo sobre mí, como hicieran con aquellos pobres campesinos, una mortaja y un capuchón, me empujaran también de encima del banquillo, para que con mi propio peso apretase la cuerda enjabonada en torno de mi viejo pescuezo...

Para conseguir una de estas dos cosas me dirijo hoy a todos los participantes en esos actos tremendos, empezando por aquellos que pusieron sobre sus hermanos, hombres, mujeres, niños, aquellas caperuzas y aquellos nudos corredizos; desde los guardianes de la prisión hasta

vosotros, organizadores y responsables principales de estos crímenes terribles.

¡Hermanos: volved en vosotros, deteneos a recapacitar, considerad lo que estáis haciendo! ¡Recordad quiénes sois!

Antes que verdugos, generales, fiscales, jueces, Primer Ministro o el Zar mismo, ¿no sois acaso hombres: hombres a los que se ha permitido hoy echar una breve ojeada a este mundo de Dios, y que mañana mismo dejaréis de ser? (Vosotros, en particular, verdugos de todos los grados y categorías, que habéis suscitado y continuáis suscitando un tal odio, recordad esto.) ¿Es posible que vosotros, que habéis tenido este breve atisbo del mundo de Dios (pues, aunque no seáis asesinados, la muerte nos pisa siempre a todos los talones), es posible que, en vuestros momentos de lucidez, no veáis que vuestra vocación en la vida no puede ser el atormentar y exterminar a los hombres; temblando también vosotros por miedo a ser exterminados, mintiéndoo a vosotros y a los demás, y a Dios mismo; asegurando a vosotros mismos y a los demás que estáis llevando a cabo una obra importante y magnífica en beneficio de millones de vuestros semejantes? ¿Es posible que, cuando no os sentís embriagados por lo que os circunda, por los halagos y los sofismas usuales, no sintáis, todos y cada uno de vosotros, en el fondo de vuestra conciencia, que todo ello es pura palabrería, inventada tan sólo para que, mientras cometéis toda suerte de horrores, podáis consideraros todavía como unas personas decentes? Ninguno de vosotros puede dejar de darse cuenta de que todos, vosotros lo mismo que nosotros, tenemos un solo real y auténtico deber, que incluye todos los demás: el deber de vivir el corto espacio que nos es concedido de acuerdo con la Voluntad que nos envió al mundo, y de abandonarlo de acuerdo también con aquella Voluntad. Y esta Voluntad sólo desea una cosa: que los hombres se amen unos a otros.

Sin embargo, ¿qué es lo que hacéis para ello? ¿A qué consa-

gráis vuestra fuerza espiritual? ¿A quiénes amáis? ¿Quiénes os aman? ¿Vuestra mujer? ¿Vuestro hijo? Pero eso no es amor. El amor de la esposa y los hijos no es un amor humano. Los animales aman de esa manera, todavía quizás con mayor fuerza. El amor humano es el amor del hombre al hombre: a cada hombre, como hijo que es de Dios y, por consiguiente, hermano nuestro. ¿A quién amáis de ese modo? A nadie. ¿Quién os ama de ese modo? Nadie.

Sois temidos, como un verdugo o un animal salvaje es temido. La gente os halaga, porque en el fondo de su corazón os desprecia y os odia —y ¡cómo os odia!—. Y vosotros lo sabéis, y tenéis miedo de los hombres.

Sí; recapacitad: vosotros todos, cómplices del crimen, desde el más alto al más bajo: considerad lo que sois y lo que hacéis, y cesad de hacer lo que estáis haciendo. ¡Cesad, no por vosotros mismos, no por vuestra propia persona, ni siquiera por los hombres, vuestros hermanos, ni para que dejéis de ser juzgados y condenados, sino por amor de vuestra propia alma y por el amor del Dios que vive en vosotros!

LEÓN TOLSTOY

Yasnaya Polyana, 1908.

(Nota y traducción de Ricardo Baeza.)

FRANÇOIS MAURIA C VISTO POR UN INGLÉS

Después de la muerte de Henry James, la novela inglesa sufre un desastre. Mucho antes de esa fecha, a decir verdad, el rostro apacible, imponente, un poco presumido de Henry James se nos aparece como el del último sobreviviente de un naufragio, que contemplara, desde su balsa, un océano cubierto de despojos. El mismo James nos ha dejado sus impresiones en un artículo del "Times Literary Supplement"; allí cifra su esperanza —¿era realmente una esperanza, o una de las formas de su cortesía invencible y por completo oriental?— en jóvenes novelistas como Compton Mackenzie o David Herbert Lawrence. Nosotros, que hemos sobrevivido al desastre, podemos apreciar la futilidad de tales esperanzas.

Porque la novela inglesa, al morir Henry James, perdió el sentido religioso y al mismo tiempo el sentimiento de la importancia de los actos humanos. Al mundo imaginativo le faltó una dimensión. Los personajes de prestigiosos escritores, E. M. Forster y Virginia Woolf, por ejemplo, vagan de un lado a otro como símbolos de cartón en un frágil universo de papel. Hasta en Trollope, uno de los menos espirituales de nuestros grandes novelistas de antaño, tenemos conciencia de que hay otro mundo que sirve de fondo a las acciones de los personajes y les da relieve. El *clergyman* desairado, que trata de no embarrar sus botas negras y sostiene torpemente su paraguas, que habla de su mísera remuneración y tartamudea su ofrecimiento de matrimonio, *existe* como

no ha existido nunca el señor Ramsay¹, de Virginia Woolf, porque no sólo tenemos conciencia de que existe por la mujer que lo escucha, sino también por su relación con Dios. Si este personaje carece de toda importancia en el mundo sensible, su importancia es enorme en el otro mundo.

El novelista sintió, acaso subconscientemente, la dificultad de su situación, y buscó refugio en la novela subjetiva como si creyera, al bucear en la personalidad de sus héroes hasta profundidades a que aún no se había descendido, propalar el secreto de la "importancia"; pero esos sondeos en profundidad todavía le hicieron perder otra dimensión. El mundo visible dejó de existir para él, desapareció casi tan completamente como el mundo espiritual. La señora Dalloway, cuando se pasea por Regent Street, tiene conciencia del brillo de los escaparates, del dócil tránsito de los automóviles, de la conversación de las compradoras. Pero Regent Street se ofrece al lector tal como se le presenta a la señora Dalloway; es sólo un poema en prosa, deliciosamente voluble y más bien sentimental; un soplo de aire, un girón de perfume, un centelleo de cristal. Y nosotros protestamos: Regent Street también tiene derecho a existir; la calle es más real que la heroína. Y recordamos con nostalgia las tabernas de Dickens, sus míseras callejuelas, sus apacibles domingos. Por rudimentaria que sea su expresión, la intriga en Dickens importa la noción de un bien y de un mal sobrenaturales, y gracias a ello adquieren importancia las casas en que sus personajes se han amado, las encrucijadas en que se han condenado. Se les ha concedido derecho a existir tal como eran; si están deformadas es únicamente por los ojos del observador y no, por añadidura y en segundo grado, por un personaje imaginario.

Para el lector inglés, François Mauriac debe primeramente su importancia a que pertenece a la gran tradición de la novela. Es un escritor para quien el mundo visible conserva su existencia, para quien los

¹ Personaje de *To the lighthouse*.

personajes tienen la realidad y la importancia de hombres que poseen almas que han de salvar o perder, y que reivindica el derecho tradicional, indispensable al novelista, de comentar, de expresar sus opiniones. Porque estamos fatigados de la novela dogmáticamente “pura”, cuya tradición, heredada de Flaubert, alcanzó entre nosotros su apogeo tortuoso y espléndido en la obra de Henry James. Pensamos en esos “laberintos” de las revistas infantiles: el niño es invitado a llegar al centro recorriendo sus tortuosos senderos con la punta de un lápiz. En la novela “pura”, el lector parte del centro y debe encontrar el camino de salida. Sigue con su lápiz los senderos que han de conducirlo directamente a la periferia, a ese mundo exterior donde es posible que encuentre juicios morales y actos de una importancia sobrenatural. Pero los senderos se pierden, se enredan, y llevan finalmente al lector a su punto de partida. Cuando mira de cerca, advierte que el dibujante del laberinto ha tapado, acumulando sobre ella caracteres impresos, la única salida posible.

No niego la grandeza de Flaubert, como tampoco la de James. La novela corría el peligro de no ser ya una forma estética, y ellos despertaron la conciencia artística de sus sucesores. Pero sus sucesores, aceptando ciegamente el dogma de la técnica, hicieron de la novela esta forma —pues conservó una forma— apagada y anémica en que se ha convertido en la actualidad. La exclusión del autor puede llevar muy lejos. Hasta el autor, pobre diablo, tiene derecho a existir, y François Mauriac reafirma ese derecho. Es verdad que encontramos mejor la forma flaubertiana en *La Pharisienne* que en *Le Baiser au Lépreux*. El “yo” del relato desempeña un papel en la acción. Los puristas son dueños de atribuir todos los comentarios a ese imaginario “yo”. La máscara es transparente: el “yo” de la novela está dominado por otro “yo”. Me permitiré citar, a este respecto, dos pasajes:

“—Y además, a tal punto hermoso ¿no te parece?

”No; no lo encontraba hermoso. ¿Qué es la belleza para un niño? Sin duda, el niño es sobre todo sensible a la fuerza, al poderío. Pero

esta pregunta debió de impresionarme, porque aún recuerdo, al cabo de una vida entera, el rincón del camino en donde Michèle me interrogó de esa manera a propósito de Jean. ¿Podría definir mejor, actualmente, lo que llamo belleza? ¿Podría decir en qué la reconozco, ya se trate de un rostro de carne, de un horizonte, de un cielo, de un color, de una palabra, de una melodía? En ese estremecimiento carnal y que, sin embargo, interesa al alma, en ese goce desesperado, en esa contemplación sin fin y que ninguna posesión recompensa...

"Ese día vi por primera vez, con el rostro descubierto, a mi vieja enemiga la soledad, con quien ahora hacemos tan buena pareja. Ahora nos conocemos: me ha asestado todos los golpes imaginables, y ya no tiene dónde herir. No creo haber evitado ninguna de sus trampas. Ahora ha dejado de torturarme. Atizamos el fuego frente a frente, durante esas tardes de invierno en que la caída de una piña o el sollozo de un nocturno tienen para mi corazón tanto interés como la voz humana".

Cuando leemos tales pasajes tenemos conciencia, como en los poemas de Shakespeare, de una tensión súbitamente acrecentada; un silencio parece bajar sobre el alma: ¡atención! He aquí algo más importante que el rey Lear o el general Othello, algo que no está limitado ni determinado por la intriga. Ha callado el "yo" de la novela, es otro "yo" el que habla.

Nunca sentimos la tentación de examinar detalladamente la intriga de las novelas de Mauriac. ¿Quién podría restablecer de memoria, al cabo de seis meses, el orden de los acontecimientos en *Ce qui était perdu*? Se recuerda, en su simplicidad, la línea general del *Baiser au Lépreux*; pero menos simple es la acción de la novela, más rápidamente se borra de la memoria, dejando sólo en ella a los personajes, de los cuales tenemos un conocimiento tan íntimo que se puede, sin olvidarlos, olvidar los acontecimientos que marcaron la porción de sus vidas que escogió el novelista. (Los primeros párrafos del libro bastan para que surja ante nosotros, en todo su horror, el conde de Mirbel: "¡Acércate, muchacho! Me volví, creyendo que se dirigía a uno de mis camaradas. Pero no:

a mí se dirigía el antiguo zuavo pontificio, sonriente. La cicatriz de su labio superior tornaba horrible esa sonrisa.”) Los personajes de François Mauriac poseen una existencia física extraordinariamente completa (bajo este aspecto, se parecen a los de Dickens), pero sus actos particulares son menos importantes que la fuerza —Dios o el Diablo— que los impulsa. Aunque François Mauriac alcance un vigor extraordinario en sus grandes “escenas” (aquella, por ejemplo, en que Jean de Mirbel, el muchacho cuya alma se encuentra en tan grave peligro, especie de Grand Meaulnes infeliz y atormentado, asiste en silencio, frente al hotel de campaña, al vulgar adulterio de la madre a quien adora), las “articulaciones” de la intriga, los acontecimientos que hacen plausible la progresión de un episodio a otro, a menudo desconciertan por su ausencia. Sus novelas, reducidas al análisis de la intriga, a veces parecen “temblequear”, como los films de los primeros tiempos del cinematógrafo. Mas ¿por qué analizar en ellas la intriga, dado que, aún si se borra toda la sucesión de los acontecimientos, los personajes conservan una realidad que no encuentro al mismo grado en los de ningún otro novelista? Quitad a la señora Dalloway su facultad de expresión, y no sólo no hay novela, sino que tampoco existe la señora Dalloway; quitad la intriga de una novela de Dickens, y los personajes, que de incidente en incidente vivían con una vida tan auténtica, se desvanecen como humo. Pero si la condesa de Mirbel no hubiera cometido adulterio, si el tutor de Jean, el siniestro zuavo pontificio, no hubiera levantado nunca la mano a su pupilo, si al abate Calom, al santo hombre, tan torpe como bien intencionado, no se le hubiera confiado nunca el cuidado del niño, los personajes no habrían existido menos por ello, y de manera rigurosamente idéntica: de nuestros pensamientos, no de nuestros actos, depende nuestra salvación o nuestra condena.

Los episodios, en las novelas de Mauriac, no sirven para modificar los caracteres (y, a decir verdad, ¡cuán poco nos modifican los acontecimientos, y qué falso parece en su romanticismo, junto a Mauriac, un relato como *Lord Jim* de Conrad!). Sirven para revelarlos, para revelarlos

progresivamente, con sutileza inigualada. La penetración moral y religiosa de Mauriac le permite observar el revés de la evidencia: no acepta nunca el juicio fácil y falso, sus personajes no son nunca títeres de convención. Bajo la gazmoñería del señor Puybaraud, el maestro necesitado y devoto, muestra la piedad sincera. De su *Pharisienne* nos revela con simpatía las profundidades religiosas bajo apariencias de un egoísmo destructor y de una fingida piedad.

Ya he desparramado demasiados nombres y comparaciones en este ensayo demasiado breve y superficial. Pero hay un nombre, el más grande de todos, que no se puede omitir cuando se habla de Mauriac: el de Pascal. Y este novelista moderno, que se toma la libertad de comentar a sus personajes, a menudo encuentra en sus comentarios el mismo acento de Pascal.

“Los seres no cambian —es ésta una verdad de que ya no se duda a mis años— sino que vuelven a la inclinación que durante toda una vida se agotaron en combatir. Lo que en modo alguno significa que terminen siempre por ceder a lo peor que hay en ellos: Dios es la buena tentación a que muchos hombres sucumben al final.”

“Hay seres que arman sus trampas y pueden ayunar mucho tiempo antes que una presa caiga en ellas. La paciencia del vicio es infinita.”

“No hay que entrar en la vida de los seres cuando éstos se oponen a ello... No hay que empujar la puerta de esta segunda ni de esta tercera vida que sólo Dios conoce. No hay que volver la cabeza hacia la ciudad secreta, hacia la ciudad maldita de los otros, si no queremos convertirnos en estatua de sal...”

Si Pascal hubiera sido novelista, son éstos, me parece, los métodos y el tono que habría usado.

GRAHAM GREENE

NOTAS

ERNST CASSIRER

No he hallado la noticia en los diarios. Me enteré por la carta de una amiga, fechada en Nueva York el 20 de abril. "El domingo a la tarde vi por vez postrera la noble cabeza y el perfil de medalla de Ernst Cassirer. Yacía solo, en una de esas horribles y frías casas que aquí llaman "funeral home", en un ataúd negro y sobrio alumbrado por dos velas eléctricas... La última vez que lo vi, activo, viviente y generoso, fué el viernes de la semana pasada... Dos horas después de nuestro encuentro cayó en la calle, frente a Columbia, muerto su gran corazón." En esa conversación, acaso la final para Cassirer, se habló abundantemente de nuestro país. El filósofo recordó a algún amigo argentino, insinuó la posibilidad de que aquí apareciera la traducción de una obra suya en preparación, *The Myth of the State*, así como la de otras ya publicadas. Contaba setenta años al caer para no levantarse más en una calzada neoyorquina. Desarraigado de su patria por el odio y condenado —sin culpa— a errar por el mundo, esa definitiva caída suya en plena calle no deja de tener cierta significación simbólica.

El advenimiento del nacionalsocialismo en Alemania produjo una emigración filosófica sobremanera abundante. Escuelas enteras han debido reconstituirse en el destierro. Se huía de la persecución racial y política pero también de la mera asfixia espiritual. Acaso el filósofo era uno de los intelectuales más gravemente heridos por la opresión, porque la filosofía sometida a consigna y vigilancia ni siquiera es mala filosofía; es no-filosofía, ya que filosofar es buscar libremente la verdad, y hasta anti-filosofía, porque se ofrece con nombre de filosofía algo que contradice directamente su esencia. Así se explica que algunos se anticiparan previsoramente al triunfo del nazismo y buscaran de antemano tierras más propicias al ejercicio sin trabas de la inteligencia. Los más fueron saliendo del país después que Hitler asumió el poder. La peregrinación de mu-

chos de ellos comprende varias etapas, muy distintas por cierto de un grato viaje de turismo; las de Cassirer fueron Inglaterra (Oxford), Suecia (Göteborg) y Estados Unidos (Yale y Columbia). En Oxford, amigos y colegas se honraron manifestando su admiración al ilustre desterrado al cumplir los sesenta años, con un magnífico volumen de homenaje: *Philosophy and History, Essays presented to Ernst Cassirer* (Clarendon Press, 1936). En Estocolmo publica en 1939 un volumen de estudios cartesianos: *Descartes: Lehre, Persönlichkeit, Wirkung*. En la primera parte afronta dos problemas centrales del cartesianismo, la concepción de la verdad y la idea de la unidad de la ciencia; en la segunda estudia las relaciones de Descartes con su época y con la reina Cristina de Suecia. Entre los trabajos incluídos en este volumen hay uno sumamente importante, aparecido antes en la revista *Lychnos* (Upsala, 1938), sobre el diálogo *Recherche de la vérité par la lumière naturelle*; en él Cassirer, extrayendo las consecuencias de minuciosos análisis, sostiene que el diálogo fué escrito en Estocolmo y contiene el sumario que de su filosofía preparó Descartes para su real alumna. Este trabajo debe distinguirse de otro sobre el mismo tema publicado un poco después, pero en el mismo año 1938, en la revista *Theoria*, de Göteborg. Un admirable estudio sobre Pico de la Mirándola, redactado en 1938, lo publica ya en América, en el *Journal of the History of Ideas* (1942). Su producción en los Estados Unidos ha sido continua y del más alto interés, sobre todo en los temas de filosofía de la cultura, hacia los cuales iban sus preferencias desde hace tiempo; alguno de estos últimos escritos ha salido en nuestra lengua, en la revista *Filosofía y Letras*, que publica la Facultad de Filosofía y Letras de México.

Cassirer es una de las personalidades de mayor relieve en la filosofía contemporánea. Nació en Breslau, el año 1874. Ejerció la docencia en Berlín y Hamburgo. Al lado de Cohen y Natorp —era mucho más joven que ambos— figuró en la plana mayor de la Escuela de Marburgo, que llegó a ser el grupo filosófico de mayor influjo y resonancia a fines del siglo pasado y en los años iniciales del nuestro. Sobrevenido el cambio de clima con el auge de nuevas corrientes de ideas, Cassirer, lejos de quedar como un sobreviviente de la Escuela, supo mantener su significación de filósofo vivo y operante, fiel a la conciencia de su tiempo, que supo interpretar con hondura y originalidad. Las construcciones metafísicas no ejercieron mucha atracción sobre este pensador, formado en la asidua meditación del kantismo y que durante mucho tiempo vió en él algo así como la culminación o el sino de la mente occidental; lo principal de su

obra es labor histórico-crítica, con una señalada predilección, sobre todo al final, por los problemas del hombre y de la cultura. Dotó a la Escuela marburguiana de uno de sus libros capitales, acaso el de más perdurable significación: *El problema del conocimiento en la filosofía y la ciencia de la Edad Moderna*, y llevó a la naciente filosofía de la cultura, con su *Filosofía de las formas simbólicas*, uno de los aportes más sólidos con que cuenta hasta ahora. De su vasta producción, lo más conocido entre nosotros es su *Filosofía de la Ilustración*, cuadro magistral del pensamiento del siglo XVIII, e *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, donde los problemas de la filosofía renacentista se examinan sobre todo en Nicolás de Cusa, por haber traducción española del primero e italiana del segundo de estos libros.

Como es corriente para el hombre de enérgica vocación espiritual, la muerte ha sorprendido a Cassirer en plena actividad, en medio de una intensa labor que había mantenido sin interrupciones a lo largo de los azares de la expatriación. El filósofo y el erudito de ideas están patentes, en su magnitud excepcional, en la obra varia y copiosa que deja, toda ella de valor singular. El hombre también fué en él admirable por la generosidad y la elevación del carácter: estas palabras no expresan una piedad de necrología, sino el testimonio concorde de quienes lo conocieron de cerca. Alguna vez, hablando con argentinos, manifestó deseos de visitar nuestro país, donde hubiera podido hablar en francés o italiano.

FRANCISCO ROMERO

Libros

FILOSOFÍA

WILLIAM JAMES: *Problemas de la filosofía* (Editorial Yerba Buena, Tucumán, 1944) y *Pragmatismo* (Emecé, Buenos Aires, 1945).

Entre los diversos puntos de vista que el hombre puede adoptar cuando intenta explicarse el universo, es posible discernir dos que designan otras tantas familias de espíritus: los que siguiendo al remoto Parménides perciben mejor lo estático

que lo móvil y se complacen en pensar el ser sumido en profunda quietud; o los que a la zaga del casi mítico Heráclito se representan lo real con la imagen del legendario río de aguas eternamente cambiantes. A este segundo linaje pertenecía William James.

La reciente traducción al castellano de dos de sus obras reactualiza entre nosotros esa figura ejemplar de pensador. *El Pragmatismo*, versión nueva de un libro del que existía una mediocre traducción, cuyo original inglés apareció en 1907, reúne conferencias de divulgación pronunciadas en la época polémica de la doctrina y animadas por un estilo vivaz y personalísimo. Expone la teoría pragmatista de la verdad, que aplica luego metódicamente a algunas venerables cuestiones metafísicas.

Una de las tareas a las que James dedicó sus postreros días fué la redacción de *Problemas de Filosofía*, obra editada póstumamente en 1911, escrita con claridad y minucia didácticas: la realizó pensando en sus jóvenes discípulos, con el doble objeto de que sirviera de introducción a su filosofía y de ofrecer un panorama sistemático de la misma. Es el libro que James escribió con más método. Tenía la esperanza de redondear su pensamiento que hasta entonces se le aparecía como un arco construido de un solo lado. La muerte —esa gran frustradora— le impidió realizar su intento.

Los dos libros son representativos del vasto movimiento filosófico que irrumpe en la segunda mitad del siglo XIX y se prolonga vivo y fecundo hasta nuestros días. Grupos de pensadores de distintos países —Ravaisson y Bergson en Francia, Nietzsche y Dilthey en Alemania, William James en América— convergen hacia una mayor comprensión de lo vital y de lo histórico. La reacción va dirigida contra el árido intelectualismo que alimentaba a los epígonos de Hegel; contra el positivismo y naturalismo en que se esterilizaba la inteligencia francesa; contra el mecanicismo y la idea de la vida como una fortuita resultante de fuerzas físico-químicas. El punto extremo y paradójico de esta irrupción vitalista, es la *boutade* de Nietzsche: ¡perezca la verdad y sálvese la vida!

Arquetipo de estas tendencias es la teoría de la verdad elaborada por James. La utilidad vital se convierte en tribunal de última instancia para enjuiciar a la verdad. Ésta no habita esplendorosa y perfecta en el cielo de las ideas platónicas, donde nada puede perturbar su inmóvil perfección. James la hace descender a la tierra y la inserta en el río vertiginoso de lo real. La verdad no está ya hecha desde siempre, sino en vías de hacerse, en perpetua creación. Esta doctrina

pragmática ha bautizado la doctrina de James y constituye una de las claves de la misma. Es su aspecto más conocido y también el más criticado; tal vez el menos comprendido. La adecuación del pensamiento a la realidad —la clásica definición de la verdad— debe verificarse en la experiencia. En ella comprobamos su rendimiento, las ventajas que procura para la acción que decide en definitiva. Denominamos pensamientos verdaderos a aquellos que la milenaria experiencia del hombre ha verificado como útiles para su vida.

Estamos sin duda en presencia de una relativización del concepto de verdad. Utilizando un vocablo grato a uno de los grandes pragmatistas, F. C. S. Schiller, una *humanización* de la verdad. Resuena de nuevo la vieja consigna del sofista Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas"; también de la verdad, construcción del espíritu. Bergson resume así, agudamente, lo esencial de esta teoría: "Mientras para las otras doctrinas una verdad nueva es un descubrimiento, para el pragmatismo es una invención."

Pueden hacerse objeciones a esta doctrina pragmatista de la verdad: se la ha acusado de bordear el escepticismo. Personalmente, uno de los argumentos que me convencen de que la ciencia no es una pura y gratuita elaboración de la inteligencia —especie de vasto e imaginario poema pitagórico—, de que muere efectivamente en la realidad, es el éxito que logra en el dominio de la materia mediante la técnica.

A esta concepción dinámica de la verdad une James una idea de la realidad como realidad múltiple en sempiterna transformación y creación. Esta idea de un *really growing world*, de un mundo en crecimiento, marca su estrecha afinidad con el Bergson de la *Evolución creadora*.

Repugnan a James esos universos simétricos e inmóviles que construye la razón. No se aviene a deducir la realidad, tiene una vocación nominalista por lo contrario, vocación en que coincide con algunos de los mayores filósofos contemporáneos: Bergson, Whitehead, G. Marcel, Alexander. Con una tenacidad ejemplar, la razón, con sus exigencias congénitas hacia la unidad y la identidad, se complace en concebir un cosmos único, armónico, intemporal, sin fisuras por donde intente penetrar ese genio maligno de lo irracional. La vida disiente —sin embargo— con el geómetra que llevamos dentro, y nos coloca en una realidad abigarrada, múltiple, en inexorable fluir. La experiencia nos lanza en las oscuras aguas del irreversible río de Heráclito. Y este universo variado, este "universo pluralista", está en perpetua construcción; es maleable como una arcilla en la

que puede dejar y deja su impronta el hombre. Podemos colaborar en la construcción de ese universo que "tendrá éxito justamente en proporción al número de los que trabajan para su éxito. Si nadie trabaja fracasará. Si cada uno hace lo mejor que puede, no fracasará".

Y ésta es una de las mayores excelencias de la filosofía del maestro de Harvard. El mundo —que en los momentos de depresión se nos aparece como un caos, producto de la agitada pesadilla de algún demiurgo— es susceptible de ser perfeccionado y con nuestra acción podemos mejorarlo.

Debemos la primera y pulcra versión castellana de *Some Problems of Philosophy* —libro con que inaugura sus ediciones la nueva editorial Yerba Buena—, al joven profesor de la Universidad de Tucumán Juan Adolfo Vázquez. Igualmente buena la versión de *Pragmatismo*, por Vicente P. Quintero.

EDMUNDO CONCHA

NOVELA, BIOGRAFÍAS

SYLVINA BULLRICH PALENQUE: *La Tercera Versión* (Emecé, Buenos Aires, 1944). —

Contemplada en su aspecto literario, la Argentina se ha caracterizado durante estos últimos años por la abundancia —algunas veces por la excelencia— de sus poetas y por la poca frecuencia de sus novelistas. Indudablemente, el balance así provocado tiende a favorecer siempre a los poetas, aun en un orden menos localista que el expuesto, y por varias razones, entre las cuales la no menos valedera es ésta de que en el novelista coexiste en esencia el poeta. Pero entre nosotros la diferencia numérica es muy notoria. (Numérica, ya que estas consideraciones se refieren a la cantidad y no a las calidades que, sobre el mínimo de validez exigible, son tan variables en la poesía como en la novelística.) Esto hace que cuando en nuestro escenario intelectual aparecen obras de imaginación en prosa, volvamos los ojos hacia ellas con prevención y con esperanza.

La Tercera Versión de Sylvina Bullrich Palenque, que motiva este comentario, es un buen pie para que se afiance nuestra certidumbre. La novela se inicia con el relato del protagonista, relato que, dirigido a una mujer que lo escucha en

silencio, ocupa todo el libro, como que con él finaliza. Se penetra en su desarrollo con naturalidad por precisas descripciones físicas y acertadas semblanzas psicológicas o de caracteres, pues la autora se ubica con certeza dentro de ese personaje masculino que narra su vida en primera persona, identificándose tan sagazmente con él que ninguna de sus reacciones o sentimientos, ninguno de sus impulsos son falseados ni comprometen su entereza, a pesar de discernirse a través de una sensibilidad biológicamente opuesta y, por ello, de distintas tonalidades.

La exposición de recuerdos de los primeros años de una vida transcurrida en el ambiente familiar y temeroso de esa vieja casa llena de adultas impresiones, de oscuras frases semioídas, de pueriles miedos, prefigura en seguida la futura y definitiva identidad del niño, al par que dirige y obliga la atención del lector.

Sus descripciones superan siempre el fácil realismo, la simple pintura externa y enumerativa, y se evaden de la visión directa y desnuda de las cosas y los hechos merced a una atenuada revalorización poética, o respaldadas por la misma emoción de los sucesos que narran.

Para justipreciar la obra de un novelista puede sernos fácilmente prescindible la calidad o novedad del tema que la origina. Lo verdaderamente importante no es el elemento que le dió impulso sino la altura que el autor alcance por propia irradiación, ya que si la escueta narración del argumento nos avasalla, peligra la presencia actuante de aquél, que se diluye tras la anécdota, cuando en realidad la anécdota debe ser sostén y andamiaje para más altos fines.

Digo esto al ocuparme de *La Tercera Versión*, porque no es la primera vez que la novela trata el caso de un suceso visto o juzgado desde diversos ángulos, es decir, sobre el cual las versiones disienten entre sí, pero es, quizá, la primera vez que no se queda en inteligente artificio, en ingeniosa especulación intelectual, ya que las consecuencias anímicas de las dos versiones que el protagonista de esta novela conoce (y aún esa "tercera versión" que la muerte del tercer testigo impide conocer) actúan sobre su sensibilidad, le dictan reacciones antagónicas y perdurables, terminando por influir decisiva y fatalmente en todos sus actos como presencias vivas, resultando de ello que lo que algún otro autor utilizó como juego más o menos policial y adivinatorio, se convierte en *La Tercera Versión* en verdadera raíz de un fino estudio psicológico y en el color más efectivo de la narración por sus derivaciones. De tal manera Pablo, el personaje central, se nos va delimitando a compás de su mismo relato, no por su cuerpo material-espiritual en sí como ecuación de su propia figura, sino por el contorno que los otros actores —la madre,

especialmente— le van dibujando en razón de las palabras, los incidentes, las situaciones y los consiguientes choques que provocan su íntima y externa confrontación con aquéllos. Ahí está su niñez sensible y reservada atenta al oculto sentido de las frases que oye; intuyendo el misterioso fin de su padre muerto por y de no sabe qué; falsamente educado por una madre empeñada en el recuerdo, quizás en el remordimiento; infante introspectivo, maleable, fácil de impresionar, siente llegar la adolescencia conformado por ese ambiente de enconos y medias palabras que termina por gravitar para siempre en su vida.

Sylvina Bullrich Palenque atiende válidamente los numerosos resortes que complementan la novelística; maneja con precisas graduaciones la tónica del relato, mateniendo el coherente interés del lector sin abusar de recursos detonantes, provocadas sorpresas ni defraudaciones, dejando con habilidad una puerta abierta hacia el misterio, librada a cada imaginación: esa “tercera versión”, quizás inexistente, que, de revelarse, pudo ser la salvación de Pablo y, probablemente, la perdición de la novela.

La Tercera versión, que lleva la faja de libro recomendado por la Sociedad Argentina de Escritores, declina su transcurso para terminar con aquel mismo tono mesuradamente poético con que nos incitó en sus primeras páginas, sin que el recurso de algún toque sentimental en sus postrimerías alcance a molestarlo muy visiblemente.

JUAN G. FERREYRA BASSO

THEODOR REIK: *Treinta años con Freud* (Imán, Buenos Aires, 1944). —

La gran celebridad de Freud y el universal conocimiento de sus escritos contrasta con lo poco que se sabe acerca de su vida privada. Esto explica el interés que despierta el título de la obra de Reik; el lector espera algo así como: “Sigmund Freud en pantuflas”. De las cuatro partes en que se divide el libro, sólo la primera corresponde al título y gusta por su sabor a cosa vivida; las restantes son simples comentarios sin trascendencia. Los “Recuerdos de Sigmund Freud” y “Última visita a Freud” se leen con agrado, y se percibe un esfuerzo del autor por hacer una exposición sincera y justa. No siempre lo logra, influenciado, sin duda, por su gran cariño a Freud. Así, cuando dice: “Hasta su edad, madura Freud se mantuvo abierto a las ideas y los pensamientos originales en

psicoanálisis. Los acogía sin prejuicios, aunque no estuviera de acuerdo con ellos...”, lo que no está de acuerdo con ciertas conocidas actitudes del Padre del Psicoanálisis: su rompimiento con Ferenczi, por ejemplo.

En resumen: en una edición impecable —como todas las de “Imán”— un documento interesante y, en conjunto, una decepción.

ALBERTO M. BROWNE

MANUEL GÁLVEZ: *Vida de Sarmiento* (Emecé, Buenos Aires, 1945); RENÉE PE-REYA OLAZÁBAL: *Mitre* (Ciordia y Rodríguez, Buenos Aires, 1945). —

Los pintores hacen su autorretrato de dos maneras: una, la menos representativa, pintándolo directamente; otra, la más valiosa, pintando un árbol, o unos caballos, o la destrucción de Sodoma y Gomorra. Un árbol de Van Gogh, en efecto, no es un árbol de Millet, aunque ambos hayan escogido el mismo modelo, por la simple razón de que Van Gogh no es igual a Millet. Suponer que se puede pintar o relatar algo “tal como es” significa incurrir en el prestigioso y difundido realismo ingenuo; porque los artistas no se dividen en aquellos que describen la realidad “tal como es” y aquellos que la describen “tal como la ven”. Todos la describen tal como la ven, todos dan de ella una pintura subjetiva, personal. Con una diferencia: los que creen ser realistas y objetivos sólo alcanzan a ser desprevenidos y, por lo tanto, equivocados subjetivistas. Y se equivocan por varias causas: en primer término, porque parten de un preconcepto de la realidad y luego buscan a su alrededor aquellos elementos que se ajustan a él, desechando los otros, de modo que en lugar de pintar la realidad tal como es, apenas si logran deformarla en la medida en que la empobrecen. Abundan, por ejemplo, cierta clase de escritores que suponen que la realidad es exclusivamente ignominiosa, con el resultado de que su literatura, bajo pretexto de ser realista, es repugnante y falsa.

De una manera o de otra, todo lienzo es un autorretrato y toda obra literaria una autobiografía. Pero hay una forma especialmente peligrosa de escribir autobiografías: escribir biografías ajenas, porque podemos atribuir al héroe retratado las pasiones del autor. Émile Zola, representado por Paul Muni, es una especie de falsa carta donde los rasgos secretos de Muni subsisten bajo los rasgos aparentes de Zola. Por eso los hombres históricos se convierten en algo así como

palimpsestos que la historia va raspando continuamente para inscribir en ellos cosas nuevas. Y en lugar de un ente Zola, se va creando un extraño, hipostático, renaciente serial: Zola-Manet-Paul Muni-etc.

Con la modestia que nos caracteriza, también en nuestro país estamos contribuyendo a la concepción de estos seres tetradimensionales, que se prolongan en el tiempo como el gusano de Eddington o como esos dioses que van cambiando de nombre, vestidura y poder a medida que atraviesan tierras y generaciones. Manuel Gálvez, después de retratarse en numerosas novelas, ha resuelto entrar a formar parte de algunos de estos entes. Ya teníamos Irigoyen-Oyhanarte-Molinari-Gálvez y Rosas-Sarmiento-Ibarguren-Gálvez. Ahora emerge Sarmiento-Gálvez.

Dios sabe cuán poco me interesan la inteligencia y las pasiones de Manuel Gálvez para que me decida a explorar estos voluminosos seres tetradimensionales. Allá queden ellos, a la espera de alguna recompensa escandinava. Me basta con haber leído alguna crítica sobre la nueva biografía de Gálvez y haberme enterado de que los atributos personales que alaba en Rosas, en Sarmiento le parecen ejemplos de ignominia. Con lo cual no sabemos, seguramente, cómo eran Rosas y Sarmiento, pero sí sabemos cómo es Manuel Gálvez. En defensa de Gálvez me aseguran que escribe correctamente. Es una acusación más. Es como si se pretendiera salvar la vida del señor Messerschmidt con el argumento de que sus aviones están bien contruidos.

En los momentos actuales, los libros que relatan y analizan la vida de los hombres que formaron o deformaron el país deben ser juzgados, más que por sus valores estilísticos o gramaticales, por la intención que llevan. Nadie duda que Manuel Gálvez lleva una peligrosa intención al escribir, en uno de los períodos más oscuros de nuestra historia, una vida de Rosas y otra de Sarmiento. En caso contrario, habría elegido personajes menos estratégicos.

Renée Pereyra Olazábal, en cambio, hace una defensa de la libertad y de las virtudes cívicas a través de una vida disputada por dos fuerzas opuestas: la vocación pacífica, humanística de Mitre, y el destino brutal que lo conduce, una y otra vez, a tomar la espada. Quizá no se podría hacer mayor elogio de Mitre que éste: sentir repugnancia hacia la espada y empuñarla. Es necesario que alguien cuente al hombre de América del Sur la vida de estos próceres que se hacían generales por deber, pero que dejaban el uniforme en cuanto les era posible.

La autora declara modestamente que ha escrito una obra para el lector medio. Y lo consigue. Aunque en las páginas de *Mitre* se adivina un honesto esfuer-

zo documental, quizá algunos censuren cierto exceso de patetismo o ciertos adjetivos que conspiran contra su calidad literaria. Estos reparos serían injustos, porque la autora no se ha propuesto hacer una obra de mera literatura, sino ofrecer al ciudadano de nuestros días el documento de una vida ejemplar. Sería tan injusto como criticar al mismo Mitre desde el punto de vista literario, dejando en segundo plano su grandeza de espíritu para entrar a juzgar el estilo de ciertas frases o actitudes de su vida real.

E. S.

DESPEDIDA A ROGER CAILLOIS

*Transcribimos las palabras que pronunció
Victoria Ocampo en la comida que ofrecieron a
Roger Caillois un grupo de colaboradores y
amigos de SUR:*

Roger Caillois regresa a Francia después de haber pasado seis años en la Argentina. No es éste un discurso de despedida, pues pienso que volverá a un país donde lo quieren y que Caillois quiere. Ni siquiera es un discurso. Deseo sencillamente recordar por qué motivos Caillois vino a Buenos Aires y de qué manera trabajó entre nosotros.

Paulhan, el director de la N.R.F., me había hablado con entusiasmo de un joven colaborador de su revista y Supervielle me lo presentó en París, en 1939. Pude comprobar entonces que lo que me decían de Caillois no era en modo alguno exagerado. Por eso la revista SUR, en julio del mismo año, lo invitó a que diera en Buenos Aires un ciclo de conferencias sobre mitología. Dos nuevos escritores franceses me parecían revelar dotes extraordinarias: Sartre y Caillois. Me sorprende un poco tanta perspicacia.

Terminado su ciclo de conferencias para SUR, Caillois pronuncia otras en la Facultad de Filosofía y Letras, en Amigos del Arte, en la Sociedad Hebraica y en las provincias.

En septiembre del 39 estalla la guerra. Caillois, declarado inapto para hacer el servicio militar, permanece en nuestro país. De marzo a junio del 40 trabaja en el servicio de prensa de la Embajada Francesa. Cuando se firma el Armisticio,

abandona la Embajada, comprendiendo que esta guerra nuestra es una guerra de coalición contra el nazismo. Caillois, de los primeros en unirse al grupito formado en torno de Albert Guérin, continúa luchando con las armas de su oficio de escritor.

Hacia fines de 1940 pronuncia diez conferencias sobre la *Naturaleza de los regímenes totalitarios* en la revista SUR y cuatro conferencias sobre el mismo tema en la Universidad de Montevideo; de esta segunda serie, sólo la primera conferencia es propagada por radio, pues la Legación Alemana hace una reclamación ante el gobierno uruguayo.

En julio de 1941 funda la revista "Lettres Françaises", donde colaboran los mejores escritores franceses que han permanecido en Francia y aquellos que se refugiaron en el extranjero. En Londres, en Nueva York, en el Canadá, en Egipto, hasta en París mismo —donde algunos números entran clandestinamente—, "Lettres Françaises" es considerada como la mejor revista que se haya publicado en lengua francesa durante la ocupación.

En Londres, en 1944, se hace de "Lettres Françaises" una edición antológica en papel Biblia y en formato reducido. Esta edición es arrojada por aviones en la Francia ocupada.

Después de la liberación de Francia, los escritores franceses han dicho con qué emoción conocieron la existencia de esta revista que mantenía en tierra libre el prestigio y las cualidades de la literatura francesa.

Junto con la revista aparecen ediciones que unen a la cuidadosa impresión tipográfica un extremado rigor en la elección de los textos. Debe citarse, especialmente, las bellísimas ediciones de los poemas de Saint John Perse, *Exil* y *Pluies*, y esa especie de obra maestra de artesanía que es la edición de un capítulo de Victor Hugo, ilustrado por André Masson. Por último, Roger Caillois publica una serie de diez volúmenes pequeños, costeados por franceses o amigos de Francia, que se venden a integral beneficio de las obras que sostiene el Comité Francés de Socorro a las Víctimas de la Guerra. Es la colección "La Porte Étroite", que, como las demás publicaciones de "Lettres Françaises", se recomienda por la elegancia de su presentación y la calidad de su contenido.

Al mismo tiempo, Roger Caillois es profesor. En 1942 participa en la fundación del Instituto Francés de Estudios Superiores, donde enseña Sociología e Historia de las Religiones. Este Instituto, bajo el impulso de Weibel Richard, ha llegado a ser el gran centro de la cultura francesa en la Argentina.

Pero Roger Caillois es sobre todo escritor. Publica primeramente en "La Nación" una serie de artículos sobre la novela, que reúne en su libro *Sociología de la novela*, aparecido simultáneamente en Buenos Aires y en Marsella, en la Francia no ocupada.

Después de un viaje a la Patagonia, en que llega hasta el Estrecho de Magallanes, escribe la meditación lírica *Patagonie*, publicada en Buenos Aires y bien pronto reproducida en Nueva York y en Alger.

También publica *La roca de Sísifo*, cuyo texto es aún inédito en francés, y *La communion des forts*, aparecido en México en 1943 y que ha sido réimpreso en el París liberado, en febrero de 1945.

Publica, además, en Buenos Aires y en Alger un librito lleno de substancial severidad: *Les impostures de la poésie*. En este momento aparece en México, después de haber sido traducido su libro *L'homme et le sacré*, un *Discours sur l'esprit de sectes*, análisis abstracto —y libre de toda alusión a los acontecimientos contemporáneos— de los principios y de la naturaleza de los regímenes totalitarios.

Asimismo escribe en los principales diarios y revistas del continente; para sólo citar los más importantes: de la Argentina, en SUR, "La Nación", después "La Prensa", y "La France Nouvelle"; del Brasil: en "Corréio da manha", de Río, en "Estado de Sao Paulo", de San Paulo, y en la revista "Planalto"; de México: en "El hijo pródigo" y en "Cuadernos Americanos"; de los Estados Unidos: en la revista "Renaissance", de la Escuela Libre de Altos Estudios, en VVV, de André Breton, y en "Hémisphères", del poeta Ivan Goll, así como en publicaciones propiamente americanas, como "View", "Books Abroad", "The Sewanee Review" y sobre todo "Commonweal", donde ha llegado a ser uno de los más importantes colaboradores.

Fuera del continente publica ensayos en aquellas revistas que a semejanza de la suya luchan para mantener el brillo de la inteligencia y del espíritu francés: "La France Libre", de Londres; "Fontaine", de Alger.

Pero ha sido en América del Sur donde ha podido unir a sus escritos la acción de su palabra. Habla en francés, y hasta en español, en las principales ciudades de la Argentina. Habla en Uruguay y en Chile. Viaja al Brasil, donde habla en Río, San Paulo, Puerto Alegre, Bello Horizonte, Bahía, etc. En todas partes muestra el rostro de una Francia joven y generosa, atenta a los problemas del espíritu y de la hora.

Director de revista, profesor, escritor, publicista, editor, conferencista, Roger Caillois no ha cesado de trabajar por Francia durante sus seis años de permanencia en la Argentina. Venciendo muchas dificultades, sin desalentarse nunca —y puedo garantizar a ustedes que eso no era siempre fácil—, nos ha dado de Francia lo que siempre esperamos de Francia: obras de calidad: *calidad*.

Entre nosotros ha sabido mantener el nivel intelectual y espiritual de un país cuyo prestigio nos es tan precioso. Ignoro si la mayoría de sus compatriotas y de los míos apreciarán en su justo valor el logro y el alcance de sus esfuerzos. Vivimos en una atmósfera turbia. El humo de los campos de batalla no se ha disipado aún y esconde muchas cosas. Pero sé, en todo caso, que en Francia y en América hay hombres y mujeres que comprenden lo que ese logro y esos esfuerzos representan, y que no lo olvidarán.

Paul Valéry me escribía en junio del 40: "Victoria: trabaje bien por nosotros, porque es por ustedes, por la salvación del espíritu, que nosotros luchamos. Estos monstruos desencadenados e inexplicables son como una especie animal nociva y formidablemente armada con la cual las relaciones del hombre con el hombre han demostrado ser imposibles. Hay que destruirlos o ser destruídos.

"Sucedá lo que suceda, le ruego que haga en la Argentina todo lo que pueda por nuestra causa, que es la suya, que es la del espíritu libre y de las creaciones intelectuales desinteresadas."

Roger Caillois: usted dirá a Paul Valéry que durante estos años de guerra, SUR ha hecho todo lo que ha podido por esa causa, que es también la nuestra. Y que nos sentíamos orgullosos de tener a nuestro lado a un joven francés que representaba la Francia que amamos. La de San Luis, rey de Francia, que prefería ser leproso a caer en pecado mortal, y la del Sir de Joinville, senescal de Champagne, que prefería, por el contrario, haber cometido treinta pecados mortales que llegar a ser leproso, según Péguy. La de los hombres que dicen lo que piensan y no temen contrariar ni siquiera al rey, ni siquiera al santo (ni siquiera al "maréchal"). La Francia de los hombres que hasta cuando aman a Dios lo aman como hombres responsables y libres.

PREMIOS

La Sociedad Argentina de Escritores otorgó el Gran Premio de Honor a Jorge Luis Borges por su libro Ficciones. Al final del banquete que le ofrecieron con ese motivo, Borges pronunció las siguientes palabras:

Me conmueve, me enternece, me enorgullece, la distinción que acaban de depararme. No sé cómo expresar mi agradecimiento, sin que lo contaminen de algún modo la humildad o la vanidad. El destino ha tramado sabiamente las circunstancias de este honor: la singular calidad de los escritores que forman el jurado, la unanimidad de su fallo, la victoria y la paz, que parecen permitir la felicidad sin remordimiento, los veinte años de tarea crepuscular que han precedido a la donación de este símbolo. Mitrídates Eupator (si no en la mera realidad, en los versos alegóricos de Emerson) se alimentaba de azarosos venenos; también el hombre se alimenta de sombra, de amargura, de frustración, de inacabables tardes inútiles y de olvido.

Me alegra que la obra destacada por el primer dictamen de la Sociedad de Escritores sea una obra fantástica. Hay quienes juzgan que la literatura fantástica es un género lateral; sé que es el más antiguo, sé que, bajo cualquier latitud, la cosmogonía y la mitología son anteriores a la novela de costumbres. Cabe sospechar que la realidad no pertenece a ningún género literario; juzgar que nuestra vida es una novela es tan aventurado como juzgar que es un colofón o un acróstico. Sueños y símbolos e imágenes atraviesan el día; un desorden de mundos imaginarios confluye sin cesar en el mundo; nuestra propia niñez es indescifrable como Persépolis o Uxmal.

Así, durante muchos años, yo creí haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de un largo muro, y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses. Palermo del cuchillo y de la guitarra andaba (me aseguran) en las esquinas, pero quienes poblaron mis mañanas y dieron agradable horror a mis noches fueron el bucanero ciego de Stevenson, agonizando bajo las patas de los caballos, y el traidor que abandonó al amigo en la luna y el viajero del tiempo, que trajo del porvenir una flor marchita, y el genio encarcelado durante siglos en el cántaro salomónico y el profeta velado del Jorasán, que detrás de las piedras y de la seda ocultaba la lepra. Han transcurrido más de

treinta años, ha sido demolida la casa en que me fueron reveladas esas ficciones, he recorrido las ciudades de Europa, he olvidado miles de páginas, miles de insustituibles caras humanas, pero suelo pensar que, esencialmente, nunca he salido de esa biblioteca y de ese jardín. ¿Qué he hecho después, qué haré, sino tejer y destejer imaginaciones derivadas de aquéllas?

De los libros que desde entonces he publicado, no me desplacen dos: el primero, que de un modo secreto pero sensible, prefigura a los otros; el último, que contiene y supera a los anteriores. Tengo a medio imaginar, a medio escribir, otra serie de cuentos. El tema del primero es una inscripción que hace un siglo de siglos dejó un dios en este planeta para que fuera descifrada y obedecida en el fin de los tiempos; esa inscripción (que no comprendemos aún) son las rosetas jeroglíficas que decoran la piel de los jaguares. El del segundo —que ocurre en la frontera del Brasil— es un contrabandista argentino que conspira contra el capitán de la banda; sus graduales maniobras son victoriosas, pero comprende al fin, antes de que lo derribe un balazo, que desde la primera lo han denunciado, y que le han permitido hacer lo que ha hecho, porque ya estaba condenado a morir, porque ya lo daban por muerto. Otro, el más ambicioso, describe una indiferente y ruinoso comunidad de hombres inmortales; en esos hombres, como en vastos espejos, se consideran los problemas de la ética y de la identidad personal. Otra de esas ficciones constará de un diálogo tranquilo y abstracto; gradualmente se comprenderá que sucede en un arrabal de Jerusalén; gradualmente, se comprenderá que los interlocutores son Judas y Jesús...

Quiero añadir algunas palabras sobre un problema que el nazismo propone al escritor. Mentalmente, el nazismo no es otra cosa que la exacerbación de un prejuicio del que adolecen todos los hombres: la certidumbre de la superioridad de su patria, de su idioma, de su religión, de su sangre. Dilatada por la retórica, agravada por el fervor o disimulada por la ironía, esa convicción candorosa es uno de los temas tradicionales de la literatura. No menos candoroso que ese tema sería cualquier propósito de abolirlo. No hay, sin embargo, que olvidar que una secta perversa ha contaminado esas antiguas e inocentes ternuras y que frecuentarlas, ahora, es consentir (o proponer) una complicidad. Carezco de toda vocación de heroísmo, de toda facultad política, pero desde 1939 he procurado no escribir una línea que permita esa confusión. Mi vida de hombre es una imperdonable serie de mezquindades; yo quiero que mi vida de escritor sea un poco más digna.

PREMIO IMPRENTA LÓPEZ

El premio Imprenta López fué otorgado a Estela Canto por El muro de mármol y, en segundo término, a Alejandro Magrassi por La Caa Yari. La entrega de los premios se realizó en la Casa del Teatro. Hablaron Ezequiel Martínez Estrada, presidente de la Sociedad Argentina de Escritores, Victoria Ocampo, en nombre del Jurado que otorgó los premios, Lorenzo Luzuriaga, en representación de la Editorial Losada, encargada de distribuir los libros premiados, y José López Soto, en nombre de la Imprenta López, quien anunció que la empresa que él dirige ha resuelto dar a ese premio un carácter permanente. Reproducimos el discurso de Victoria Ocampo:

La Imprenta López no parece poder contentarse con imprimir libros de manera cada vez más perfecta: necesita ahora recompensar generosamente a quienes los escriben. Busca la manera de estimularlos para que pongan en su trabajo el cuidado y la tenacidad que ella pone en el suyo. Pues si el talento es un don de los dioses que no se adquiere, ni con ayuda de una larga paciencia, el desmonte, la explotación (en el sentido noble del término) del talento, dependen de una rigurosa disciplina y los que no se someten a ella no aislarán jamás el radium puro del pechblenda.

En este país no escasea el talento, pero sí una disciplina que implica sacrificios. El número de hombres dispuestos a infligírselos es reducido.

El oficio de escritor, como todos los oficios, más que cualquier otro oficio, exige un largo aprendizaje para quien pretenda adueñarse totalmente de sus técnicas. No basta estar en las batuecas para que la inspiración baje del cielo. Si el terreno no ha sido preparado de antemano, la Inspiración con mayúscula se empana en el camino, no llega a la meta y el genio eternamente hundido en las arenas movedizas del soñar se queda en el dominio de "lo que hubiera podido ser y no es".

Pocas personas entre nosotros toman en serio este difícil y delicado oficio de las letras que exige, lo repito, el don de los dioses y una rigurosa disciplina. Quiero decir que pocas personas tienen conciencia de que ese oficio no tiene más relación con lo improvisado que el del ebanista o el del fabricante de instrumentos de precisión.

Encontramos un ejemplo patente de lo que afirmo en la actitud generalmente adoptada frente al problema de las traducciones. La mayoría de las gentes se

figura, en nuestro país, que no hay tal problema; que basta saber inglés, o francés, o italiano (saberlos superficialmente, entendámonos) para poder de buenas a primeras traducir de manera fiel o tolerable al español (sabido con igual superficialidad). Cualquiera se creará con derecho a proponerse como traductor de cualquier cosa. Y lo grave es que ese cualquiera encontrará finalmente a alguien capaz de darle cualquier cosa para traducir. Ese alguien hará luego imprimir y publicar la traducción. Resultado: el libro que veremos expuesto en los escaparates de las librerías será verdaderamente cualquier cosa, excepto buena literatura.

Recordemos lo que escribe Gide sobre las traducciones de Shakespeare (en su prefacio a la edición de la *Pléiade* de Gallimard). ¡Cuántos escrúpulos, cuántas dudas, cuántos tormentos! Aun cuando se dé con equivalentes justos, asegura, el halo de reminiscencias y de evocaciones, los armónicos que brotan de las palabras son diferentes e intraducibles de un idioma a otro. La traducción es, en efecto, arte sutil e intrincado en que las cualidades intelectuales y morales del traductor son sometidas a una prueba decisiva. Pues se necesita tanta inteligencia como probidad, tanta ciencia como abnegación, tanta intuición como paciencia para la tarea.

A juzgar por la cantidad de manuscritos recibidos en la Imprenta López, el número de los aficionados a las letras es muy grande. Pero en las letras como en la religión, las verdaderas vocaciones son raras. Muchos son los llamados, pocos los elegidos.

Uno de los signos inequívocos de la vocación es la perseverancia a través de todas las dificultades, obstáculos y desconocimientos; a pesar de las propias deficiencias, de las propias torpezas y de los desaires y burlas ajenas. La vocación es una fuerza misteriosa y nada la descorazona definitivamente. Algo hay en ella de milagro puesto que salva a ciertos seres, a menudo tan frágiles y sensibles de un debilitamiento mortal de todas sus energías.

Los dos premios del Concurso de la Imprenta López van sin duda a escritores que han perseverado por vocación. El autor de *La Caa Yari*, novela de los verbales misioneros, que obtuvo el segundo premio, nació en Lomas de Zamora en 1899. A los doce años, Alejandro Magrassi fundó una "revista" (entre comillas) de la cual, según cuenta, editaba un solo ejemplar que nadie más que él leía. Ésa fué la primera etapa. Después colaboró en otras revistas, viajó mucho por

el interior de la República. Publicó varios libros. *La Caa Yari*, dice su propio autor, es sólo una rama arrancada a un gran árbol. Forma parte de una larga novela en dos tomos de quinientas páginas cada uno. En esta obra de mérito trabaja Magrassi desde hace doce años y vive enteramente consagrado a la literatura. A una literatura que trata de problemas y ambientes muy nuestros.

El primer premio de este concurso ha sido otorgado a *El muro de mármol*. Y da la casualidad que el autor de esa novela —cuyo verdadero nombre ignorábamos— es una mujer. Es decir, que las dificultades, los obstáculos han debido multiplicarse a su paso, con todo el cortejo de desconocimientos, de insuficiencias y torpezas propias, de desaires y burlas ajenas.

Si la simple vocación es indispensable para asegurar la perseverancia del hombre en el duro y deleitable oficio de las letras, una vocación reforzada de terquedad frenética lo es en la mujer.

A pesar de que vivamos en el año 1945; a pesar de que la mujer haya probado copiosamente su capacidad de luchar y morir con heroísmo junto al hombre, en una guerra repelente y monstruosa, decidida y conducida por él; a pesar de haber compartido con él todos los riesgos; a pesar de haberse resignado a que sus niños los compartan; a pesar de haberse mostrado colaboradora prolija y eficaz del hombre en cualquier tarea —excepto en aquellas que exigían ante todo fuerza muscular—, la mujer no ocupa aún, sobre todo en los países no anglosajones o nórdicos, el sitio que le corresponde.

Un gran escritor del siglo XVIII decía a propósito de una mujer predicadora: "Es como un perro que camina con las patas traseras. No lo hace bien; pero sorprende que lo haga."

Virginia Woolf creía que ésa era todavía la opinión de mucha gente sobre las mujeres que no se limitan a zurcir medias. Noten ustedes que digo "las mujeres que no se limitan". Zurcir medias es también muy necesario y meritorio aunque aburrido. Y sobre todo, no nos dejemos influir por cierta propaganda hábilmente manejada por los Goebbels latinos del anti-feminismo. Las mujeres que cultivan su inteligencia no sólo son aptas para convertirse en mejores madres sino, a veces, en mejores cocineras, cuando se lo proponen. He conocido algunos ejemplos deslumbradores. Las más transparentes jaleas, los más sabrosos huevos revueltos que he comido no habían sido cocinados por fregonas.

El hecho de haber concebido, dado a luz, alimentado, lavado, vestido, peina-

do, vigilado, cuidado, acariciado a mil ochocientos noventa y dos millones de seres humanos (la población del planeta) quita a la mujer, por lo visto, el derecho de elegir quién ha de gobernar a los que ella trajo al mundo y cómo han de ser gobernados. A Virginia Woolf (que cocinaba muy bien) le parecía, de parte de quienes han establecido estas leyes, caballeros andantes no lo dudamos, un atropello intolerable y una cómica excentricidad. Si viviéramos en algún astro remoto y nos contaran estas costumbres de la pobrecita tierra, nos reiríamos percibiendo sobre todo, el lado cómico, y diríamos: "¡qué disparate!" Pero no vivimos en un astro remoto y nos cuesta a menudo reírnos de disparates que nos tuercen la vida y el corazón.

En los países civilizados, la mujer sólo ha obtenido el voto después de luchas penosas. En los otros ya sabemos que no cuenta. Se da la preferencia al analfabeto de sexo masculino. En ellos puede realizarse el milagro de la ciencia infusa, pero en nosotras, pobres mujeres, ni la ciencia adquirida con desvelos sirve.

Sin embargo, se habló de abolir la discriminación de raza y sexo en un paraje llamado Chapultepec. Hasta creo que se firmaron papeles. ¿Serán los que el viento se llevó?

No crean, señores míos, que caigo en este momento en digresiones sin relación con el primer premio de la Imprenta López. El autor de la novela que lo recibe es, por casualidad, una mujer. Y por casualidad (o imprudente galantería de sus compañeros) es también una mujer quien toma la palabra en nombre del jurado. La ocasión era demasiado tentadora para desperdiciarla. Por otra parte, no cabe duda de que el handicap de la mujer repercute desde hace siglos en el desarrollo de sus facultades, y conviene tomarlo en cuenta.

He querido saber si Estela Canto, mujer de otra generación que yo, pero nacida en mi propio país, había tropezado con las mismas dificultades que amenizaron mi juventud y la de mujeres inglesas, francesas, americanas, célebres hoy día y que tuve la suerte de admirar, querer y frecuentar.

Pues bien, las cosas, por lo menos respecto al caso presente, han variado apenas.

He interrogado al autor de *El muro de mármol* sobre su vocación literaria y los obstáculos que encontró en su camino. Me dice que a los 13 años empezó a escribir un diario pero con vergüenza, como si fuera pecado. Para una mujer escribir era un pecado. En la mujer la inteligencia debía conservarse como un

terreno baldío. Una sabia prudencia lo aconsejaba. Hasta convenía disimular la inteligencia para no espantar a los futuros candidatos a marido. El marido era la única meta de la vida. Y sólo convenía saber de los libros y de la vida lo que a él podría agradaarle que ella supiera. Ni más ni menos. Pero más bien menos que más. Una inteligencia cultivada a fondo era señal de atrevimiento. Pondría en fuga a los festejantes o los molestaría con el cosquilleo de desagradables aprensiones.

La historia se repite.

En la rectoría de Haworth las hermanas Brontë escondían sus cuadernos para no humillar al padre. ¿Cómo no iba a ser humillante comprobar que el genio se había equivocado de sexo y dejado a un lado al varón de la familia?

Felizmente Estela Canto a quien no se soñó en dar una instrucción sólida (¿para qué?) encuentra un aliado: su hermano. Lee los libros en que él estudia. Descubre la literatura junto con él y así se descubre a sí misma. Más tarde se emancipa gracias al trabajo. Un trabajo que yo llamaría manual. Entra de dactilógrafa en una compañía norteamericana. Sigue escribiendo y esconde en un cajón sus garabatos. ¡Ah, cuántas mujeres de todas las clases y países y siglos habrán repetido ese ademán!

El hecho de ganar un sueldo le da a Estela Canto cierta confianza en sí misma, más ánimo y firmeza. Cambia varias veces de empleo y entra finalmente en una fábrica importadora de camiones y autos Willys. Su trabajo está mejor pagado pero es cansador. De noche sueña todavía con el: "Dear Sir [—se lo dictan en pesadillas—]: we beg to acknowledge receipt of yours dated, etc." Economiza para pagarse tres meses de vacaciones. Vacaciones para escribir. Después de los tres meses busca un trabajo que le deje tiempo disponible para seguir la tarea que le interesa. Pues siente necesidad de escribir, bien o mal, pero de escribir. Y escribe. Así llega al concurso de la Imprenta López su novela.

El muro de mármol está hecho de esa obstinación, de ese amor por las letras, de esos momentos robados a otro trabajo — el manual.

La obra se presta a más de una crítica. Y deseo que se las hagan. No hay nada más saludable para un joven escritor, nada que lo entone y lo ayude como una crítica severa y justa. De esa forma de apoyo espiritual carecemos casi totalmente en Buenos Aires. La crítica es aquí, salvo honrosas excepciones, alabanza desmedida, impúdica adulonería o agresión soez y malintencionada. A menos que no sea insulso palabrerío.

El muro de mármol, historia de un adolescente que como todo adolescente lleva adentro un drama, está escrito en primera persona, pero no es un monólogo. Tiene acción interior y exterior. El protagonista piensa, siente, analiza a la vez que actúa.

La acción transcurre en dos ambientes: el de un hogar de comerciantes de la clase media y el de la ciudad de Buenos Aires. Con idas y venidas en el tiempo, el drama pasional se desarrolla en una ciudad gris, en una sociedad sin forma que es *América in the making*.

Estela Canto, como todas las mujeres que escriben —por lo menos las latinas—, es una autodidacta. Al hablar de su vida he querido subrayarlo. Nadie la alentó a escribir, ni a instruirse; sucedió más bien lo contrario.

Los escritores son como ciertas plantas muy sensibles al clima. Hay climas en que se debilitan y palidecen. Contra padecimientos de esa especie han tenido que luchar en sus comienzos la casi totalidad de las mujeres con vocación literaria. Tengámoslo presente.

Espero que el premio ganado por Estela Canto al iniciarse su carrera creará en torno suyo esa atmósfera de estímulo vivificador a la que somos todos mucho más sensibles de lo que imaginamos.

Como en la familia de Estela Canto, en la mía, cuando yo era chica y mi institutriz alababa mi memoria (mi memoria, no había de qué sentirse muy ufana), yo oía decir: "Qué lástima que no sea un varón. Hubiera podido seguir una carrera." Aquí, en esa época, a nadie se le ocurría que una mujer pudiera seguirla. Y yo, haragana rematada y amiga de hacer la rabona, pensaba: "¡Qué suerte! No estudiaré más que lo que me guste." Pero no tardé en descubrir que lo que me gustaba era mirado con desconfianza, inquietud y hasta consternación por quienes velaban por mi educación. Digo educación, porque en cuanto a la instrucción pronto me di cuenta de que tendría que ocuparme yo misma en administrármela.

Esto pasaba antes de la guerra del 14.

Dije, hace un momento, que el mundo no había variado mucho bajo ese aspecto, por lo menos en nuestro país. Sin embargo exagero, puesto que aquí me tienen bastante abrumada por el honor de representar a un jurado de hombres cultísimos, yo mujer ignorante. Y esto, para dar un primer premio a otra mujer ignorante, lo presumo, y cuya ignorancia he tratado de explicar.

Hablo sin asomo de ironía.

Nosotras, las mujeres, hemos sido y somos aún el verdadero proletariado del mundo. Bajo el delantal de brin o el abrigo de visón, somos el proletariado. Y estoy dispuesta a contestar a quien lo niegue.

Perdonen ustedes si he descuidado el aspecto puramente literario de esta ceremonia. El otro me parecía importante porque se trata de una mujer. El día en que caigan en desuso esas costumbres de trogloditas, les prometo que sólo se hablará de literatura en los concursos literarios, aunque sea una mujer quien reciba el premio.

Música

LOS CONCIERTOS DE OTOÑO

La temporada musical en Buenos Aires se inició con los tradicionales conciertos de otoño del Teatro Colón que fueron dirigidos por Albert Wolff y Fritz Busch.

El primero de ellos, dedicado a la música argentina, incluía en el programa dos novedades, las únicas que se registraron en la serie de conciertos, y entre ellas *Tres Pinturas de Paul Klee* op. 12 de Roberto García Morillo. En ocasión del estreno de la serie *Usher* en la Asociación Filarmónica hemos tenido ocasión de señalar las destacadas cualidades de este compositor que refirma en cada nueva obra su potente personalidad y su sólida técnica. Los cuadros de Paul Klee, pintor suizo perteneciente a la escuela expresionista, sirvieron a García Morillo para realizar tres fragmentos sinfónicos de gran originalidad, titulados "Composición cósmica", "Diosa lunar" y "Espirales". El autor ha conseguido realizar la transposición de la obra pictórica con recursos puramente musicales, evitando todo procedimiento impresionista. Lo irreal de la "Composición cósmica", la extraña sugestión del ídolo titulado "Diosa lunar" o la alucinante geometría de las "Espirales" son sensaciones percibidas por el oyente sin necesidad de la representación gráfica; surgen de las combinaciones orquestales o armónicas y de los diferentes

usos que realiza el compositor con los elementos dinámicos y agógicos. La obra, cuidadosamente ensayada, fué interpretada por el maestro Wolff con el carácter y precisión requeridos. El programa incluía además la *Obertura criolla op. 20* de Drangosch, *Dos danzas argentinas* de Aguirre, *Sexta Sinfonía* de Williams, *Scherzo* de Viacaba y el *Salmo CL* para coro y orquesta. Merece destacarse la actuación que le cupo al maestro Albert Wolff en la preparación y dirección de este concierto. Rehuyendo el éxito fácil y rindiendo un homenaje a la música argentina, estudió con cariño las obras mencionadas. Cuando encontramos intérpretes musicales que de la Argentina sólo les interesa el dinero que en ella reciben, el gesto de Albert Wolff se magnifica y sirve de ejemplo.

El citado director tuvo a su cargo dos conciertos más dedicados a la música francesa y a la música rusa. En el festival francés se escucharon: la obertura de *Pénélope, Pelléas et Mélisande* y la obertura de *Masques et Bergamasques* de Fauré, *La Mer* de Debussy y la *Rapsodia Española* y el *Bolero* de Ravel. Fué un hermoso homenaje al genio inmortal de Francia representado por tres de sus más grandes músicos, quienes tuvieron en Wolff a un expresivo intérprete. El programa de música rusa estaba integrado por el preludio de *Khovantchina* de Mussorgsky, *Capricho Español* de Rimsky-Korsakoff, *Cuadros de una exposición* de Mussorgsky-Ravel y *Pedro y el lobo* de Prokofieff.

Fritz Busch dirigió los tres conciertos de abono restantes. El festival Brahms, con la *Obertura Trágica*, *Variaciones sobre un tema de Haydn*, *Tercera Sinfonía* y *Tres Danzas Húngaras*, fué un índice de la popularidad que ha adquirido en los últimos años este genio de la música alemana. La solidez arquitectónica y la severa emoción de las obras de Brahms entusiasmaron al auditorio. El programa dedicado a autores vieneses comprendía: *Sinfonía Nº 101* de Haydn, *Concierto para dos pianos y orquesta* de Mozart, en que lucieron sus dotes pianísticas Tila y John Montés, la obertura de *Leonora* de Beethoven y el *Tedeum* de Bruckner para solistas, coro y orquesta, en que actuaron María de Benedictis, Zaira Negroni y Carlos Feller, bien secundados por el coro preparado por el maestro Rafael Terragnolo, sabio e insustituible en su difícil misión. Y por último, cerrando el ciclo de abono, el maestro Busch dirigió una audición de música romántica alemana, en que figuraban: *Sueño de una noche de verano* de Mendelssohn (solistas: Amanda Cetera y Clara Oyuela); *Sinfonía Inconclusa* de Schubert y *Cuarta Sinfonía* de Schumann. Fuera de abono se ofrecieron dos conciertos extraordinarios a cargo de Fritz Busch, quien repitió algunas de las composiciones mencio-

nadas, interpretando además el preludio de *Tristán, Viaje de Sigfrido por el Rin* y *Obertura de Tannhauser* de Wagner, y las *Sinfonías* N° 1 y N° 9 de Beethoven, obras en las que evidenció su profunda comprensión del estilo de estos compositores.

Sin dejar de reconocer la importancia del esfuerzo realizado por los artistas que actuaron en este ciclo, creo que el interés de los conciertos habría sido mayor si se hubieran ofrecido más novedades, pues los programas, en la mayoría de los casos, fueron formulados con un criterio muy tradicional. El Teatro Colón, que no tiene preocupaciones financieras, no sólo debe propender a la difusión de las obras maestras ya conocidas por el público, sino también dar a conocer otras obras que por su importancia ampliarían el panorama musical de nuestra ciudad.

La Asociación Wagneriana de Buenos Aires inauguró la temporada con un concierto sinfónico a cargo del maestro Albert Wolff. El programa incluía la obertura de *Guendoline*, la *Suite Pastoral* y la *Bourrée Fantasque* de Chabrier, el *Concierto N° 1 para piano y orquesta* de Liszt con la pianista Celia Fasce de Galián como solista, *La Peri* y *L'Apprenti Sorcier* de Dukas.

El conjunto de Cámara "Mozart" integrado por Humberto Carfi (violín), Héctor Senez (violín), José Puglisi (violoncelo), Miguel Colabella (contrabajo), Alfredo Montanaro (flauta), Pedro Di Gregorio (óboe), Filottete Martorella (clarinete), Angel Umattino (fagot), Salvador Vescovo (trompa) y María Esther Moro (arpa), ejecutó en la Wagneriana el *cuarteto N° 25* de Mozart, un *Terzetto* para flauta, óboe y viola del compositor inglés Holst en primera audición, *Feérie, prélude et danse* de Tournier y el *Septimino op. 20* de Beethoven. Los componentes de este conjunto son todos ellos hábiles instrumentistas que brindaron versiones equilibradas y expresivas. La creación del conjunto "Mozart" ha sido acertada, pues faltaba en nuestro ambiente una agrupación de esta naturaleza.

Adhiriéndose a los festejos tributados a Gabriel Fauré en su centenario, la Wagneriana dió una audición de música de cámara en la que la Sra. Claude Revel y los señores Rafael González, Carlos Pessina, Cayetano Molo, Luis W. Pratesi interpretaron el *cuarteto en do menor op. 15* para piano, violín, viola y violoncelo y varias composiciones para piano y para canto, géneros en los cuales el autor del *Requiem* dejó obras maestras.

Entre los solistas que hasta ahora han actuado en los distintos teatros de la capital se ha destacado Daniel Ericourt. Elegante en el fraseo, a la vez expresivo y sobrio en la interpretación y acertado en el estilo, es un brillante representante

de la escuela pianística francesa. En sus conciertos del Odeón ofreció ejecuciones de gran calidad, principalmente de la música moderna de su país.

Felicja Blumental, pianista polaca que se caracteriza por su interés en divulgar obras de compositores contemporáneos, intercaló en su programas composiciones de autores polacos y rusos, entre ellas *Sonatina* de Kabalewsky y *Seis Preludios* de Schostakowich, distinguiendo a la música argentina con la interpretación de *Canción triste y danza alegre* de García Morillo.

Entre los intérpretes argentinos debemos citar a María Inés Gómez Carrillo que acaba de llegar de los Estados Unidos, donde perfeccionó sus estudios de piano y composición. Reapareció en el Teatro Odeón, después de una ausencia de 4 años, evidenciando una técnica segura y un gusto ecléctico en la elección de su programa.

ALBERTO E. GINASTERA

Í N D I C E

	Pág.
Declaraciones sobre la paz, por <i>Victoria Ocampo</i>	7
Nota sobre la paz, por <i>Jorge Luis Borges</i>	9
La paz, por <i>Rafael Alberti</i>	11
Paz política y política de paz, por <i>Sebastián Soler</i>	12
Los derechos del hombre, por <i>Enrique Anderson Imbert</i>	16
Frente al futuro inmediato, por <i>Eduardo González Lanuza</i>	21
La única paz admisible, por <i>Ernesto Sábato</i>	28
Si vis pacem para pacem, por <i>Juan Adolfo Vázquez</i>	52
Introducción al mundo de la paz, por <i>Guillermo de Torre</i>	52
Paz nobis, por <i>Bernardo Canal Feijóo</i>	66
Sobre la paz, por <i>Enrique Amorim</i>	71
Paz militante, por <i>Luis Emilio Soto</i>	73



No puedo callarme, por <i>León Tolstoy</i>	79
François Mauriac visto por un inglés, por <i>Graham Greene</i>	100

N O T A S

Ernst Cassirer, por <i>Francisco Romero</i>	106
LIBROS: William James: "Problemas de la filosofía"; "Pragmatismo", por <i>Edmundo Concha</i>	108
Sylvina Bullrich Palenque: "La Tercera Versión", por <i>Juan G. Ferreyra Basso</i>	111
Theodor Reik: "Treinta años con Freud", por <i>Alberto M. Browne</i>	113
Manuel Gálvez: "Vida de Sarmiento"; Renée Pereyra Olazábal: "Mitre", por <i>E. S.</i>	114
<i>Victoria Ocampo</i> : Despedida a Roger Caillois	116
<i>Jorge Luis Borges</i> : Agradecimiento a la demostración que le ofreció la Sociedad Argentina de Escritores	120
<i>Victoria Ocampo</i> : Discurso en la entrega de los premios del Concurso Imprenta López	122
MÚSICA: Los conciertos de otoño, por <i>Alberto E. Ginastera</i>	128

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 187855.
Título de marca Nº 159.486.

ESTE CIENTO VEINTINUEVE NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
ONCE DE JULIO DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y CINCO EN LA
IMPRESA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA

